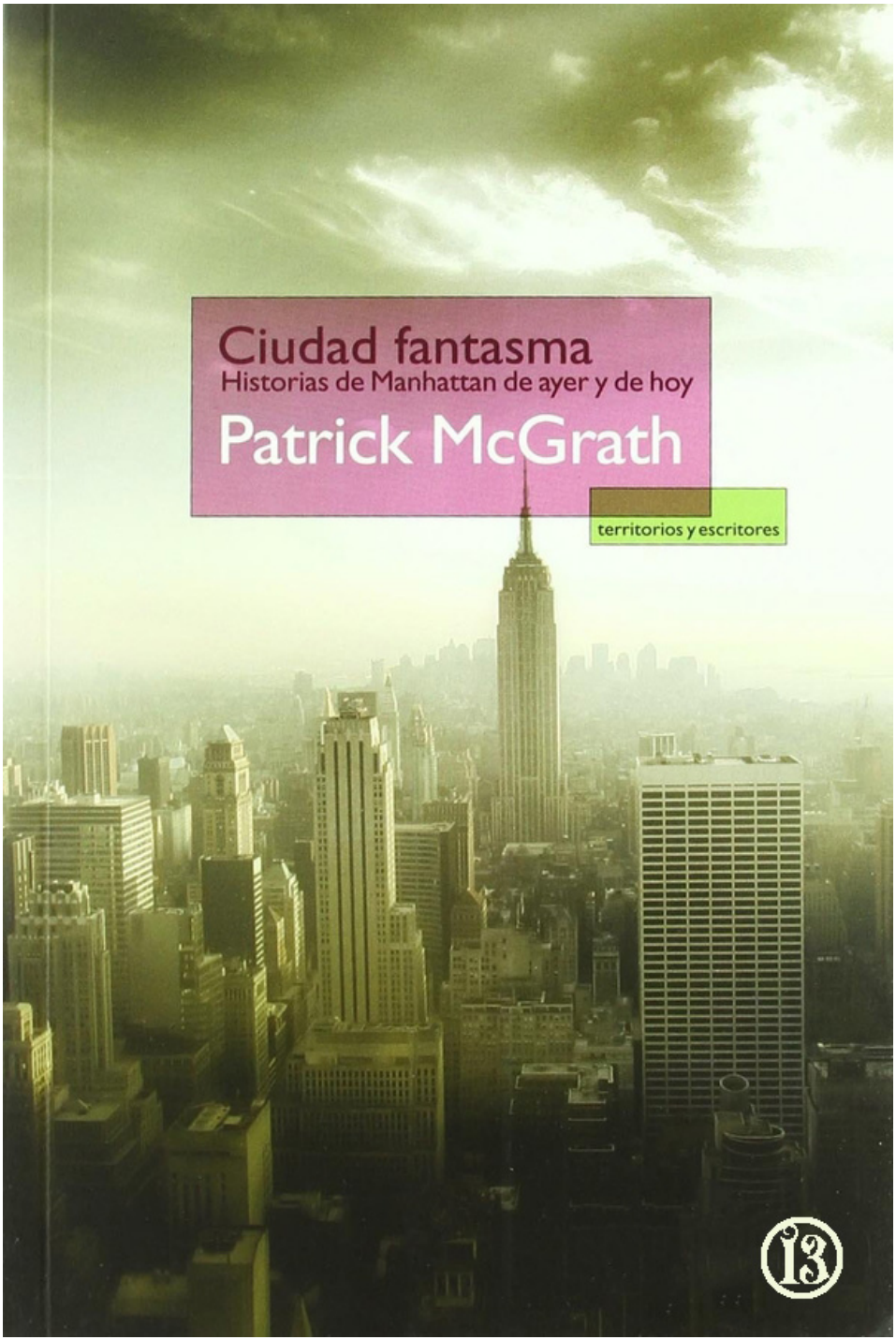

Ciudad fantasma
Historias de Manhattan de ayer y de hoy
Patrick McGrath
territorios y escritores

La isla de Manhattan es un territorio que entró en la historia para convertirse en mito de la modernidad. Leyenda en el cine, es también el trasfondo preferido de la novela negra y de los grandes narradores de la literatura contemporánea desde John Dos Passos o Truman Capote hasta Paul Auster…

Ahora, en Ciudad fantasma Patrick McGrath, uno de los escritores británicos de prosa más penetrante e inteligente, sitúa sus relatos entre sus márgenes y en tres épocas decisivas de su historia: la lucha por la independencia contra los ingleses (El año de la horca), la inmigración masiva del siglo XIX (Julius) y el 11 de Septiembre de 2001 (Zona cero). A través de sus personajes en los que explora la locura y violencia que esconde la vida cotidiana descubre el lector una dimensión distinta y sobrecogedora de un «decorado» que creía conocer.

Patrick McGrath

Ciudad fantasma

Historias de Manhattan de ayer y de hoy

Título original: *Ghost Town. Tales of Manhattan Then and Now*
Patrick McGrath, 2005
Traducción: Fabián Chueca, 2008

-

Revisión: 1.0

02/08/2023

Para Peter Carey;
y, como siempre, para Maria

EL AÑO DE LA HORCA

He estado en la ciudad, una experiencia inquietante, pues Nueva York se ha convertido en un lugar no tanto de muerte como de *terror* a la muerte. Muchas casas están desiertas y de las que no lo están se desprenden los vapores de preparados que pretenden proteger a los vivos que aún quedan dentro. El silencio de las calles solo se ve alterado por los gemidos apenas audibles de quienes acaban de perder a sus seres queridos y el traqueteo de las ruedas de los tristes carros de la muerte que transportan su carga al cementerio de pobres. En una plaza he visto cinco, cada cual ante una puerta distinta. Aquí y allá puede verse la imagen fugaz de uno de los contados médicos que han tenido arrestos para quedarse a atender a los enfermos. Van a toda prisa de casa en casa, con el maletín negro en una mano y un trapo con alcanfor en la otra con el que se tapan la cara para protegerse del contagio. En los muelles no hay movimiento. No llegan ya embarcaciones desde el Estrecho, y hasta he oído decir que Nueva York está acabada como puerto marítimo, tan vulnerables somos a la enfermedad, por ser un cruce de caminos para todo el mundo. Veo un esquife que desatraca al final del embarcadero, larga una vela, tres niños en el barco, dos mujeres, unas pocas cajas. Ponen rumbo a Long Island, con la pretensión de escapar del contagio en esos campos verdes. Vana esperanza, pues dondequiera que el hombre vaya la Peste irá con él: ¿por qué huir? Es mucho mejor que cada cual se quede en su lugar y se prepare ahí para el final. Esa es la norma que sigo. Es el Cuatro de Julio de 1832, hace cincuenta y cinco años que mi madre murió, y no tengo la menor duda de que seguiré sus pasos antes de que termine la semana.

He vivido toda mi vida en Nueva York. Era demasiado joven para entender como es debido los hechos que precedieron a la Guerra

Revolucionaria, pero puedo recordar todavía un tiempo de inocencia en el que Manhattan era una tierra de granjas y apacibles huertos con árboles frutales y se decía que las gentes que llegaban *olían* la isla en el instante mismo en que sus navíos entraban cabeceando por el Estrecho, nuestras flores silvestres y nuestros árboles frutales.

En la punta del sur se alzaba la ciudad propiamente dicha, una cuidada agrupación de edificios de ladrillo de fachadas escalonadas en calles empedradas, umbrías y bordeadas de árboles, con el tejado de losetas y tejas planas, pintados de todos los colores habidos y por haber. Navíos mercantes de gran calado llegados de todo el mundo atracaban en nuestros muelles, nuestros comerciantes prosperaban y con ellos un sinfín de oficios relacionados. Mi padre era un ebanista a quien nunca le faltó el trabajo en los años de prosperidad, y las cosas no empezaron a irle mal hasta que se cerró el puerto. Poco después se alistó en el ejército de Washington y partió hacia el norte para unirse a las tropas que asediaban a los británicos en el Boston ocupado.

Nuestra casa estaba en la parte occidental de la ciudad, en Lambert Street, detrás de la antigua iglesia de la Trinidad, a la *sombra* misma de la Trinidad, esa era la sensación que me daba, pues de niño me gustaba deambular solo entre las lápidas inclinadas que en algunas partes invadían el huerto trasero donde mi madre cultivaba hortalizas y criaba sus gallinas. Me encantaba aquella casa. Mi padre la construyó con sus propias manos y aunque sé que era una casa modesta, al niño que yo era entonces le parecía una mansión. Al norte había ciénagas y campos abiertos con acantilados de poca altura que descendían hasta el río y barcas ostreras varadas en las orillas. El ganado pacía en los pastos por encima de Warren Street, y en verano la hierba crecía hasta la altura de la cintura de un hombre. Al sur estaba el puerto, y a menudo cruzaba la isla con mi madre para ver llegar los grandes barcos a sus amarraderos en los muelles del East River.

Desde chico mi madre me enseñó a ver a los británicos como arteros tiranos cuyo único propósito era humillar y esclavizar al pueblo americano. En los últimos tiempos, en momentos de sentimentalismo nocturno, al fondo de un despacho de licor de South Street, y oculto en el licor, puedo seguir viendo la Revolución como una lucha en la que la causa prevaleció porque nuestro destino requería que así fuera; nuestro *destino*, sí. Mas a la fría luz del alba que viene después mis ilusiones se desvanecen como la bruma que llega del puerto y recuerdo un relato muy distinto, mucho más sombrío. Porque la Guerra Revolucionaria fue una época de horror, y en lo

que a mí se refiere recuerdo aquellos días no con orgullo sino con una imperecedera sensación de vergüenza.

En la primavera del 76, cuando tenía diez años, nos enteramos de que el enemigo había evacuado Boston y se había hecho a la mar. Los soldados de Washington, mi padre entre ellos, regresaron en tropel a Nueva York y al punto se pusieron a levantar el empedrado y cavar zanjas en las calles. Talaron nuestros árboles para hacer barricadas y emplazaron cañones en todos los promontorios desde los que se dominaba el agua. La ciudad no tardó en asemejarse más a un campamento fortificado que a un floreciente puerto marítimo del Atlántico. Desde hacía algún tiempo nuestro comercio estaba paralizado, y en los muelles el fango despedía horribles vapores cuando bajaba la marea, todo ello añadido a los desagradables hedores que emanaban de tanta gente congregada en un espacio tan reducido, todos apretados como arenques en un barril, muchos enfermos de sarna, sífilis, diarrea y demás; la ciudad ahora apestaba.

El mundo se había vuelto del revés.

Su flota arribó a finales de junio y echó anclas en Lower Bay. Subimos a la cima de Pitt Hill, lo recuerdo, y me espantó ver tantos barcos juntos, todo aquel velamen blanco hinchado al sol y sus mástiles tan gruesos como los árboles de un bosque. Pero faltó poco para me ensuciara en los pantalones cuando mi hermano Dan me dijo que eran los barcos del rey Jorge y que habían venido con sus cañones para hacernos saltar a todos en pedazos.

Pero estuvieron semanas sin hacer nada. Se instalaron en Staten Island y nosotros esperamos a ver qué harían después. Por fin llegaron noticias: nos enteramos de que habían cruzado a Long Island. Fue allí donde Washington luchó contra ellos. Sufrió una estrepitosa derrota y perdió a muchos hombres. A la mañana siguiente, mientras tomábamos el desayuno en una casa silenciosa y presidida por el miedo, entró renqueando mi padre con su morral y su mosquete. Era un hombre pequeño y atribulado, mi padre, y aquel día sus tribulaciones eran grandes. Venía sin afeitar y sucio, con la ropa hecha jirones y en la cabeza un vendaje manchado de sangre. Nos contó que el enemigo los había rodeado y que muchos murieron cuando intentaron escapar. Algunos se ahogaron en las ciénagas a lo largo de Gowanus Creek y a algunos que estaban dispuestos a rendirse los pasaron a la bayoneta. Dijo que había visto a algunos hombres agarrarse el vientre para que no se les salieran las tripas, a otros desplomarse debido a la pérdida de sangre y ahogarse en tres palmos de agua mientras sus amigos

pasaban a la carrera junto a ellos, sin detenerse por el pánico. Fue una matanza sangrienta —dijo. Los afortunados que lograron escapar se presentaron en el terreno elevado que está detrás del pueblo de Brooklyn y se atrincheraron como mejor pudieron.

Todo esto nos lo contó mientras estaba sentado a la mesa de la cocina sin apenas tocar el plato de comida que mi madre le había puesto delante. Después había estallado una tormenta, susurró. Los truenos y los relámpagos eran espantosos, y estábamos empapados hasta los huesos. Esa noche los dos ejércitos no podían verse aunque estaban acampados a unos cientos de pasos. Estábamos atrapados —dijo, los que quedábamos, allá en Brooklyn Heights. No había más remedio que rendirse.

Se limpió la boca con la manga y nos miró, asintiendo con la cabeza. Apuró la cerveza.

—¿Y qué pasó? —dijo mi hermano Daniel.

—¿Qué pasó? Que nos salvó.

—¿Quién?

¿Quién? ¡Hasta yo sabía quién!

—A la mayoría nos cruzaron de noche. Los últimos llegaron al despuntar el día, y el general el último de todos. De no haber escapado, todo habría terminado para nosotros, y Washington habría acabado con un dogal al cuello.

—¡Con un *dogal*!

Me horrorizó, eso sí lo recuerdo, la idea del general Washington con un dogal al cuello.

Así que ahora, mientras corrían rumores de que los casacas rojas pronto desembarcarían en Kips Bay, nuestros hombres se retiraban hacia la parte occidental de la isla con la esperanza de hacerles frente en Harlem Heights. Todos aplaudimos cuando mi madre besó a nuestro asustado padre cuando salía por la puerta trasera, y después agarró su enmarañada cabeza entre sus dedos y le dijo que cuando volviera lo estaría esperando. Ella se dio la vuelta, mientras se enjugaba una lágrima fugitiva, y él se marchó. Esa fue la última vez que lo vi.

Mi madre era el único elemento seguro y estable en aquel mundo vuelto del revés. Trabajaba de sol a sol. Hacía jabón, tejía paños, fabricaba velas. Cultivaba frutas, engordaba cerdos y pollos para la mesa y había dado a luz a un hijo tras otro aunque solo tres sobrevivimos a la primera infancia, de

los cuales yo era su predilecto, por ser el pequeño, el enfermizo. Creo que pensaba que no podría tenerme con ella mucho tiempo. Era una mujer orgullosa y fuerte, la manera en que discutía con mi padre, dándole empellones en el pecho, siendo él un hombre de carácter violento en ocasiones, sobre todo cuando había bebido, pero nunca cedía un ápice. Era obstinada y franca en su forma de hablar, y protegía a los suyos con uñas y dientes, una mujer grandota y hermosa, de hombros anchos y barbilla prominente, su cuello era una columna de carne del color del mármol…

Pero no voy a hablar de su cuello.

Tengo ahora ante mí su calavera en la mesa. Es de unas dimensiones curiosamente modestas, aunque en vida parecía grande, pues llevaba una gran mata de pelo de color caoba recogida en lo alto con alfileres, en un moño descuidado del que se soltaban mechones cuando se movía por su cocina y su huerto. Era patriota de verdad y ni una sola vez la vi tener miedo, como había visto a mi pobre padre. No había nadie más apasionado en su lealtad a la república, ni se desanimó como tantos hicieron cuando Nueva York fue invadida. Trabajó por la causa desde dentro de la ciudad ocupada y su llama ardió con fuerza aun cuando solo ardiera por poco tiempo antes de ser apagada como una vela que alumbra con luz temblorosa.

En lo que hace a mi padre, me resulta difícil ofrecer un retrato más definido de su persona aparte de lo que de él recuerdo durante aquel último desayuno que compartió con nosotros después de la batalla de Brooklyn. Pereció en Valley Forge. Murió de unas fiebres biliosas malignas que contrajo por dormir con mantas sucias. Pero aunque apenas conocí al hombre, venero su memoria. Cada año bebo una copa de vino para conmemorar el aniversario de su muerte.

He apurado la última, que Dios me ayude.

Cuando comenzó el bombardeo —dos semanas después de aquel último desayuno con mi pobre padre— mi madre nos llevó a mi hermano Dan, a mi hermana Lizzie y a mí por el sendero familiar que cruzaba el cementerio y bajamos por una vieja escalinata de piedra hasta las criptas de la Trinidad, donde nos encontramos con nuestros vecinos que se habían refugiado allí. En un estado de profunda aflicción me senté en la penumbra y escuché el fragor amortiguado de los navíos de guerra en el East River. Cada explosión me sobresaltaba y aterrorizaba. Tenía la certeza de que el techo se vendría

abajo en cualquier instante. Hacía frío en las criptas y mis orificios nasales no tardaron en llenarse del fétido olor que emanaba de las tumbas que había en derredor.

Mi madre estaba sentada en la oscuridad con la espalda recta y la cabeza alta, agarrándose con fuerza las rodillas con las manos, y con la expresión adusta e imperturbable. No dijo nada. Oculté la cara entre sus faldas y ella distraídamente me dio palmaditas en la cabeza. Yo temblaba, lo recuerdo, y sollozaba presa de terror. Le supliqué que me sacara de aquel lugar hediondo pero ella se limitó a ponerme un dedo en los labios. Miré el techo de la cripta como si fuera a revelarme la magnitud de los estragos que se estaban causando sobre nuestras cabezas: las balas de cañón silbando en las calles, rebotando en las paredes, estrellándose contra los edificios y los sótanos; el humo denso flotando sobre las casas, los proyectiles silbando en el aire; los mosquetes detonando…

Todavía mientras estoy aquí sentado unos cincuenta años más tarde, con la pluma dispuesta, muy por encima de los carros de la muerte y la cal viva, me mueve una vez más a una furia cansada el recuerdo de lo que nos hicieron. Es una furia retrospectiva, pues era un niño y no comprendí en absoluto la atrocidad del agravio. Después del bombardeo la ciudad era muy distinta: edificios derruidos, muchos todavía en llamas, soldados por todas partes y gente saliendo a la calle para darles la bienvenida, qué idiotas, lo convirtieron en un carnaval.

El día siguiente estaba en Broadway con mi hermana Lizzie, bajando en medio de la destrucción hacia el puerto, cuando de pronto una compañía de casacas rojas apareció por una calle lateral y vino hacia nosotros a la carrera. El sol refulgía en sus bayonetas como lenguas de fuego y el polvo se levantaba formando nubes bajo sus pies. A la cabeza de la columna cabalgaba un hombre corpulento, de nariz grande y curva semejante a la hoja de una guadaña. Iba montado en una yegua alta y zaina, y aunque había visto a muchos caballeros ingleses en las calles de Nueva York, y a no pocos oficiales, de alguna manera no se parecía a ninguno de ellos. Tenía la piel blanca como la tiza y los labios rojo escarlata, llevaba un casco plateado con penacho y una casaca azul claro con ribetes dorados. Al pasar vi que iba a horcajadas en su cabalgadura sosteniendo las riendas flojas entre los dedos como si estuviera sentado en una butaca en un salón departiendo con una dama, es más, *montaba* como una dama, y en su cara regordeta se dibujaba un atisbo de sonrisa altanera al mirar desde arriba a las gentes del lugar que lo vitoreaban.

Me fui corriendo a casa y le conté a mi madre lo del oficial pintado de la nariz ganchuda y las plumas que montaba como una dama y actuaba como un rey. En la cocina había otras mujeres que se miraron unas a otras, enarcando las cejas y asintiendo con la cabeza. Mi madre estaba limpiando un pez. Resopló con desprecio.

—Lord John Hyde —dijo, limpiándose la baba del pez de las manos. Se sentó y me puso delante de ella y colocó sus manos en mis hombros. De pronto aquello iba en serio.

—¿Habló contigo, pequeño?

—No, madre.

—Así me gusta. No te acerques a él, ¿me entiendes?

Las otras mujeres asintieron entre murmullos.

—Sí, madre.

Mientras doy vueltas a su pobre calavera entre mis dedos ahora un extraño calor se eleva en mi interior, y poso por un instante mis labios sobre su cráneo, que se ha puesto amarillento y en el que comienza a asomar una fina red de minúsculas grietas. Lo vuelvo a dejar en la mesa y empuño de nuevo mi pluma. No tengo fama de ser un hombre de sobriedad a toda prueba, pero no exagero si digo que lo que nos sucedió después fue mil veces peor que todo lo que había ocurrido hasta entonces.

Una noche muy tarde cuando apenas había transcurrido una semana desde el comienzo de la ocupación, se declaró un incendio en una taberna de Whitehall *Slip*, provocado por un incendiario americano, según se dijo, que cumplía órdenes secretas de Washington de privar al enemigo de cuarteles de invierno en Nueva York. Nunca se llegó a determinar la identidad de aquel incendiario. A lo largo de los años han circulado rumores, muchos de los cuales apuntan a un capitán de barco americano llamado Miles Walsh que causó grandes problemas a los británicos en más de una ocasión. Recuerdo que mi madre entró en nuestro cuarto en plena noche y nos dijo que nos vistiésemos porque la ciudad estaba ardiendo.

Me encontré en la calle abotonándome los pantalones y mirando el cielo por encima de la Battery, que estaba iluminada por un virulento resplandor rojo. Todo era calor y humo. La gente gritaba, los perros aullaban, las figuras corrían de lado a otro, y aunque el fuego estaba todavía bastante lejos podía oír los edificios derrumbándose y el rugir de las llamas. Nos unimos al gentío que se dirigía hacia el norte por Broadway. Los chillidos

de las mujeres hendían la noche, y a mi alrededor flotaban en la oscuridad ascuas y retazos de tela y papel ardiendo llevados por el viento. Me sentía desconcertado y asustado y entonces oía mi madre gritar. Cuando me di la vuelta vi que la Trinidad ardía como un barco incendiado, nervios negros y fantasmales de vigas y traviesas visibles un segundo dentro de las llamas antes de ser envueltas de nuevo.

Entonces la techumbre se derrumbó con gran estrépito y unos instantes después el campanario se vino abajo tras ella en medio de un surtidor de fuego.

El incendio se abrió camino desde Whitehall hasta la parte occidental de los terrenos del King's College, donde se extinguió por falta de edificios que consumir. No es de extrañar que los hombres llorasen y que algunos fueran más allá del llanto: porque tras ser convertida primero en un campamento fortificado, más tarde bombardeada durante días con fuego de cañón y después invadida por los británicos, ahora la ciudad había quedado devastada por el fuego. Si en verdad *fue* Miles Walsh quien lo provocó, pese a su ardor revolucionario no hizo bien ninguno a las gentes de Nueva York aquella noche. Pues en aquel lugar arrasado y humeante, en aquella *ruina*, no había gloria, ni victoria, solo sufrimiento.

No sé dónde dormimos esa noche. Teníamos un aspecto lastimoso, estoy convencido, una muchedumbre que, al amanecer, volvía penosamente a sus casas pero no había casas a las que ir. El lugar al que regresamos era una tierra baldía. Donde antes había casas y huertos con árboles frutales ahora no había más que una extensión humeante de tierra negra con fragmentos de chimeneas y restos de paredes aquí y allá. Algunas familias se arrodillaban para rezar, otras se quedaban de pie sumidas en una conmoción silenciosa o escarbaban entre las cenizas tratando de recuperar lo que quedaba de sus pertenencias. Vi cuerpos quemados hasta quedar casi irreconocibles que después poblaron mis sueños durante muchos meses.

Bajamos penosamente por Broadway en medio de aquel espectáculo de desolación. Dan iba en silencio, con expresión de rabia y perplejidad, en tanto que Lizzie estaba afligida como nunca la había visto, sin importarle siquiera que el vestido le arrastrase por las cenizas. Mi madre mostraba solo la línea delgada y adusta de la boca que tan bien conocía, aquella manera suya de apretar la mandíbula prominente con tanta fuerza que el tendón del cuello se levantaba, y los ojos encendidos con una fiereza que no había visto

la noche anterior. Llevaba el cabello suelto y se lo echó hacia atrás sin darse cuenta de lo que hacía, y entonces la cara se le tiznó con hollín.

De la iglesia de la Trinidad lo único que quedaba eran paredes en ruinas. Había vigas humeantes caídas unas encima de otras y en el camposanto las lápidas estaban calcinadas, muchas agrietadas y rajadas o rotas en pedazos, y solo quedaba en su sitio una mínima parte como el raigón de una muela cariada. Una parte de nuestra chimenea seguía en pie, por estar hecha de ladrillo, la base pero nada más. Tampoco éramos los únicos. Casi todas las casas al oeste de Broadway habían desaparecido. Nos quedamos con las escasas y miserables pertenencias que nos habíamos llevado por la noche y miramos la tierra quemada donde antes estuvo nuestra casa. Levanté la vista hacia mi madre y de pronto vi que los ojos se le llenaban de lágrimas, aunque ninguna rodó por su rostro. Negó con la cabeza, no podía hablar. Fue Lizzie quien por fin rompió el silencio.

—¿Adónde vamos a *ir*, madre?

Y entonces nuestra madre demostró su temple. Con los hombros erguidos, levantó el puño. Volvió a decir lo que había dicho cuando la flota de Howe fondeó en Lower Bay. Muchos de nuestros vecinos habían recogido sus enseres y se habían marchado pero nosotros no, ah no, nosotros no huimos, mi madre no pasaba por eso. Tenía parientes en Jersey pero había reñido con ellos unos años antes. Proclamó que prefería luchar contra los británicos a brazo partido antes que rebajarse a acudir a sus familiares a la primera señal de problemas.

—¿Que adónde vamos a ir? —dijo. ¿Adónde quieres que vayamos, Lizzie? ¡No tenemos más lugar adonde ir que este!

Y fue entonces cuando llegó a nuestros oídos desde algún lugar a nuestras espaldas una carcajada. Por encima de la lenta marea de gente sin hogar que bajaba en tropel por Broadway sobresalía un jinete solitario y con penacho montado en una alta yegua zaina.

Todo lo que he sufrido en estos últimos cincuenta años tiene su principio en lo que sucedió después. La cabalgadura del inglés siguió su camino pasando junto a las ruinas y entre los árboles chamuscados del cementerio. Lord John Hyde cabalgaba balanceándose en la silla, y hasta más tarde no caí en la cuenta de que estaba borracho, que volvía, tal vez, de una reunión festiva con otros oficiales después de la agitación de la noche anterior. Mi madre no titubeó. Se dirigió a grandes zancadas por entre las

lápidas hasta el lugar donde la cabalgadura levantaba la tierra al piafar entre los troncos ennegrecidos de los árboles. Recuerdo que pensé qué valiente era al plantar cara a aquel orgulloso oficial en lo alto de su enorme animal, pues a mí desde luego me aterraba. Penachos de humo y llamaradas ocasionales se elevaban desde los montones de madera humeante diseminados por el cementerio, y montura y jinete parecían brillar como una aparición surgida de una novela de aventuras. Nuestros vecinos se congregaron a nuestro alrededor; atraídos por aquel jinete con penacho y bamboleante que había venido a pasarnos revista en nuestra pérdida y por mi madre plantada ante él. Su voz arrastrando las palabras se oyó con claridad en el aire cargado y húmedo de la mañana.

—Pues bien, señora, ya ve lo que les sucede a quienes no pagan sus impuestos.

Y dicho esto se dio la vuelta y emprendió su camino de regreso calle arriba, levantando pequeñas nubes de ceniza bajo los cascos de su cabalgadura.

—¿No nos va a ayudar, lord Hyde?

Pero él no dijo nada más, se limitó a golpear a la yegua con su fusta. Mi madre no pudo aguantar más. Se desahogó.

—¡Puta pintada! —gritó. ¡Meretriz del rey!

De pronto todo se detuvo. Sentí las primeras gotas de lluvia. Lord Hyde volvió grupas lentamente. Mi madre no se movió. Se puso los brazos en jarras con los puños cerrados y echó la cabeza hacia atrás mientras la lluvia comenzaba a caer. Él levantó la fusta. Al punto vi que la castigaría, que *la atropellaría con su cabalgadura* y la azotaría mientras yacía pisoteada y gritando entre las cenizas…

Pero eso no sucedió. La miró un segundo como para grabarla en su mente y volvió grupas de nuevo. Espoleó a la cabalgadura para dirigirse a Broadway, donde la gente se echó hacia atrás mientras se alejaba a medio galope. Comenzó a llover con fuerza y las cenizas silbaban y humeaban a nuestro alrededor.

Por extraño que parezca, el encuentro con lord Hyde despertó a mi madre de la conmoción de la destrucción de nuestro hogar, y ahora que había visto lo que había que hacer recurrió a mi hermano Dan.

Dan era un chico de catorce años que en muchos aspectos se parecía a mi padre. Había sido aprendiz de carpintero, pues como a mi padre se le

daba bien trabajar con sus manos. Ya por entonces lo invadían tribulaciones y misterios interiores, un chico atormentado. En los años siguientes sufrió diversos desastres y se dio a la bebida, y cuando murió era un hombre amargado y desengañado. Lo enterré un invierno en el cementerio de la Trinidad y yo mismo escribí su necrológica. Pero ahora había llegado su hora. Allí estaba escuchando a mi madre, ella con su chal hecho en casa revoloteando sobre sus hombros, y él con su camisa y sus pantalones bombachos hechos jirones. Allí estaban, madre e hijo, hablándose en voz baja mientras miraban sobre la tierra negra y yerma y más allá el Hudson lamiendo los pies de los acantilados, y tengo por extraordinario que una mujer que lo había perdido todo en un incendio y sin marido a su lado fuera capaz de impulsar a su chico para que le construyera un refugio. No recuerdo bien cómo lo hizo Dan pero en el lapso de un día y con la ayuda de nuestros vecinos se armó una choza con maderas de la techumbre de la Trinidad y se cubrió con lonas pedidas y robadas en los muelles del East River. Hasta Lizzie ayudó, pues puedo verla ahora con un clavo de cabeza plana entre los labios mientras clavaba en un tablón un retal de lona que ondeaba.

Fue el primero de los refugios que se construyeron después del incendio del 76. Al caer la noche muchos de los que ahora no tenían otra cosa que las ropas con que se cubrían se habían instalado dentro. Sus ojos brillaban en todos los rincones de la cabaña achaparrada y tosca. Mi madre se sentó junto al fuego con un vaso de ron, los codos apoyados en las rodillas y las piernas muy separadas, fumó su vieja pipa de barro y nos dijo que cuando la guerra hubiera terminado recordaríamos con orgullo el día en que nos construimos una casa. Dijo que era el primer paso para construirnos una nación.

En las semanas siguientes otras mujeres tomaron ejemplo de mi madre y pusieron a trabajar a sus hijos. Chozas y cabañas comenzaron a alzarse en la tierra desnuda detrás de las ruinas de la iglesia de la Trinidad. De este modo nació un nuevo asentamiento. Se lo conoció como Ciudad de Lona.

La Ciudad de Lona. Muy pronto fue un lugar de disipación, violencia, argucias… ¡aquello era la nueva nación! Había llegado el final del otoño. El invierno se acercaba. Fuertes vientos soplaban desde el puerto y grandes témpanos de hielo bajaban flotando por el Hudson. El río comenzó a helarse. La leña y el grano escaseaban y apenas había carne y aves, pues

Nueva York se había convertido en una guarnición militar. Los británicos requisaban los suministros que llegaban de las granjas de Long Island, y lo que llegaba al mercado tenía un precio excesivo para quienes residían en la Ciudad de Lona. Entretanto en las calles y los canales corrían ríos de inmundicias del enemigo, y los muelles donde antes atracaban los navíos mercantes del mundo comenzaban a combarse y pudrirse por el abandono, y cuando bajaba la marea el East River era un turbio manto de aguas negras. La ciudad apestaba más que nunca.

Cuando llegó el invierno, las fatigas de la vida en la Ciudad de Lona comenzaron a hacerse sentir de verdad. Me sentía profundamente abatido pues no soportaba tener que entrar a gatas cada noche en un estrecho cajón de madera que olía a pescado. Mi madre decía que en Nueva York había muchos que se contentarían con tener un cajón de pescado donde dormir. Yo contestaba que no era uno de ellos y ella se reía, luego me sentaba en su regazo y me estrechaba contra su pecho. Mientras susurraba palabras cariñosas me acariciaba la cabeza. Era una presencia fuerte en nuestro flamante asentamiento pero paulatinamente, a medida que el tiempo se fue volviendo más frío, su ánimo se debilitó y a veces le invadía la oscuridad. Cuando llegaba a sus oídos alguna nueva infamia de parte de los británicos no expresaba su rabia como antes, sino que se sumía en el silencio. Por toda respuesta a mi ansiosa interrogación se limitaba a decir que no veía qué había que hacer.

—No soy de ningún provecho para mi país —susurró.

—Pero madre, ¿no se irán en sus barcos cuando el general Washington los haya derrotado?

—¡No se irán nunca! —Exclamó.

Tampoco podíamos olvidar nunca que vivíamos bajo la ley marcial, si se podía llamar ley a aquello. En la parte alta del Common estaba Provost, la más aborrecida de todas las prisiones de la ciudad, y delante la horca donde colgaban a los soldados americanos a la vista de todo el mundo y los dejaban allí durante días para que nadie olvidase cuál era la pena que se imponía por rebelión. También había ahorcamientos a altas horas de la noche en Barrack Street, pero de esos se suponía que no sabíamos nada, aunque por supuesto que lo sabíamos. Amarraban viejos barcos en el East River y encerraban a nuestros soldados en sus bodegas para que se pudrieran. El hedor de aquellos nauseabundos barcos prisión llegaba con nitidez hasta Manhattan, al igual que los gemidos y los gritos de los hombres y mujeres condenados a perecer dentro de ellos. Los soldados

muertos yacían entre los vivos y el frío era tan intenso y los hombres estaban tan débiles que sus extremidades se ponían negras y se corrompían por la gangrena. A los que sobrevivían les hacían pasar hambre hasta que estaban al borde de la muerte y después les daban de comer pan envenenado y arrojaban sus cadáveres por la borda cubiertos con mugrientas mortajas como si fueran desperdicios.

Estas historias causaron en mí una impresión profunda. Fui presa de un terror mortal a ser arrojado a una de las prisiones británicas de la isla.

En medio de todo este sufrimiento, los oficiales británicos se corrían sus francachelas en las mansiones que antes eran propiedad de comerciantes americanos. Fue un invierno de celebración constante para lord John Hyde y sus amigos, de bailes y banquetes en los que se paladeaban carnes sazonadas y se bebían buenos vinos. Se representaban comedias en los teatros y los caballeros se jugaban cuantiosas sumas a los naipes, y en los elegantes salones músicos con pelucas empolvadas y medias de seda interpretaban piezas de cámara para damas ataviadas con rutilantes vestidos. Las putas hacían buen negocio, muchas disponían de aposentos en las inmediaciones de las ruinas de la Trinidad, y por la noche se podían oír en la ciudad los gritos estentóreos de ingleses borrachos aullando por las hembras como simios.

Eso el ejército de ocupación. Véase lo que nosotros teníamos en comparación. Luchábamos a diario para conseguir los medios para subsistir y vivíamos vidas sin esperanza en humildes tugurios entre el barro y la inmundicia de la Ciudad de Lona. Harapientos y escuálidos, recorríamos las calles como los muertos vivientes, nos sumábamos a las colas del pan, escarbábamos en busca de huesos, y muchos perecieron de hecho de frío y hambre y enfermedades, aunque no tantos como los que murieron por culpa del abandono deliberado en los barcos prisión del East River. Mi madre se acostaba en su jergón de paja y miraba el techo. La lona estaba manchada ya y cosida y remendada en los lugares donde se había desgarrado. Me acercaba a gatas para compartir el calor de su cuerpo, y en esas ocasiones una somnolencia animal descendía sobre la choza.

Una mañana al despertarme en mi cajón vi a un extraño encorvado en la entrada. Durante unos segundos no supe si estaba soñando. Era un hombre

alto, de barba roja y cara delgada y afilada. Iba vestido como un cuáquero, con gabán y pantalones bombachos negros raídos y en la mano sostenía agarrado con fuerza un sombrero negro de ala ancha, y también un largo bastón con una contera de latón en una punta. Descorrió la manta que estaba colgada en la parte interior de la puerta y pronunció en voz baja el nombre de mi madre. Ella se despertó con dificultad pero después se incorporó enseguida.

—Miles Walsh —susurró, tapándose el pecho con el chal.

El hombre de aspecto zorruno se agachó más y entró y la manta osciló tras él. Otros cuerpos se rebulleron al despertarse. La choza estaba siempre abarrotada por la noche. Con el chal bien ceñido en torno a su cuerpo mi madre se arrodilló ante el hogar y avivó las brasas del fuego. Miles Walsh se sentó en una caja, con las rodillas sobresaliendo abiertamente a ambos lados de su bastón con punta de latón, sobre el cual dobló sus largos y delgados dedos, y sobre ellos posó su barbilla mal afeitada: aquel era el hombre que había incendiado media Nueva York, aunque en aquel momento ni me lo imaginaba. Al instante me mandaron a la calle a hacer guardia. Tenía que avisar a mi madre enseguida si había casacas rojas a la vista. Algún tiempo después salió de la choza con aquel Miles Walsh y me dijo que nos íbamos al puerto marítimo.

Cruzamos la ciudad pasando por las sinuosas calles apartadas donde no era probable que nos encontrásemos con una patrulla. Pasamos ante los rudimentarios tenderetes del mercado donde los pobres adquirían lo que podían de los caros productos que el ejército de ocupación no había requisado todavía. Caía una lluvia menuda, el día era neblinoso y desde el puerto llegaban los graznidos de las gaviotas. El aire olía a pescado y se percibía una agria sensación de sal. Caminaban deprisa y tuve que correr para no quedarme atrás. Mi madre se cubría la cabeza con el chal como si fuera una capucha, y su falda al arrastrar por los charcos se manchó con salpicaduras de barro. Las tiendas y las casas de los comerciantes tenían los postigos cerrados, muchas de ellas, o estaban ocupadas por familias leales a la corona que habían buscado protección dentro de la guarnición en que Nueva York se había convertido.

Cerca del río nos metimos por un callejón que daba al patio trasero desierto de una taberna de marineros llamada El Sol Naciente. Había barriles amontonados en precario equilibrio junto a una pared de ladrillo, y a un lado un carro de gran tamaño. Miles Walsh nos dijo que esperásemos junto a la cancela y cruzó el patio en unas pocas zancadas. Miró a su

alrededor y subió como una flecha por una escalera de madera que estaba sujeta en el exterior de la parte trasera del edificio. Cerca del tejado había una puerta pequeña y al lado un gancho de hierro clavado en el ladrillo del que pendía una cadena. Allí se detuvo y volvió a mirar a su alrededor, una figura curiosa en lo alto pegada a los ladrillos aquella mañana de neblina.

Unos minutos más tarde estábamos los tres en una estrecha galería de madera en el último piso de la taberna. Me sentía mareado al estar tan alto y con tan escasa distancia entre mi persona y la nada al otro lado de una endeble balaustrada que sobresalía por encima de un salón de bebidas tres pisos más abajo. A nuestros pies había varias docenas de hombres sentados en torno a toscas mesas o apoyados en un mostrador que recorría todo el local. Había casacas rojas bebiendo con los demás y hasta mis sentidos ascendía una barahúnda de voces humanas, una cantidad de humo de tabaco y un fuerte olor a cerveza. Miles Walsh se puso las manos en las rodillas y se agachó para hablarme.

—Quédate aquí, chico —dijo, y si suben por la escalera, avísame.

Se refería a los casacas rojas. Estuve allí sentado más de una hora con un miedo cerval por mi vida. No podía mirar hacia abajo a través de la nube de humo para ver a los bebedores ni aun cuando por mi debilidad pusiera en peligro a mi madre. No me había tropezado nunca con aquel Miles Walsh antes pero estaba claro que él y mi madre tenían negocios secretos que atender y que debían hacerlo sin que se enterasen los británicos pues no me cabía duda de que tenían que ver con alguna acción *contra* ellos. Esto me causaba un gran desasosiego. No quería ni pensar en que metieran en la cárcel a mi madre. ¿Qué sería de mí entonces?

Estos eran mis pensamientos infantiles mientras estaba sentado temblando de terror en lo alto de la galería encima de los bebedores. Me estaba entrando sueño cuando oí voces al fondo del pasillo y vi a Miles Walsh, seguido de mi madre y otros tres. Dos eran hombres de mar con pantalones de lona, los dos con coleta y tatuajes grabados en la piel. El tercero era un hombre de mediana edad, bien vestido y tocado con un sombrero de tres picos con ribetes escarlata, un hombre de cierta posición y autoridad, un comerciante, quizá, o un armador. Ninguno de ellos fue de mi agrado. Quería alejar a mi madre de allí.

Cuando estuvimos en el patio detrás de la taberna Miles Walsh se volvió hacia mí y me dijo que lo había hecho bien. Me dijo que no contase nada del trabajo que había hecho y que tendría que hacerlo otras veces. Luego me dio un penique. De este modo fui reclutado, y de este modo me

buscaría la ruina: por un penique. Mi madre y yo regresamos a la Ciudad de Lona por los callejones y las calles apartadas y no nos encontramos con ningún soldado. Cuando estuvimos de nuevo a salvo en casa mi madre me dijo que tenía que ser sus ojos y sus oídos, que ese era mi trabajo ahora. Que tenía que cuidar de ella allí donde fuésemos.

No le dije que no había sido sus ojos en El Sol Naciente. Que estaba demasiado asustado para vigilar a los soldados del salón de abajo.

—¿Quiénes son esos hombres, madre? —pregunté.

—Son amigos —dijo. Amigos de América.

Mi mano tiembla cuando me llevo el vaso a los labios. Es el ron blanco de las islas del azúcar lo que prefiero en estos tiempos, a lo menos parece derramar un poco de sol en esta celda oscura y angosta a la que llamo mi alma. El silencio me desazona. No había conocido un Cuatro de Julio tan tranquilo como este. Sabíamos que la pestilencia llegaba, desde luego. Sabíamos que seguía la ruta del oeste, y que después de haber causado estragos en Europa cruzaría hasta la otra orilla del Atlántico. Al final todo cruza hasta la otra orilla del Atlántico. Si nuestros Padres Peregrinos creían que habían dejado tras ellos la corrupción de la vieja Europa, qué equivocados han resultado estar a la postre. La corrupción de la vieja Europa… ¡pero si la trajeron con ellos, desembarcó en Plymouth Rock! Creo que en los tiempos de mi madre fuimos testigos del último esfuerzo americano para limpiarnos de la mancha de la vieja Europa; fue sin duda con este espíritu con el que ella luchó y murió por la república.

Por toda la ciudad los vivos continúan cayendo enfermos, y todo aquel que tiene dólares bastantes para mudarse al campo lo ha hecho ya en diligencia o en barco de vapor o en carretilla y hasta por su pie, y así se explica el silencio que acompaña a este aniversario de la Declaración de nuestra Independencia. No voy a ir a ninguna parte. No dispongo de medios para mudarme ni tengo un lugar adonde ir. Y del mismo modo que mi madre me resisto a huir de la ciudad a la primera señal de problemas. Me matará, desde luego, Nueva York me matará, pero es mucho mejor perecer solo aquí en mi buhardilla que probar suerte en el camino y acabar mis días en un lazareto extraño o en una zanja. No, me hundiré, como dicen en los despachos de licor de estos contornos, con mi *nave*. ¡Con mi *barco*! Evito las bombas de agua de la ciudad y tomo ron, pero solo es cuestión de tiempo antes de que llegue el vómito negro. El doctor me ha

dicho poco más o menos lo mismo cuando ha venido a verme hace un rato. No lo ha dicho con tantas palabras pero he captado el gesto avinagrado de sus labios cuando me dio la espalda y se puso a trajinar en su maletín negro: una condena a muerte. Vivo demasiado cerca del río —dijo. La pestilencia que anda en oscuridad— dijo —pues así la llaman nuestros predicadores—, prefiere desplazarse por el agua. Qué bromista.

Puede que haya sido demasiado generoso con mi medicina, y he tenido que dormir una hora. Ahora tomo la pluma una vez más con este solo propósito —este *imperativo*— que es contar las verdaderas circunstancias de los últimos días de mi madre. Pocos conocen lo que padeció a manos de lord John Hyde, y menos aún el papel que me cupo en suerte en los acontecimientos que precipitaron su final. El año 1777 había amanecido sobre unas gentes acosadas por las dudas y la aprensión. El Año de la Horca: aquellos tres lúgubres sietes, con un dogal invisible pendiendo de cada uno de sus trazos horizontales, y un año que resultaría de gran actividad para la horca. Estaba con mi madre cuando la apresaron en el embarcadero del Hudson y cuando después descubrieron que portaba cartas comprometedoras. Iban dirigidas a aquel caballero a quien había visto en el piso de arriba del Sol Naciente y su remitente era el general Washington en persona. A lo que parece tenían que ver con el incendio de barcos británicos en el puerto de Nueva York.

No puedo decir que me sorprendiera. Habíamos hecho un segundo viaje al puerto marítimo. Era un día nublado y estuve con mi madre en el muelle azotado por el viento mientras el intrépido revolucionario, con el cuello levantado y su sombrero de cuáquero bien calado, señalaba con gestos leves y rápidos algunas de las naves que estaban ancladas a cierta distancia de la costa. Hablaron de vientos y mareas, de barcos para combatir incendios y pólvora, y de hombres cuyos nombres no significaban nada para mí. Recuerdo que al mirar a mi alrededor como se me había mandado que hiciera vi que se acercaban dos oficiales de marina británicos. Al punto tiré a mi madre de la manga. En un segundo la conversación giró hacia el precio del queso y prosiguió en ese tono hasta que el peligro hubo pasado, momento en el cual regresó a la fogosa destrucción de embarcaciones y a las condiciones en que esto podría llevarse a cabo mejor.

Eran negocios mayores que reclamaban comunicación con el general Washington. El papel de mi madre en el asunto consistía en cruzar

regularmente a la otra orilla del Hudson y viajar a las Jerseys. Se sobreentendía que a una mujer le resultaría mucho más fácil cruzar las líneas británicas que a un hombre y que de este modo sería posible pasar los mensajes entre el general y sus conspiradores en la ciudad.

Me acuerdo bien del primero de aquellos viajes y de mi sorpresa ante lo que vi. El motivo que se adujo, es decir, el motivo que mi madre invocó ante cierto capitán del ejército que firmó su salvoconducto, fue que ella y su hijo tenían necesidad de visitar a unos parientes suyos en Newark. Por supuesto que ni una sola vez visitamos a los parientes de mi madre. En cambio tomábamos el camino de Morristown y nos dirigíamos al campamento americano, donde mi madre se retiraba a una tienda con un oficial llamado Tallmadge y a mí me dejaban deambular a mis anchas por allí.

Conocía las cuidadas tiendas y los cuarteles bien surtidos de las tropas británicas en Nueva York y pensaba que nuestros soldados se alojarían de modo parecido. Pero no. Hombres harapientos y barbudos, muchos de ellos descalzos, estaban sentados en torno a fogatas en cuyas brasas había ollas renegridas y me miraban con indiferencia. Algunos me llamaban pero sin verdadera convicción. Tenían demasiado frío, estaban demasiado abatidos y hambrientos para mostrar algo más que un interés pasajero por un niño desconocido. Volví a pensar en los soldados que veía a diario en Nueva York y me pregunté por qué no cruzaban el río y caían sobre aquellos pobres y débiles hombres y los aniquilaban como habían aniquilado a tantos en la batalla de Brooklyn.

Hicimos el viaje de regreso a Nueva York al día siguiente, llevando con nosotros un saquito de arroz y una cesta de hortalizas. En cuanto estuvimos de vuelta en la Ciudad de Lona nos visitó Miles Walsh. Mi madre lo hizo entrar en la choza, en la que a esas alturas había escondidas armas y municiones de varias clases y volantes y otros documentos relacionados con la causa patriótica. Hablaron en voz baja mientras yo hacía guardia afuera bajo la fría lluvia. Hicimos cuatro viajes como ese y los días que no viajábamos mi madre nos mandaba a Lizzie y a mí al puerto marítimo a contar los barcos que estaban anclados allí. Teníamos que recordar la naturaleza de los cargamentos que veíamos descargar y escuchar cualquier conversación que pudiéramos oír a hurtadillas sin levantar sospechas. Pero lo más importante era que teníamos que decirle si habíamos visto casacas rojas embarcando para emprender viaje, y si así era, cuántos. Pues lo que más temía Washington era que una flota zarpase del puerto de Nueva York

y remontase el Hudson, para separar Nueva Inglaterra de las otras colonias. Entonces como un cráneo hendido el país quedaría dividido en dos partes y la guerra estaría perdida.

He llegado a creer que las mujeres sirven mejor para el espionaje que los hombres. Sin duda Lizzie disfrutaba haciendo a los soldados preguntas sutiles hábilmente disfrazadas de parloteo femenino. Trasladaba la información a Miles Walsh y le llenaba de orgullo que él le diera las gracias por su trabajo. Yo no quería tener nada que ver en todo aquello. Pero mi madre necesitaba mi ayuda y no sabía cómo negársela.

Recuerdo con el más profundo de los remordimientos el último viaje que hicimos juntos. Vino con nosotros Lizzie y nos pusimos en camino al amanecer de una mañana fría y despejada y cruzamos a la orilla de Jersey, tras pasar sin dificultad ante el centinela del embarcadero del Hudson. El día era seco y caminamos a buen paso hasta Newark y después tomamos el camino de Morristown. Por espacio de unas millas nos llevaron en la parte trasera del carro de una granja que iba cargado de sacos de patatas con destino al campamento americano. El cielo se nubló a última hora de la mañana y pronto sentimos las primeras gotas de lluvia. Parecía que íbamos a empaparnos. Pasamos por un territorio desierto con colinas arboladas a ambos lados del camino y sin asentamientos humanos a la vista. A Lizzie le inquietaba la desolación del paisaje y no paraba de parlotear de cualquier cosa pero mi madre iba sentada en silencio, envuelta en su chal, con las piernas juntas y los brazos rodeando las rodillas y la espalda apoyada en los sacos de patatas.

De pronto oímos que se acercaban caballos. Me puse en pie de un brinco y vi que un grupo de hombres uniformados venían a medio galope por el camino hacia nosotros. Mi madre no se inmutó. Preguntó si eran soldados de caballería americanos y le dije que creía que sí lo eran. Luego nos montaron a cada uno de nosotros en el caballo de un soldado y partimos en dirección oeste hacia Morristown, dejando muy atrás al carro de patatas mientras la lluvia comenzaba a caer. Nunca habíamos tenido esa clase de escolta antes. El humor de Lizzie mejoró mucho a pesar del tiempo. Treinta minutos más tarde llegamos al campamento americano, donde a mi madre la condujeron de inmediato a la tienda del general Washington en persona.

Cuando partimos al día siguiente cabalgamos de nuevo con los

soldados. Nos llevaron hasta unas pocas millas de distancia del embarcadero en la orilla de Jersey. Era un día frío y desapacible, lo recuerdo, y mi madre iba en silencio. Para mí era evidente que algo mucho más importante de lo habitual había ocurrido y que tenía que ver con su conversación con el general Washington. Pero no habló de ello. Yo tenía la certeza de que alguna acción trascendental era inminente. Tal vez esa misma noche, pensé, volvería a presenciar una gran conflagración, pero esta vez en el puerto, con explosiones estremecedoras y barcos envueltos en llamas con palos ardiendo y velas en llamas y marineros británicos quemándose y saltando al agua entre alaridos…

Era ya por la tarde cuando subimos al embarcadero de la orilla de Manhattan. Allí nos recibió el capitán del ejército que había expedido el salvoconducto a mi madre, y también tres casacas rojas. Mi madre sacó de entre sus ropas un papel arrugado que después desdobló y señaló la firma garabateada del militar. Él le preguntó por qué habíamos viajado a Newark y ella respondió, como siempre hacía, que habíamos ido a visitar a la familia de su hermana, pues su madre estaba delicada de salud.

El capitán volvió a mirar el salvoconducto. Estábamos en el extremo del embarcadero con nuestra cesta de hortalizas, tiritando con el viento húmedo que soplaba desde el puerto. Era la primera vez que inspeccionaban nuestro salvoconducto con tan detenida atención. Procuré no manifestar mi ansiedad aunque ahora sé que al hacer ese esfuerzo fue mucho lo que dejé ver. ¡Pero si no era más que un niño! ¿Qué esperaban de mí? De pronto el oficial se volvió hacia mí y me habló en voz alta.

—¿Es eso verdad, chico?

Miré a mi madre y por un instante fui valiente.

—Sí, señor —dije.

Me miró de hito en hito.

—Cuéntame qué le pasa a tu abuela.

No contesté. El capitán se agachó hasta que sus ojos estuvieron a la altura de los míos.

—¿Cómo te llamas? —dijo.

—Edmund.

—¿Qué le pasa a tu abuela, Edmund? Vienes de visitarla en Newark, ¿no es así?

Había dejado de ser valiente, estaba confuso y asustado por aquel hombre de voz potente y feroces ojos azules. Lo único que podía pensar era que si le decía una mentira me encerraría en un agujero oscuro y hediondo

sin mi madre. Me tapé la boca con la mano y al hacerlo vi que algo brillaba en sus ojos. Se incorporó. Mi madre se interpuso entre nosotros. Me dio un empujón para que me quedase detrás de ella y se acercó al oficial.

—Está asustando al niño —dijo en voz baja—. No se fía de usted. Hemos hecho un largo viaje, señor. Queremos ir a casa.

Pero no, no nos dejó ir a casa, y ahora Lizzie se dio cuenta de la gravedad de nuestra situación. Tuvimos que ir con él; y no ha pasado ni una sola hora desde aquel día hasta hoy que no me haya atormentado la idea de que *todo fue culpa mía*, que fue mi comportamiento en el muelle aquel día lo que levantó las sospechas del oficial y desencadenó la perdición de mi madre…

Y los golpes en mi puerta empiezan a oírse de nuevo como sucede siempre que esta idea comienza a darme vueltas en la cabeza, y por mucho que lo intente no puedo ignorarlos sino que tengo que cruzar la habitación para comprobar *una vez más* que no hay nadie, a no ser claro está que sea la Muerte en persona la que viene llamando, y dado que el cólera prospera incluso en este instante, su presencia no sería ninguna sorpresa. Es más, sería bienvenida.

Íbamos sentados en un banco duro en la parte posterior de un carro y el capitán nos escoltaba a caballo. Mi pobre madre no exteriorizaba nada, pero qué tormento debía de sufrir mientras nos llevaban hacia el cuartel general de lord Hyde. Lizzie también iba callada y dirigía miradas de preocupación a mi madre, que le cogía la mano y la apretaba. Nuestro camino pasó al norte de Barrack Street, que ahora se llama Chambers, y luego cruzó la isla hasta Kips Bay. Después de un trayecto que pareció interminable por un paisaje de campos vacíos y árboles sin hojas y colinas escarpadas con arroyos de rápida corriente entre una y otra, a última hora de la tarde llegamos a las inmediaciones de una mansión construida con ladrillo rojo que estaba oculta en parte por un alto muro de piedra en el que se habían encajado un par de portones de hierro. Propiedad en otros tiempos de un acaudalado comerciante de simpatías republicanas, era ahora el cuartel general de lord John Hyde.

El intento de olvidar el mal que aquel hombre hizo a mi madre me ha mantenido en los despachos de licor del puerto marítimo estos últimos cincuenta años. Cuando entró en la estancia a la que nos habían conducido, una suerte de despensa, creo, su porte era más sobrio que en las dos fugaces

ocasiones en que había visto a aquel hombre hasta entonces. Miró a mi madre de arriba abajo y supe que su insulto aún le dolía. Luego se volvió hacia el capitán enarcando una ceja. Se sentó ante la mesa que ocupaba el centro de la estancia. Hacía mucho frío allí dentro. El suelo era de piedra, las paredes de yeso blanqueado, y había una sola ventana por la que se veía el patio de la parte trasera de la casa. Faltaban varios cristales.

—Tiene dos opciones, señora —dijo lord Hyde.

Se calzó un guante ajustado de suave cuero blanco.

—Es mi intención registrarla, y antes se desvestirá usted misma, o bien será desvestida por otros.

¡Estaba hablando a mi *madre*! Me volví hacia Lizzie y vi que el color subía a sus mejillas.

—Hijos de puta —dijo mi madre, o escupió, por mejor decir.

—Escoja.

A Lizzie y a mí nos habían llevado para entonces detrás de la silla de lord Hyde, así que mi madre estaba sola. No titubeó. Vi que dejaba caer el chal al suelo y comenzaba a despojarse de sus prendas exteriores. Había rostros de hombres pegados a la ventana y a través del cristal roto los vi sonreír. Ella estaba junto a la pared vestida solo con su ropa interior. Sus prendas interiores no estaban limpias, nada podía mantenerse limpio en la Ciudad de Lona. Por un instante se hizo el silencio. Luego lord Hyde volvió a hablar.

—Desvístase, señora.

Una profunda vergüenza se apoderó de mí. ¡Que aquello le estuviera pasando a mi *madre*, y delante de todos aquellos extraños, aquellos *ingleses*…! Entonces con creciente asombro comprendí que en su orgullo mi madre *no aceptaba* la vergüenza. Volví a mirar a mi hermana y ella también lo había visto. Nuestra madre parecía decir, mientras se despojaba de sus prendas interiores sucias, que no le importaban nada aquellos harapos, que lo importante estaba más profundo, yeso lord Hyde no podía arrebatárselo. Clavé la vista en el suelo pero no bien lo hube hecho el corpulento lord se volvió en su silla.

—Levanta la cabeza, muchacho —susurró.

No me moví.

—*Levanta la cabeza*.

Había en su tono algo que imponía obediencia. Yo no tenía fuerzas para desafiarlo. Levanté la cabeza. Mi madre estaba desnuda junto a la pared blanqueada. Nunca la había visto así, ni siquiera en los estrechos confines

de nuestra atestada choza. Pero era una mujer, y más hermosa que ninguna de las pocas que he visto en parecidas circunstancias después de aquel día, desnudas, quiero decir. No daba muestra ninguna de vergüenza. Era lo que era, humana, una mujer, sometida al poder pero no menoscabada por él, no más débil que antes. En el silencio que siguió me di cuenta de que la respiración de lord Hyde era rápida y superficial mientras las risitas de la ventana se volvían más ruidosas.

Y entonces mi madre se llevó las manos al cabello. Lenta y pausada como antes, se quitó las horquillas que sujetaban los gruesos mechones de color caoba en su descuidado moño y los dejó caer sobre sus hombros y sus hermosos pechos. Era un insulto. Dejó caer su cabello para lord Hyde y de ese modo ponía en evidencia la lascivia de aquel hombre, de hecho la lascivia de todos los que la miraban. El capitán entretanto se había arrodillado a los pies de mi madre y buscaba entre las prendas de las que se había desembarazado. Casi de inmediato descubrió una carta sellada en uno de sus zapatos. La puso en la mesa.

Lord Hyde rompió el sello y sacudió la carta hasta abrirla, sosteniéndola lejos de él con las yemas de sus dedos enguantados como si le diera asco. Luego comenzó a leer. Cuando el registro hubo terminado sin que se descubriera nada más, se guardó la carta en un bolsillo y salió de la estancia sin decir palabra.

Tuvo que ser el capitán quien dijera a mi madre que podía vestirse.

Cuando lord Hyde regresó traía consigo una copita de cristal tallado, una licorera de vino de Oporto y también a su secretario, un inglés menudo, malencarado y amargado que portaba pluma, tinta y un a modo de libro de cuentas. Se sentaron los dos ante la mesa con el capitán y su señoría informó a mi madre de que aquella audiencia era ahora un consejo de guerra y que se la acusaba de traición. Recuerdo que se examinaba las uñas mientras pronunciaba esas palabras, y daba la impresión de que prefería cazar zorros antes que rebeldes. Se sirvió una copa de vino y se la echó al coleto de un trago, y acto seguido se sirvió otra. Yo estaba muy asustado. De mucho de lo que pasó recuerdo poco más que mi madre trató de principio a fin al consejo de guerra con desprecio y que hubo un momento en que les dijo que sí, que era culpable, «si ser culpable es luchar contra vosotros, carniceros, en mi tierra».

El secretario garabateaba en su libro de cuentas. No levantaba la vista de

la mesa. Recuerdo que en otro momento mi madre declaró que no reconocía la autoridad del tribunal pues era ciudadana de los Estados Unidos de América.

—Los Estados Unidos de América no existen —dijo el secretario con cierto desagrado. Los territorios a los que se refiere, señora, son colonias en estado de rebelión, y es deber de su señoría sofocar esa rebelión.

—Dejamos de ser colonias cuando declaramos nuestra independencia.

—Lo que puedan o no haber declarado no nos concierne, ni tampoco a vuestro legítimo soberano, que es el rey.

Mi madre clavó la mirada en un punto por encima de la cabeza de su señoría. Tenía los pies plantados con firmeza en las losas del suelo y presentaba una imagen de desafío. Lord Hyde había abandonado para entonces su aire de cansada lasitud y se volvió visiblemente irritado por aquella mujer que comparecía ante su consejo de guerra discutiendo la legalidad de los derechos de la Corona sobre sus colonias. Entonces nos sacaron de la sala y a través de la puerta llegaba el murmullo de la voz del secretario, interrumpida alguna que otra vez por lord Hyde o por el capitán. Cuando nos llamaron para que volviésemos a entrar lord Hyde no perdió el tiempo, y con una apagada sensación de incredulidad oí que le decía a mi madre que puesto que había sido declarada culpable de traición era su intención ahorcarla.

—¡No! —gritó Lizzie.

—¡Guarda silencio! —exclamó el secretario.

Levanté la vista hacia el rostro de mi madre pero no revelaba el más mínimo signo de emoción. Solo pronunció una palabra.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana —dijo, y agregó, con una risa suave, y que Dios tenga misericordia de su alma americana.

Dejo vagar mi imaginación hasta aquel día tan terrible y a la noche que le siguió y veo la última luz brillando roja y tenue sobre las colinas de Jersey mientras una figura recorre el camino polvoriento que mi madre y Lizzie y yo habíamos recorrido poco antes con los soldados. A medida que oscurece llega el frío glacial en aumento de la noche de invierno y en la Ciudad de Lona las fogatas arden y brillan. Hay figuras oscuras sentadas y encorvadas cerca de las llamas o que se mueven en siluetas abrigadas. Se oyen súbitas risotadas o alaridos de dolor. Al oeste el río parpadea a la fría luz de la luna

que asoma por el horizonte. Cuando se detiene y se da la vuelta para ver lo que ha dejado tras él, el viajero solitario puede distinguir las agujas de las iglesias y los mástiles de los barcos de guerra amarrados en la bahía y a esa hora, cuando la oscuridad comienza a ocultar la devastación infligida a Nueva York, puede recordar la ciudad tal como era antes de que llegaran los británicos.

Unas horas más tarde se acerca a la casa que lord Hyde ha tomado como cuartel general. Los árboles están pelados y la tierra dura y en barbecho, y en una mañana neblinosa de enero, quizá, todo ello compondría un cuadro de no ingrata contemplación de la tierra en reposo mientras espera el brotar de la vida que trae la primavera. Pero esta imagen del sueño es alterada brutalmente por la escueta forma de una *horca* que se alza media milla más allá de las puertas de la casa. El viajero la ve enmarcada en el cielo, sola en su baja elevación del terreno, mientras la luna proyecta una luz plateada sobre aquel desolado tramo del camino. No hay vista mejor calculada para despertar del terror del cual no ha hablado todavía con nadie, aunque no ha pensado en otra cosa desde que a última hora de aquella tarde le contaron lo que le había sucedido a su madre: que la habían apresado en el embarcadero del Hudson y la habían llevado a la casa de lord Hyde en Kips Bay.

A la luz de la luna la horca proyecta sobre la tierra helada una sombra larga y estrecha que el joven atraviesa sin levantar la vista del suelo. Luego se acerca a la casa. En varias ventanas brilla la luz de una vela y en su corazón ingenuo siente un rayo de esperanza. Porque donde hay hombres, piensa, seguro que hay piedad, qué idiota. Aferrándose a esta idea llega ante las puertas. Dos figuras temblorosas están acurrucadas muy juntas allí.

—¡Dan!

Lo que Lizzie le contó era terrible de por sí, pero su rabia lo hizo más terrible cuando relató lo que había sucedido entre el capitán y yo en el embarcadero. Dijo que había traicionado a nuestra madre y que todo era culpa mía. Nunca olvidaré su rabia. Se interpuso entre nosotros durante el resto de su vida, su convencimiento de que si hubiera estado alerta y hubiera contado una simple mentira al capitán todo habría salido bien. No dijo nada más pero su mirada encendida y la reprimenda que contenía quemaron mi alma. Dan se dirigió después al centinela de la puerta y lo convenció de que nos dejara entrar. Nos permitieron pasar las horas que

quedaban de oscuridad en una dependencia anexa donde antes guardaban animales. Apestaba a estiércol.

Al amanecer la casa comenzó a desperezarse. Aparecieron soldados desde varios edificios con sus guerreras abiertas. Cruzaron el patio tiritando y bostezando para ir al barril de agua. El olor a tocino al freírse flotaba en el aire frío y claro del día. De los establos llegó un arrastrar de cascos y relinchos y luego las puertas se abrieron de golpe y una reata de caballos fue conducida afuera cruzando el patio, con sus cascos resonando en las piedras de pedernal y su aliento saliendo como humo en el aire frío de la mañana.

El primer oficial que salió de la casa fue el joven capitán. Se acercó a la dependencia donde los tres estábamos dando patadas en el suelo de tierra para tratar de entrar en calor. Yo había dormido un poco y me había despertado el olor a tocino. Fue allí en el patio, mientras los soldados acometían sus primeras obligaciones y llevaban a los caballos al cercado, donde Dan se encontró cara a cara con él.

—Habéis venido por vuestra madre —dijo el capitán.

—Hemos venido a implorar por su vida —dijo Lizzie.

Mi hermana era una chica bonita y tenía el carácter fuerte de nuestra madre. Ahora le estaba suplicando suavemente al capitán.

—Si estuviera en mi poder —dijo, la perdonaría, pero no lo está.

Al escuchar estas palabras miramos aterrados a aquel hombre. Todo un oficial británico dispuesto a perdonarla pero que alegaba impotencia. Un desdén altanero habría quedado mejor que aquel reconocimiento mortificador, aquel atisbo de clemencia que se ofrecía en el mismo instante en que se retiraba. Lizzie se acercó a él.

—Señor, tiene que ayudarnos. Si la perdemos…

No terminó el pensamiento. El capitán podía imaginar sin ninguna dificultad las circunstancias a las que la guerra nos había empujado.

—El veredicto lo ha dictado lord Hyde en persona.

—Entonces vaya a hablar con él, dígale que estaremos siempre en deuda con él, pero que le perdone la vida.

Mientras hacía esa última súplica Lizzie agarró el sobretodo del oficial y apretó su cuerpo contra el suyo, mirándole a la cara con tal fuerza de sentimiento que él tuvo que desviar la mirada. Sin dejar de apartar el rostro se quitó el abrigo de los hombros y lo puso por los hombros de la niña que tiritaba delante de él.

—Lo intentaré —dijo.

—¡Pero déjenos verla! —exclamó ella.

El capitán se dio la vuelta bruscamente y cruzó el patio para dirigirse a una dependencia no muy distinta de aquella en la que habíamos pasado las últimas horas. La puerta se abrió y allí dentro vimos a nuestra madre. Nos abalanzamos sobre ella con una mezcla de gritos de alegría y pena.

Estaba tranquila, triste, resignada, pero sobre todo preocupada por nosotros, sus hijos, y no nos habló dela voluntad de Dios, ni del destino de la república, nada de eso, sino de cómo debíamos arreglárnoslas cuando ella no estuviera. Dispusimos de menos de una hora con ella antes de que lord Hyde apareciera y haciendo una señal con la cabeza indicara al capitán que había llegado la hora. No habían dado todavía las nueve de la mañana. El capitán apareció en la puerta de la dependencia, que ahora estaba abierta. Cuando mi madre lo vio una expresión de horror recorrió sus facciones pero fue breve como una brisa sobre el agua. Después lo miró con un desdén glacial. Lizzie se volvió hacia la puerta.

—¡No! —gritó.

Cruzó corriendo la estancia. Poniendo los puños en el pecho del capitán imploró por la vida de su madre.

—No puedo hacer nada más —dijo.

—Venid, quedaos conmigo —dijo mi madre.

Rodeando nuestros hombros con sus brazos, su garganta desnuda y mechones de cabello cayendo sueltos, mi madre salió a la mañana clara y luminosa. En el centro del patio, formado en posición de firmes y con las armas al hombro, estaba el pelotón de ejecución, y también un muchacho con un tambor. Por un instante mi madre contempló la escena como si ella estuviera al mando. Lord Hyde dio un paso al frente. Iba empolvado y pintado. Luego todos seguimos al pelotón de ejecución, observados desde todas las ventanas y puertas. Una sola vez le falló la compostura a mi madre, cuando el estallido de un mosquete en la costa rompió la quietud de la mañana. Se sobresaltó como si la bala hubiera penetrado en su carne.

La silueta de la horca se recortaba sobre el fondo de un cielo azul y frío. Una soga con nudo corredizo pendía de su palo horizontal. Debajo estaba preparado un carro de plataforma con un par de caballos enganchados. Había un pelotón de casacas rojas en posición de firmes en la calzada cercana y una pequeña multitud de americanos se había congregado a escasa distancia. El tambor atacó un redoble lento y sordo. Un capellán apareció junto a nosotros y musitó unas palabras pero mi madre meneó la cabeza y

siguió mirando el camino delante de ella. Lord Hyde avanzaba con paso lento y solemne a la cabeza del cortejo y el capitán cerraba la marcha.

Cuando llegamos a la horca los soldados se juntaron con el pelotón que ya estaba allí y el redoble del tambor cesó. Los americanos que observaban guardaron silencio. Cuando estuvo cerca de la horca, lord Hyde se quitó la casaca y se la entregó al capellán. Allí estaba, desafiando el frío de la mañana, un inglés corpulento con su camisa blanca con puntillas en los puños, chaleco bordado de seda dorada y un pañuelo blanco brillante con alfiler de diamante. Su peluca empolvada era tan blanca como su piel, en llamativo contraste con sus mejillas con colorete y sus labios escarlata.

El capitán dio un paso adelante y tocó a Lizzie en el brazo. Enseguida comprendimos que teníamos que apartarnos y que nuestra madre debía continuar sola. La abrazamos y el silencio se rompió al fin cuando entre la multitud de americanos se escuchó un grito de dolor que pareció animar de pronto lo que se había convertido en un retablo congelado: los soldados alineados, lord Hyde bajo la horca, la mujer condenada y la multitud de espectadores, y Lizzie ahora llorando en el pecho del capitán mientras Dan agachaba la cabeza y apretaba los puños contra ella.

Lord Hyde subió veloz al carro y ordenó a mi madre que lo siguiera. Solo entonces fue evidente para todos los presentes que era intención de su señoría ahorcarla personalmente. Se oyó un murmullo de rabia y los soldados se pusieron tensos. Mi madre subió rápidamente al carro, manteniendo las faldas remangadas mientras lo hacía. Se puso bajo el dogal con la cabeza erguida y la barbilla prominente, los ojos secos y la boca con las comisuras hacia abajo en una expresión de intenso asco. Le ataron las manos a la espalda. Se negó a que le vendaran los ojos.

Pero sí deseaba hablar. La muchedumbre avanzó. Durante varios minutos todos guardaron silencio absortos. Habló con voz clara, su aliento se convertía en vapor por el frío de la mañana invernal, y me pareció extraordinario que estando tan cerca de la Muerte no sintiera miedo, es más, parecía estar en paz, y no porque ansiara liberarse de una vida que le iba mal, porque no era así. Estaba totalmente tranquila mientras hablaba y no movía los brazos, no levantaba el puño cerrado, pues tenía las muñecas atadas a la espalda. Sencillamente la barbilla levantada y los ojos brillantes, y las palabras que salían *despedidas*, así parecía, para alimento de los americanos presentes y como veneno arrojado a la cara del enemigo.

—¡No me arrepiento de lo que he hecho! —gritó.

Unos pocos gritos de aprobación disparejos rompieron por un instante

el silencio.

—¡No me arrepiento de haber intentado ayudar a mi país a expulsar a estos monstruos de nuestras tierras!

Recorrió con la mirada la escena invernal. Nadie se movió, nadie hizo ningún ruido. Cerró los ojos un segundo. De pronto recordé nuestra casa al lado de la iglesia de la Trinidad, y en qué había venido a parar aquel lugar. Creo que ella también estaba pensando en eso.

—Antes, gritó, vivíamos en paz aquí, hasta que Inglaterra codició lo que era nuestro. Ahora no tengo ningún deseo de paz, deseo la *guerra*. ¡Tiene que haber guerra para que mis hijos puedan tener paz! Mis hijos…

Una pausa al llegar a este punto. Con las manos atadas a la espalda y la cabeza hacia delante parecía suplicarnos que reconociésemos su sinceridad en aquellos momentos postreros de su vida. Por fin las lágrimas rodaron por sus mejillas, y no se las pudo enjugar. Lancé una mirada rápida y temerosa a Lizzie, que tenía la cabeza alta, los ojos muy abiertos y sin pestañear, los labios separados. De pronto me entró miedo de que los soldados nos prendiesen y nos llevasen a aquel carro y nos ahorcasen con nuestra madre. Puede que ella pensara lo mismo, pues no volvió a hablar de sus hijos.

—¡Odio a todos los reyes! —gritó. Y si con mi muerte…

Ahora se oyeron gritos de «¡Vergüenza!». Desde las últimas filas de la muchedumbre alguien lanzó una piedra que fue a dar en el hombro de un casaca roja. Con una orden entre dientes lord Hyde mantuvo a los soldados en sus filas. Daba la impresión de que quería que mi madre vaciase su corazón antes de que él lo detuviera para siempre.

—Si con mi muerte ayudo a mi país no será inútil que me ahorquen hoy aquí.

De pronto agachó la cabeza y el cabello le tapó la cara. Siseos pidiendo silencio. Nadie habló, nadie se movió. Ella parecía haberse marchado a otro lugar, un lugar en su interior, quizá para tocar una piedra imán en la que tenía fe. Entonces volvió a levantar la cabeza y una luz feroz ardía ahora en sus ojos húmedos. Una vez más se negaba a la contrición, se negaba a aceptar cualquier culpabilidad, se negaba a admitir su mal. En tono categórico repitió su declaración de antes.

—¡No me arrepiento de lo que he hecho!

Más tarde oí decir que las palabras que pronunció aquel día fueron una fuente de inspiración para muchos en la causa, incluido el harapiento ejército de Washington. Cuando terminó se oyeron más vítores y después lord Hyde le puso el dogal alrededor del cuello. Apretó el nudo. Se tomó su

tiempo para la tarea. Ella seguía sin perder su valor, y yo seguía sin poder creer que aquello fuera el fin. Lord Hyde se bajó rápidamente del carro, que dio una pequeña sacudida. Pasó adelante para tomar las riendas de los caballos. Hizo una seña con la cabeza al capitán, que desenvainó su espada y la levantó en alto.

No había nada en el universo entonces sino una mujer de pie en un carro bajo una horca, una soga alrededor de su cuello, su cabeza erguida al viento, una leve sonrisa en sus labios, ella nos miraba a *nosotros*, me miraba a *mí*, hasta que la espada del capitán *descendió*, lord Hyde golpeó a los caballos con la fusta, el carro dio una sacudida y se puso en marcha…

El vómito negro no tardará en comenzar a causar sus terribles estragos y cuando eso suceda mi vida tendrá las horas contadas. El reloj suena acompasado en mi chimenea y los golpes vuelven a sonar, pero no hay nadie en la puerta y no me tomo el trabajo de cruzar la habitación. Debo terminar. He contado ya cómo estaba con ella cuando mi madre fue a la horca y cómo lord Hyde se ocupó personalmente del ahorcamiento; parecía una predilección especial de aquel noble caballero hacer de verdugo. Había un ataúd en la parte trasera de un carro y en una atmósfera de la más sombría desolación, cuando la multitud se había dispersado y los soldados, todos menos dos, habían vuelto en formación a la casa, metieron el cuerpo de mi madre en la caja y clavaron la tapa. Todavía ahora puedo oír sus martillos en la quietud de aquel día. ¡Tap-tap-TAP, tap-tap-TAP!

Estuve muchos minutos mirando el ataúd. La caja tosca de pino era tan pesada, tan *inamovible* bajo el cielo despejado que no tenía sentido pensar en ella allí. No la había visto morir. No pude mirar cuando el carro comenzó a rodar; me había vuelto de espaldas y había cerrado los ojos y me había metido los dedos en los oídos y me había quedado así hasta que Lizzie me tocó en el hombro y dijo que todo había terminado. Miré el ataúd y verlo fue como si me entrase un ácido en el cerebro, que me quemó tan adentro que aunque de día lo olvido, por la noche lo vuelvo a ver, y la oigo de nuevo dando golpes dentro de él y sé que no está en mi mano salvarla.

He tenido toda una vida para pesar en la balanza de mi conciencia la magnitud de mi culpa. Es cierto que solo era un niño cuando levanté sospechas en el embarcadero del Hudson, y mi juventud sirve hasta cierto punto para excusarme. Ese es el alegato que se podría exponer en mi

defensa ante un tribunal legal o un tribunal moral, aunque el único órgano de esa naturaleza que reconozco, pues soy ateo, es el que se reúne en el lugar oscuro y angosto al que ya he hecho mención, me refiero a mi alma. Y en el tribunal de mi alma soy culpable de los cargos que se me imputan, y merezco la pena capital que sin duda pronto se ejecutará. Y esto, podría pensarse, es todo lo que hay.

Pero no es así. Los hechos de aquel día y del día que lo precedió hicieron de mí un hombre angustiado. Supongo que es posible entender tal desorden de la mente como una prueba de locura, pero eso sería un error. No creo que estuviera loco, aunque me vi obligado a llevar la clase de existencia que el loco conoce; quiero decir que mi sentimiento de culpa me apartó de los demás. Y fue en ese estado de absoluta soledad donde me encontré con el fantasma de mi madre, y no una vez, no, *repetidas veces*.

No sentí miedo, ni horror. Su ausencia era mucho más terrible para mí que su fantasma. ¡Fue su ausencia lo que acabó conmigo! No sé ahora cómo sobreviví sin ella, y Lizzie no fue de ninguna ayuda ni apoyo, pues ella también tenía el alma rota después de ver ahorcar a su madre. La primera vez fue al anochecer. Ella estaba mirando hacia la orilla de Brooklyn donde el barco prisión *Jersey* se mecía y apestaba en Wallabout Bay. En algún lugar lejano un perro ladraba. Yo había visto algo desde el muelle, una forma humana, una mujer al final del embarcadero, y con un súbito arrebato de alegría la reconocí. Avancé con cautela por el embarcadero y me quedé a escasa distancia de ella, con cuidado de no perturbar el silencio o la penumbra o los tablones húmedos y astillados bajo mis pies. Tenía el cabello lacio y los ojos muertos. Su piel tenía la consistencia de la manteca. Olía mal. No me prestó atención pero para mí fue suficiente con estar cerca de ella. Eché un vistazo a los navíos de guerra británicos anclados en la bahía, sus mástiles trazaban finas líneas de grafito en el boceto emborronado del atardecer. No habían ardido como Washington esperaba y había tramado que harían, creo que porque Miles Walsh y mi madre y los demás fueron traicionados. Huelga decir que no volví a ver a Miles Walsh y solo puedo conjeturar, a partir de los fragmentos velados que han llegado a mis oídos en forma de leyenda, que él también acabó en la horca, a altas horas de una noche en Barrack Street, o que murió en Provost o a bordo del *Jersey* o de cualquiera de las mortíferas prisiones de Nueva York en aquellos tiempos.

Recuerdo que cuando regresé a la Ciudad de Lona y le conté a Lizzie que la había visto ella no me entendió bien. Interpretó que la muerte de

nuestra madre me había causado una aflicción tan profunda que no era capaz de apartar de mí su recuerdo. Pero yo no me refería a eso. Todo eso era verdad pero había algo más.

—¿Qué más?

Me miró con los ojos sin brillo y enrojecidos por el llanto. Como ya he dicho, Lizzie perdió parte de su espíritu el día que ahorcaron a mi madre, dejó de ser joven. Nunca más la oí reír. Nunca se casó. Y aunque vivió para conocer el nuevo siglo se sumió en la enfermedad durante la administración de Madison y al final creo que se alegró de dejarnos; es más, habló de reunirse con nuestros padres muy pronto. Dijo que había un lugar mejor que América y que esperaba llegar a él. Esas fueron sus últimas palabras.

—Una pesadilla, no es nada más que eso —dijo.

—No, dije. A la luz del día.

—¡Es tu imaginación!

—No importa. *La he visto*.

Dijo después que nunca olvidaría la gélida sensación que le causaron aquellas palabras mías. Muchas veces aquel verano y aquel otoño me acompañó a la ciudad. No me creía pero su necesidad era más fuerte que su duda. Íbamos al ponerse el sol. Yo estaba atento a todos los movimientos en la oscuridad, cada pisada en las calles vacías, cada forma que bailaba al resplandor de una fogata en los lugares que la guerra había dejado desiertos.

—¡Ahí! ¿La ves?

La agarraba de la manga y me arrodillaba para mirar con el dedo extendido y tembloroso alguna sombra, alguna nada que se movía junto al río o al fondo de un callejón en las partes en calma de la ciudad. Ella miraba hacia el lugar que yo le indicaba pero solo veía ratas. Entonces yo avanzaba de prisa en pos de lo que fuera aquello y ella me seguía pero nunca había nada, nunca cuando Lizzie estaba conmigo. ¿Qué era lo que quería de mi madre muerta? No exagero si digo que esta pregunta me ha consumido durante todos los años perdidos de mi vida y ahora creo que por fin tengo la respuesta. Creo que la Muerte, que está muy cerca de mí, pues tenemos una cita dentro de unas horas —¿y no es la Muerte la que está a mi puerta incluso ahora?—, la Muerte me dijo al oído la respuesta esta tarde mientras dormía. He buscado a mi madre muerta no porque quisiera *liberarla* de su ataúd, sino porque quería estar *en* su ataúd *con ella*.

Queda poco que decir. Ha pasado medio siglo desde el Año de la

Horca, y en las mentes de mis compatriotas la guerra se ha transformado hasta tal punto que ahora parece nada menos que la empresa gloriosa de una pequeña hueste de héroes y mártires a quienes sostenía la idea de la Libertad y destinada por esa razón a prevalecer al final.

Pero estoy angustiado. He vivido mis días trabajando para otros, como un don nadie solitario a quien se podía encontrar con su pipa y su botella al fondo del Sol Naciente o de alguno de los establecimientos de esa clase que hay cerca de los muelles del East River. Nunca he sido libre de mi madre. Se me ha aparecido en las costas de la isla de Manhattan en la hora que precede al amanecer, podría ser, o al anochecer, cuando la luz comienza a irse. A esas horas, las horas límite, las inciertas horas intermedias en que no es de día ni de noche, a esas horas era cuando me encontraba con ella en algún embarcadero abandonado y yo siempre sabía que un día vendría a buscarme. Y esta, ahora, es la hora. Está aquí.

Está ante mi puerta con los ojos vacíos, las ropas sucias abiertas por las costuras y los dientes sueltos en su cráneo. El fétido olor de la tumba la acompaña con fuerza. Levanta sus dedos hinchados y podridos, y abajo en la calle oigo el traqueteo del carro de la muerte en el empedrado que se detiene delante de la casa. En la parte posterior de ese carro de la muerte su ataúd nos espera y ahora, al fin, mientras agarro la mano de mi madre y avanzamos juntos hacia la escalera, sé que el contagio viene de verdad a por mí.

Es ni más ni menos lo que merezco.

JULIUS

Noah van Horn era un hombre rubicundo y huesudo, con una voluntad de hierro, y nadie le ganó nunca la batalla en una discusión a excepción quizá de su hija Charlotte. A juzgar por su retrato, que primero estuvo colgado sobre la repisa de la chimenea de su casa en Barclay Street, en carne y hueso debía de ser un personaje de lo más inquietante. Animoso, gritón, dominante, impaciente, poseído de un carácter indómito; todo está ahí en el rostro, y digo esto porque el cuadro es ahora de mi propiedad y paso demasiado tiempo delante de él. Y con sus barbas entrecanas y sus ojos negros desorbitados, más parece un profeta del Antiguo Testamento que un comerciante que pasó sus días en los muelles de South Street; da la impresión de estar literalmente a punto de *saltar* del lienzo y emprenderla a bastonazos con el espectador.

Edificó los cimientos de su fortuna en el comercio del Atlántico, cargando algodón en rama en Savannah, Georgia, para transportarlo a Londres y distribuirlo después en la costa oriental, sacando un beneficio en cada puerto; esto debía de ser en la década de 1800, cuando apenas tenía veinte años. En los decenios siguientes su riqueza se acumuló con rapidez al invertir sus beneficios en la construcción naval, la propiedad inmobiliaria, la edificación y cosas por el estilo. No pertenecía a la vieja élite del dinero, y desde luego no tenía tanta devoción como algunos por las virtudes presbiterianas que se consideraban favorecedoras de una vida útil y piadosa —la sobriedad y la frugalidad, por mencionar dos de ellas—, pero exhibía una poderosa entrega a la iniciativa dinámica y la obtención de dinero. En 1832 se casó con una muchacha llamada Ann Griswold que era más de veinte menor que él, hija de un comerciante yanqui con el que hacía negocios. En los años siguientes le dio tres hijas, la mayor de las cuales era Charlotte.

En su vida doméstica Noah encontró entonces cierta tranquilidad.

Renunció a lo que consideraba el placer varonil de beber *brandy* con sus colegas en los hoteles del bajo Broadway y cultivó el interés por la historia de las civilizaciones antiguas, reuniendo una biblioteca de unos dos mil volúmenes. En los negocios continuó prosperando, y con él la ciudad. A menudo hablaba del día en que Nueva York adelantaría incluso a Londres como el mayor puerto y mercado del mundo, y lo decía con la seguridad del hombre que podía esperar embolsarse una buena porción de los beneficios cuando ese día llegase. Pero lo que no poseía, y por ello habría pagado el precio que hubiera sido preciso, era un hijo.

Cuando nació Charlotte, Noah decidió trasladar a su familia a un lugar más saludable, pues el barrio comercial de Manhattan era cada vez más sensible a las enfermedades que a su juicio entraban por el puerto con los irlandeses y hallaban fértiles caldos de cultivo en las calles estrechas y llenas de inmundicia y en los fétidos patios donde vivían. Adquirió una parcela en Waverley Place y encargó a un arquitecto que le diseñara una casa de estilo griego, toda columnas estriadas, pesadas cornisas y frontones triangulares, un edificio feo que a mi modo de ver parecía más un mausoleo que una casa. La obra se terminó en el invierno de 1835 y la familia se mudó a ella. Una semana más tarde tuvo lugar una de las peores catástrofes que le han ocurrido nunca a la ciudad. Un incendio en un almacén de Pearl Street se propagó por la zona comercial de la parte baja de la ciudad y en dos días destruyó casi setecientos edificios, junto con mercancías por valor de decenas de millones de dólares. Una de las casas particulares que quedaron reducidas a escombros por el incendio fue la residencia que los Van Horn habían desocupado poco antes en Barclay Street.

Fue en la casa de Waverley Place donde Ann van Horn dio a luz al último de sus hijos, y para su gran alivio Noah tuvo por fin un niño. Al bautizarlo le impusieron el nombre de Julius.

El niño nació en el seno de una familia próspera y respetada, pero su camino no sería fácil. Cuando era un niño de pecho su madre murió, agotada por su último alumbramiento, y pese a los cuidados de sus hermanas, en especial de Charlotte, a partir de ese instante la educación de Julius careció de la influencia materna que pudiera haber atemperado la férrea severidad de su padre. Porque Noah quedó deshecho por la pérdida

de su esposa, y en su dolor impuso a su hijo unos niveles de exigencia imposibles de alcanzar. Años más tarde las hermanas de Julius hablarían a menudo de cómo Noah pegaba al niño por las más nimias infracciones de las normas de la casa. Oían sus gritos desde el otro lado de la puerta de la biblioteca de su padre, y sufrían por él, y odiaban a su padre. Pero lo curioso es que en Julius nunca pareció cundir el resentimiento por el trato que recibía, pues en cuanto sus lágrimas se secaban volvía tan alegre como antes a preguntar a su querido padre si había algo que pudiera hacer para servirlo; y ni siquiera Noah van Horn, aquel hombre adusto y turbulento, podía menos de conmoverse ante la feliz inocencia de aquel dulce hijo suyo.

La intención de Noah fue siempre educar a Julius para que se hiciera cargo de la Casa de van Horn cuando llegase el momento. Pero antes de que el niño cumpliera diez años se dio cuenta de que no tenía la cabeza que hacía falta para los negocios, aunque no estaba claro ni por asomo para qué tenía cabeza. En su decepción se volvió durante algún tiempo más brutal si cabe con el niño, hasta el punto de que en una ocasión Julius salió llorando de la biblioteca de su padre con sangre en las piernas y sus hermanas no pudieron aguantar más. Acudieron en bloque, encabezadas por Charlotte, y con no poco temor, a pedir a su padre que cejara en su proceder.

He intentado muchas veces imaginar cómo fue aquella entrevista. Sé que tuvo lugar en la biblioteca, una sala oscura y revestida con paneles de madera en la segunda planta. Había sillones agrupados en torno a la chimenea y un escritorio de caoba negra y estanterías que se alzaban en todas las paredes desde el suelo hasta el techo, tan alto que era preciso servirse de una escalera para alcanzar los volúmenes de la parte de arriba. En el suelo delante del fuego había una piel de oso, y los dos ojos de cristal de la enorme cabeza miraban sin pestañear hacia las llamas. Desde uno de los sillones junto al fuego Noah dio a gritos la orden de que entrasen aquella noche cuando Charlotte llamó a la puerta de la biblioteca.

—Padre, hemos venido a verle por un asunto al que concedemos la mayor importancia —dijo.

Las tres chicas se quedaron de pie, temblando a la luz de las lámparas de gas, mientras Noah permanecía sentado con los pies muy separados y las manos apoyadas en los brazos de su sillón, con los dedos de una mano ligeramente doblados en torno al pie de una copa de cristal tallado que emitía destellos a la luz de la lumbre. Llevaba puesto su batín, una prenda larga y ribeteada de seda roja con relucientes dragones estampados en hilo de oro. Calzaba unas babuchas de cuero traídas de Marruecos. Tenía los

párpados caídos, el labio húmedo.

—La mayor importancia para vosotras.

—Para todos nosotros —dijo Hester, la recatada Hester, con diferencia la más dulce de las tres. La pobre chica estaba tan asustada que no le salían las palabras cuando intentó hablar, y tuvo que empezar de nuevo. Pero al igual que sus hermanas miraba a su padre a la cara con firme resolución. Noah cruzó las piernas por los tobillos y puso los pies en la cabeza del oso.

—Soy todo oídos —dijo.

Charlotte dio un paso adelante y con las manos a la espalda comenzó a explicar a su padre por qué las palizas a Julius debían acabar. No sé lo que se dijo exactamente, pero me figuro que mientras se explayaba con su tema sus brazos perdieron la rigidez y no tardaron en moverse para apoyar sus razonamientos, y que la cara se le puso colorada y el tono de su voz subió. Su padre, entretanto, no tardó en perder el reposo del que estaba disfrutando y los pies calzados con babuchas se bajaron de la cabeza del oso, la ancha frente surcada de arrugas y el ceño fruncido; se puso en pie de un salto y se quedó junto al fuego, el color de sus mejillas se tornaba cada vez más rojo y se daba palmadas en el muslo para descargar su enfado. Las chicas más pequeñas, envalentonadas por el vehemente alegato de Charlotte, se atrevieron incluso a exclamar «¡Sí!» cada vez que su hermana se mostraba especialmente persuasiva, y aunque es posible que todo el episodio no durase más allá de diez minutos, cuando Charlotte hubo terminado su padre estaba sumido en un estado de cierta confusión. Había comenzado albergando la sencilla convicción de que Julius necesitaba disciplina, y en abundancia, y así lo había creído hasta que Charlotte le dijo sin ambages que el niño no podía evitar ser como era.

Esa idea, por extraño que parezca, surtió un profundo efecto en Noah van Horn, me refiero a la idea de que su hijo «no podía evitar ser como era». Casi de inmediato, al parecer, sus sentimientos hacia el niño cambiaron. Como en una revelación cegadora vio que había estado castigando a Julius no para mejorar su carácter sino más bien para descargar la cólera que le producía el tener que admitir que el niño nunca sería como él deseaba que fuese. Que se había engañado al creer que estaba preparando a Julius para la vida, cuando lo cierto era que estaba dando rienda suelta a sus propios sentimientos de frustración y quizá, también, su dolor de viudo, que era, como ya he dicho, intenso; lo afectó profundamente, y se sumió en un estado de abatimiento tal que durante algunos días la atmósfera de la casa comenzó a afectar incluso al estado de ánimo de Julius. Pero sea como

fuere las palizas tocaron a su fin.

Las hermanas tenían motivos fundados para sentirse satisfechas. A Charlotte le producía una satisfacción especial el que su intervención hubiera resultado eficaz, aunque en presencia de su padre no lo manifestaba y por primera y única vez en su vida se comportó como la criatura recatada y comedida que se esperaba que fuera, y cruzaba la casa y se ocupaba de sus quehaceres con la mirada baja, y hablaba en una voz tan queda que apenas resultaba audible. Su padre no podía saberlo, pero Charlotte tenía planes para Julius.

De modo que Noah se vio obligado a abandonar la esperanza que albergaba desde hacía tanto tiempo de que su hijo heredaría la Casa de van Horn, y comenzó a buscar un hombre joven a quien pudiera preparar como sucesor suyo. No fue difícil. En la Nueva York de aquellos tiempos, igual que en la de hoy, como no podía ser de otra manera, no escaseaban los hombres inteligentes y ávidos de aprovechar la oportunidad de trabajar todas las horas del día y de la noche para hacerse un nombre y amasar una fortuna.

Su elección fue extraña en muchos aspectos. No sé a ciencia cierta dónde encontró a Max Rinder, pero aunque su familia era originaria de Baviera no formaba parte del gran torrente de europeos que llegaron a Nueva York inmediatamente después de los irlandeses y se establecieron al norte de Five Points hasta la calle 14, creando de ese modo una ciudad dentro de la ciudad en la que había más alemanes que en ningún otro lugar salvo Berlín y Viena.

Pero no era ese el caso de Max Rinder. Su familia llevaba dos generaciones viviendo en Long Island, donde a decir de todos eran gente satisfecha y laboriosa, y el padre de Rinder trabajaba en una fábrica de cerveza. Max, sin embargo, tenía ambición. Es posible que trabajara ya como empleado en el almacén de Van Horn en Old *Slip* cuando Noah se fijó en él, probablemente gracias a la exhibición de cualidades que Noah aprobaba: iniciativa, empuje, puntualidad, deferencia, o tal vez no deferencia, o acaso independencia de criterio y disposición para decir lo que pensaba aun a riesgo de contrariar sobremanera al patrón. Era un joven cetrino, de estatura superior a la media aunque un tanto encorvado, pues padecía una deformidad de los huesos en la parte superior de la espina dorsal que puede observarse en todas las fotografías. Tenía una frente ancha

e inclinada con un brochazo napoleónico de cabello negro azabache en el flequillo y en las sienes y unos ojos claros y hundidos, una mirada hipnótica, como la de un encantador de serpientes o un predicador, que clavaba sin pestañear en quienquiera que fuese su interlocutor, con un efecto inquietante. Era ágil en todos sus movimientos y más ágil aún en su pensamiento, una característica especialmente apreciada por Noah van Horn, que no se quedaba atrás a la hora de valorar su propia inteligencia en lo tocante a asuntos de negocios.

Una elección extraña, como he dicho, y además debió de entristecer a Noah el tener que elegir a aquel joven inteligente de Long Island en lugar de a su propio hijo. En cuanto a Julius, a quien su padre había puesto ya a trabajar en su contaduría, ninguna tristeza en él, ninguna en absoluto; le causó una gran alegría su inminente liberación de algo que se había convertido en un fastidioso cautiverio ante un escritorio estrecho y manchado de tinta y un conjunto sumamente tedioso de obligaciones como llevar las cuentas de los conocimientos de embarque y los manifiestos de carga y cosas por el estilo. Julius se las veía y se las deseaba ante cualquier tarea que tuviera que ver con los números, en realidad con cualquier aplicación de la razón a un problema abstracto, y no era esta su única deficiencia, todo lo contrario. A decir de todos era un muchacho alegre y simpático pero profundamente desorganizado. Llegaba tarde a las citas, a menudo perdía el dinero, la llave de su casa, en una ocasión los *zapatos*, incluso, y su memoria para los nombres era la de una persona anciana aquejada de demencia. En cuanto a su aspecto, era un joven zanquilargo y desgarbado, con una maraña de rizos amarillos. Sonreía sin ton ni son cuando algo era de su agrado o cuando se sentía avergonzado y siempre tenía problemas con su vestimenta, los botones se desabrochaban, los faldones de la camisa escapaban de su reclusión dentro de los pantalones, gemelos y alfileres se extraviaban y con ellos los puños y los pañuelos y todo aquello que tenían la misión de sujetar. Su vista no era buena y usaba anteojos.

Fue Charlotte quien vio en él algo más que un bufón desaliñado. Lo observaba atentamente mientras él se divertía en el gabinete de las hermanas haciendo dibujos a lápiz de las chicas y sus amigas y saltando después al piano, donde inventaba una melodía con su letra para acompañar el dibujo que había hecho. Para Charlotte aquellas efusiones espontáneas eran la espuma o la cresta que coronaba una ola creciente de genio artístico, y estaba decidida a que su hermano no lo desperdiciara. Estaba convencida

de que era un artista en ciernes, y sin duda era innegable que con su cabello rebelde y su aspecto desgreñado ofrecía la apariencia de un *tipo* artístico, y las hermanas eran especialmente sensibles a los *tipos* artísticos.

Sin contar a nadie lo que hacía, Charlotte comenzó a buscar un profesor para Julius. Visitó una docena de estudios en Nueva York, la mayoría de los cuales albergaban a pintores de sólida reputación. Concertó entrevistas con cada uno de ellos. Ninguno le pareció adecuado. Pensaba que aquellos hombres se parecían demasiado a su padre en la importancia que concedían a la técnica y la disciplina y la laboriosidad y cosas por el estilo. Julius haría lo que se le mandase, ella lo sabía, pero no pareció encontrar pasión —el «dulce arder interior», como reza el dicho—, en fin, hasta que conoció a Jerome Brook Franklin. Por fin un hombre, pensó, para quien el arte era algo más que técnica. Por fin un hombre para quien el arte era la vida misma.

En aquel entonces Jerome Brook Franklin era un pintor pobre de veintiséis años cuya verdadera vocación era el paisaje. Había asistido a una conferencia de Thomas Cole, de la que había salido con la firme convicción de que el trabajo de su vida estaba en el movimiento para fundar un arte americano exclusivo, un arte que no remedase al arte de Europa, sino que lo asimilase. Que lo *trascendiese*. Una nueva nación, había dicho Cole —y esta fue la idea que quedó marcada a fuego en el corazón del joven Brook Franklin—, exigía una tradición artística que reflejase su espíritu propio y verdadero, y el verdadero espíritu de América se hallaba en las inmensas sublimidades de su infinita naturaleza intacta. Citaba a Emerson: «Allí siento que nada puede sucederme en la vida, ninguna deshonra, ninguna calamidad (dejando mis ojos), que la naturaleza no pueda reparar…».

Entiendo muy poco de arte pero sé de buena fuente que hasta la llegada de Thomas Cole los pintores americanos se habían ocupado en gran medida de *barcos*, y que eran los comerciantes quienes dominaban el mercado. Hubo un tiempo en que Noah van Horn tuvo colgado de sus paredes un cuadro de cada barco que poseía, y a lo que parece esto era lo que el arte significaba para los hombres como él: la exhibición precisa, impersonal y ostentosa de los bienes materiales que poseían. Supongo que eso está muy bien cuando lo que a uno le gusta son las *jarcias*, o el color exacto de un *casco*, pero no es precisamente el objeto de una civilización emergente. En cuanto a Thomas Cole, recuerdo que en mi niñez leí este

diálogo en una novela. Dos hombres están hablando de la naturaleza salvaje.

—¿Qué se ve cuando se llega allí? —dice uno.

—¡La Creación! —exclama el otro.

Y para pintar imágenes de la Creación, Jerome Brook Franklin hacía expediciones a los territorios naturales americanos. Sus lienzos representaban amplios panoramas de escenas de tanta belleza natural como los lagos del noroeste de Nueva York en otoño. Por aquel entonces había una próspera demanda de esa clase de cuadros, pero él no se había asentado todavía entre los artistas más populares, por lo que se veía obligado a impartir instrucción a jóvenes para costear sus expediciones.

El día de su cita Charlotte subió una estrecha escalera hasta el último piso de un edificio de la calle 10 Oeste. Había un rellano con un barandal en un lado desde el cual se podía ver todo el hueco de la escalera hasta el zaguán. Una puerta estaba abierta y se asomó al interior. Lo que encontró fue un estudio del tamaño de un pequeño salón de baile con el suelo desnudo e irregular de madera y mugrientos tragaluces en el techo. No había nadie. Las ventanas estaban abiertas y desde la calle ascendían los sonidos apenas perceptibles de hombres, mujeres, caballos y campanas. Había un olor terroso en el aire con un leve trasfondo de algo que ella reconoció como pintura al óleo. El aposento no estaba sobrado de muebles. Vio una pequeña estufa al fondo, unas cuantas mesas desvencijadas, una tarima de madera de escasa altura con algunas sillas de mimbre descabaladas dispuestas a su alrededor y una pared con estantes en los que descansaban fragmentos cubiertos de polvo de la forma humana en escayola. En las otras paredes había clavados dibujos de figuras en posturas clásicas hechos por los estudiantes junto con estudios más detallados de la forma humana, y al lado de una puerta cerrada en el fondo se veían apilados unos lienzos que ella dio por sentado que eran las obras del artista. En el centro del estudio, como si fuera un trono, se alzaba un caballete de madera salpicado de pintura y con dos altos brazos verticales.

La puerta del fondo se abrió y por ella apareció Jerome Brook Franklin. Era fornido y barbudo, de intensos ojos azules, y vestía un traje de cuadros de llamativos ocres y rojos otoñales. Avanzó hacia Charlotte como un oso, agarró su mano enguantada con su gran zarpa y la condujo cruzando todo el estudio hasta el fondo, donde se sentaron cerca de la estufa en un par de sillas de mimbre. Charlotte diría después que la miró con una rara intensidad, y que ella experimentó cierta incomodidad. Dijo que aquello le

agradó. Producía una sensación peligrosa —dijo. Para Charlotte eso significaba que debía de ser un artista de verdad, así que le dijo qué estaba buscando y cuánto estaba dispuesta a pagar. Había llevado consigo una carpeta de obras de Julius, que ahora le entregó.

Con un aire de profundo aburrimiento el pintor hojeó sin detenerse los dibujos de Julius, le devolvió la carpeta y accedió a tomarlo a su cargo. Le dijo cuándo comenzaría el nuevo curso, y eso pareció ser todo.

Aceptó una parte de sus honorarios a título de anticipo y se guardó los dólares en el bolsillo del chaleco. No había nada más que decir. No era un hombre al que gustasen las conversaciones triviales. Solo cuando ya se marchaba se le ocurrió a Charlotte preguntarle si podía ver una muestra de su trabajo.

Cualquier reparo que pudiera haber sentido por hacer esa petición se disipó de inmediato. El pintor le dirigió una amplia sonrisa por entre sus barbas y sin decir palabra se encaminó hacia los lienzos que estaban apoyados en la pared. Seleccionó uno y lo sacó del montón. Era un cuadro de gran formato que le exigió estirar al máximo sus brazos de grandullón para llevarlo al caballete. Cuando estuvo colocado dio un paso atrás y los dos se quedaron juntos contemplándolo. *En los Catskills al atardecer*, se titulaba. Charlotte vio un panorama de cumbres oscuras que se perdían en el horizonte, y más allá un cielo azul-anaranjado intenso y claro, con pinceladas de llamas escarlata radiante sobre el fondo del cielo más oscuro encima de las montañas del primer plano, donde en un valle, en absoluta quietud, había un lago de algo que parecía cobre bruñido y junto a él una diminuta figura humana en estado de embelesada contemplación. Charlotte lo contempló durante varios minutos. Creo que su emoción era auténtica. Cuando se volvió hacia el artista en sus ojos brillaban unas lágrimas no derramadas.

—Es magnífico —susurró—. ¿Así que le encanta ese lugar?

Él asintió.

—Me gustaría visitarlo algún día.

Él no respondió. Charlotte se marchó poco después en un estado de cierta exaltación. Cuesta trabajo imaginar que Jerome Brook Franklin no se sintiera complacido por una reacción tan poderosa ante su obra.

Supongo que ha llegado el momento de que descubra mis cartas. Jerome Brook Franklin era mi abuelo. Lo vi unas cuantas veces en mi

niñez, cuando él era un anciano, y a su debido tiempo contaré un encuentro que tuve con él, una de las muy contadas visiones de primera mano que puedo ofrecer de cualquiera de los actores de este drama. No era un hombre fácil pero tengo motivos para creer que era un buen hombre, y desde luego fue generoso con Julius cuando salió del manicomio. Me habría gustado conocerlo mejor.

Su estudio causó una impresión tan honda en Julius como la que había producido en su hermana, y el muchacho confesaría más tarde que le sorprendió que durante tanto tiempo no hubiera tenido noticia de la existencia de lugares de esa clase en la ciudad; y aunque no pudo expresar con claridad cuál era la causa de tan profunda excitación, tenía la absoluta certeza de que era más importante que cualquier otra cosa que hubiera experimentado hasta entonces. Fue como si una puerta de su alma, cerrada durante mucho tiempo, se hubiera abierto, y en ese lugar oscuro el sol entrara a raudales: así describió Charlotte el estado de ánimo de su hermano.

Aquella primera mañana subió caminando por la Sexta Avenida hasta la calle 10, agarrando su carpeta bajo el brazo. Subió la estrecha escalera hasta el rellano que la coronaba, donde encontró la puerta abierta, así que entró. Fue el primero en llegar, y durante unos minutos paseó de un lado a otro en un estado de incipiente asombro, tal y como Charlotte había predicho que sucedería. Después se dio cuenta de que en la estancia que se hallaba en el extremo opuesto del estudio un hombre corpulento en mangas de camisa y sin cuello estaba inclinado sobre un lavamanos al lado de una cama sin hacer. Sin volverse el hombre gritó «¡Es temprano!» y cerró la puerta con estrépito de una patada. Pronto llegaron otros estudiantes, y puedo verlos con toda nitidez, aquellos jóvenes en formación con su frescura y su entusiasmo todavía intactos, cada uno convencido sin duda en su fuero interno de su propio y único genio… Qué triste. Ninguno de ellos provenía de una familia como la de Julius, y tengo la certeza de que algunos eran jóvenes desarrapados de las casas de vecindad que tal vez tenían que costearse los estudios con trabajos mal pagados que desempeñaban a horas intempestivas del día o de la noche. Imagino que hablaron de Jerome Brook Franklin, de lo qué habían oído decir de él, de cómo pensaban que era.

Salió por fin. Era una mañana fresca de principios de abril, y mientras recorría el estudio se frotaba las manos y gritaba a los «jóvenes caballeros» que tuvieran la bondad de sentarse. Se subió a la baja tarima junto a la estufa y contempló a sus nuevos alumnos. Luego se dispuso a hablar.

Todavía en su vejez la voz de mi abuelo poseía aquella retumbante seguridad en sí mismo que para los jóvenes influenciables lleva el timbre inconfundible de la verdad. Aquel día habló primero de los espacios naturales, y les dijo que la Naturaleza tenía la facultad de «exaltar las entrañas mismas del alma», una frase que ha seguido vigente en mi familia. Les enseñó varios de sus lienzos y les dijo que antes de que pudieran comenzar siquiera a *pensar* en pintar cuadros como aquellos tenían que estudiar previamente la forma. Llegarían a dominar el dibujo de la estatuaria clásica —dijo, y después vendría la clase de natural. Entre los jóvenes hubo sonrisas y codazos ante la idea de la clase de natural, pues habían oído contar historias de las modelos de los artistas. Solo entonces— dijo Jerome Brook Franklin —aquí una pausa preñada de significado—, solo cuando hubieran adquirido competencia en el estudio les dejaría acercarse a una montaña. Al llegar a este punto Julius se hallaba en un estado de éxtasis.

A esto se lo llamó en ese momento el «despertar» de Julius, al menos así lo llamaba Charlotte, que de todas las hermanas era la más vehemente en su convicción del genio del muchacho. No es difícil imaginar el estado en que este se hallaba al regresar a Waverley Place aquella tarde. Las tres chicas lo estaban esperando, como no podía ser menos, y en cuanto entró apresuradamente en el gabinete y cerró la puerta las miró fijamente con los ojos brillantes y anunció que era un esclavo del arte por siempre jamás.

Ahora bien, hasta aquel momento la vida de Julius había estado presidida por una extraña inestabilidad. Era un muchacho que había perdido a su madre cuando era un niño de pecho y después sufrió años de brutalidad a manos de un padre que para cualquier otro niño se habría convertido enseguida en una figura aborrecible, aterradora, pero a quien al parecer Julius nunca había temido ni odiado. ¿Era posible que simplemente no hubiera registrado su sufrimiento, que se lo hubiera quitado de encima sin más? ¿O que el amor de sus hermanas lo hubiera *borrado* de alguna manera misteriosa de su memoria? Creo que no. Tengo el convencimiento de que Julius enterró su dolor, lo enterró tan profundo que nadie lo vio, ni siquiera él mismo. De niño había acudido con diligencia a las clases con sus profesores particulares, y después a trabajar en el almacén de su padre, y siempre hizo cuanto pudo con tan buen humor —la sonrisa franca, los faldones de la camisa al aire, los zapatos perdidos— que a pesar de sus manifiestas limitaciones nadie podía criticarlo. Pero en algún lugar en lo más recóndito de su corazón una herida mortal supuraba.

Charlotte no dejó de vigilarlo en ningún momento, y tal como ella había previsto, con aquel espectacular despertar al arte comenzó a cambiar. Se hizo más consciente del mundo que lo rodeaba y pronto no pudo estar sin su cuaderno de bocetos y sus lápices. Dibujaba constantemente, caras, escenas de la calle, muebles, todo. Mandaba a los criados que posaran para él cuando tenían trabajo que hacer. Dibujaba a sus hermanas y a su padre cuando estaban a la mesa, y todas las tardes visitaba las galerías de pintura de Broadway. Repetía las opiniones de Jerome Brook Franklin como si fueran suyas, y por primera vez en su vida dio instrucciones a un sastre. Encargó varios pares de pantalones ajustados y levitas cruzadas, y cuando llegaron desfiló ante sus hermanas como el más absurdo de los pavos reales. Se compró una chistera, un llamativo chaleco, un par de guantes de color amarillo vivo y un monóculo. Fue un cambio notable con respecto a la sencillez republicana del guardarropa de su padre —todo pañuelos blancos y paño negro— que causó un placer especial a Charlotte, que había acompañado a Julius a las tiendas; de hecho, bien pudo ser Charlotte quien pusiera en marcha la idea.

Julius estaba ya maduro para esa experiencia sin la cual ninguna educación sentimental está completa, y que comienza con la aparición de una chica llamada Annie Kelly. Ella fue la chispa, el fósforo arrojado inadvertidamente en la yesca del destino de Julius, pues con su llegada el fervor tan recientemente despertado en Julius encontró su válvula de escape. Sucedió en el estudio. Reinaba el habitual barullo de ruidoso parloteo, aquellos chicos bulliciosos esperando a que se les dijera qué tenían que hacer ese día, pues no se habían colocado piezas de estatuas de escayola para que trabajaran con ellas. Todos daban por sentado que el aposento del fondo estaba vacío, cuando de improviso, en la puerta, apareció… una chica. Se produjo un silencio inmediato. Iba vestida solamente con una sábana, que llevaba agarrada a la altura del pecho. Se quedó mirándolos como si le sorprendiera encontrarlos allí. Jerome Brook Franklin cruzó sin dilación el estudio y la condujo a la tarima.

Annie Kelly no era recatada, ¿cómo podía serlo, dada la índole de su trabajo? La falta de recato de las modelos de los artistas era bien conocida en aquellos tiempos, y dio origen a la creencia popular de que la moralidad de tales mujeres dejaba mucho que desear. Hablando en plata, se las consideraba poco mejores que las putas, y en efecto, no pocas de ellas eran

putas. Annie Kelly era alta y rubia, y en la tarima, despojada de su sábana, lució ante los pasmados jóvenes un cuerpo blanco y perfecto en todas sus proporciones. Jerome Brook Franklin la puso con una mano esbelta apoyada en la cadera y la otra en la frente, la cara levantada como oteando un horizonte lejano y una pierna doblada por la rodilla: la Diana cazadora. Cuando se dio por satisfecho se volvió hacia el silencioso y boquiabierto alumnado.

—¿Pero qué es lo que os pasa a todos? —gritó—. ¡A trabajar!

Parece ser que todos esperaban calurosamente la llegada de la modelo de natural, pero la realidad había supuesto una gran sorpresa. Se oyeron ruidos de pies y toses, el arrastrar de las patas de las sillas por las tablas del suelo mientras los vergonzosos chicos se dirigían a sus puestos y se aprestaban a trabajar. Julius se sentó ante su caballete mirando fijamente a la muchacha. Llevaba ya dos meses trabajando en el estudio de mi abuelo. Había avanzado mucho, no quiero decir como artista —como artista apenas había comenzado—, quiero decir como ser sensible, una criatura que salía de la inocencia borrosa de la niñez y se internaba en la conciencia madura de sí mismo; pero no estaba preparado para eso. A su alrededor sus compañeros garabateaban con sus lápices, y al cabo de un rato logró levantar el suyo, pero solo por unos instantes. Luego lo dejó de nuevo y miró a su alrededor incapaz de hacer nada, de pronto sin saber lo que le sucedía.

Creo que cuando salió del estudio Julius pasó el resto del día en las calles de Nueva York recreándose en la emoción que había cobrado vida en él mientras estaba sentado contemplando aquel cuerpo desnudo. No sé en qué momento regresó a su casa en Waverley Place, pero parecer ser que había tenido tiempo suficiente para decidir que lo que experimentaba era, en realidad, amor. Cuando contó a Charlotte la extraordinaria noticia, en vez de hablar esta con cuidado a su hermano, tal vez aconsejarlo que avanzase despacio y que fuera prudente, en vez de eso al parecer dio una palmada, emitió un gritito, exclamó «¡Oh, *Julius*!» y lo estrechó entre sus brazos y le dijo lo orgullosa que estaba.

Insistió después en que se lo contase todo. De ese modo dio validez a la insensatez de Julius una de las personas que más motivos tenía para estar informada, pues Charlotte no era ninguna niña; es más, la propia Charlotte estaba inmersa en una negociación parecida, aunque con un espíritu totalmente distinto del de su hermano.

Max Rinder era un hombre que aparentemente no tenía «ni calidez, ni corazón, ni pasión, ni nada». Lo que sí tenía, al parecer, era una inteligencia ágil y taimada y capacidad para conseguir lo que quería a pesar de lo que para cualquier otro mortal pudieran parecer obstáculos infranqueables. Este carácter absolutamente implacable era una cualidad que compartía con Noah y explicaba en gran medida la continua expansión de la Casa de van Horn. Pero si bien era en algunos aspectos como el padre, era tan diferente del hijo como el día y la noche, pues era un hombre de naturaleza recelosa y cínica. Julius en cambio era espontáneo y abierto, su conversación estaba con frecuencia salpicada de risotadas, su cuerpo rara vez estaba quieto, y una amplia sonrisa le llenaba la cara mientras se peinaba con los dedos una maraña de rizos rebeldes y se ajustaba los lentes que siempre amenazaban con caerse de la nariz.

En el transcurso de un largo invierno de Nueva York, Max Rinder, con traje y bombín negros, el cuello de su camisa tan duro y almidonado como el hombre mismo, y aquellos brochazos de cabello negro como alas de murciélago pegados tan cerca del cráneo que podían haber estado pintados encima, apareció varias veces por semana en la casa de Waverley Place con un ramo de flores secas escogidas con criterio. El objeto de sus atenciones era Charlotte van Horn.

Charlotte tenía ya veinticuatro años y estaba todavía soltera. Comenzaba a ser motivo de cierta preocupación para su padre. No era una chica carente de atractivo, como puedo atestiguar por un daguerrotipo de 1855, pero era difícil. Había espantado al menos a dos jóvenes que mostraban interés porque no era suficientemente femenina. Era demasiado vehemente, demasiado ruidosa. Demasiadas opiniones. Su padre perdía el sueño por ella, pues a su bronca manera sentía una gran ternura por su hija primogénita y quería verla asentada con seguridad en el mundo.

A Max Rinder no se le escapaba nada de eso. Había visto desde el primer momento que un propietario acaudalado como Noah van Horn, con sus tres hijas solteras, podía constituir el medio de hacer realidad todas sus ambiciones. Era consciente de la situación comprometida de Charlotte, y también de la hondura de los sentimientos de su padre hacia ella aunque nadie más lo fuera, ni siquiera la propia Charlotte. Comenzó a cortejarla. No es difícil imaginar hasta qué punto fue extraño el cortejo, en parte porque a pesar de ser rechazado al principio con cierta hilaridad, siguió insistiendo con seriedad en lo sincero de sus intenciones hasta que poco a poco se aceptó su presencia en la casa. A su malencarada manera hasta

parecía disfrutar de la extravagante conversación de Charlotte, de su hábito de fumar cigarrillos y de sus peligrosas ideas. Charlotte era abolicionista y creía en el amor libre.

Noah van Horn observaba el cortejo con callado regocijo y también con sumo interés. Sabía lo que Max Rinder valía, y si, como sospecho, en el fondo le desagradaba profundamente, eso no tenía nada que ver con el genio del joven en el campo de los negocios. De modo que la idea de atarlo más en corto a la Casa de van Horn introduciéndolo en la familia era algo que Noah aprobaba hábilmente. Desde su punto de vista, de un solo golpe quedarían asegurados el futuro de su hija y el de la empresa. De modo que las visitas de su socio a Waverley Place se alentaron discretamente, con el resultado de que al cabo de unas semanas las hermanas menores dejaron el gabinete a la pareja. Pegaban los oídos a la puerta pero no oían nada, y lo que pasaba allí dentro siguió siendo un misterio. La mera idea de que Rinder expresara el contenido de un corazón rebosante era más que suficiente para que todas prorrumpieran en carcajadas.

En cuanto a Charlotte, contó a sus hermanas que cuando llegaran a conocer a Rinder —siempre se refería a él por su apellido, como si a un hombre así no se le pudiera llamar de otra manera, y lo pronunciaba RAINDER— llegaría a gustarles tanto como a ella. Admitía que en ocasiones había cierta *frialdad* en su actitud, pero les aseguró que desaparecería cuando conociera mejor a la familia, y esta a él. En realidad lo que Charlotte había descubierto para su sorpresa en aquel complicado joven era, según creo, quién lo iba a decir, vulnerabilidad. Una intensa sensibilidad al dolor que ocultaba a todo el mundo excepto a ella. Porque había sufrido mucho en su espectacular ascensión en el mundo de los negocios y el comercio, y no era insensible. Cada agravio, cada desaire lo herían en lo más vivo y le causaban un dolor profundo, y no era capaz de olvidar tales heridas. Intrigaba y rumiaba, y no entendía que aquello era una enfermedad.

Pero Charlotte sí lo entendía. A Charlotte le conmovía el orgullo de Rinder y su sufrimiento íntimo, y se compadecía de él. Le ofreció su simpatía y trató de desviarlo de sus fantasías de venganza. Rinder no era ningún imbécil y respondió de inmediato a las tentativas de Charlotte, pues no había conocido nunca la intimidad antes y no tenía la menor idea del poder que tenía el consuelo de una mujer, pues su madre no le había brindado ninguno. En esto tenía un extraño parecido con Julius, y creo que es probable que Charlotte reconociera en Rinder la misma necesidad

profunda que veía en su hermano, por lo que en cierto modo Rinder se convirtió ahora en rival del muchacho, vale decir en su sustituto. Julius no se percató de ello. Sentía solo la alegría de que su hermana encontrase la felicidad en el amor, y dio a su rival la bienvenida a la casa con no fingida cordialidad.

La pareja se casó en los primeros días de la primavera de 1857. Noah acompañó a su hija a la Primera Iglesia Presbiteriana de la Quinta Avenida. Charlotte lucía un vestido de raso blanco de larga cola y un velo de tul que caía como una neblina desde un tocado de margaritas y azucenas. Se había transformado, no era ya la Charlotte que todos conocían, la joven inquieta y excitable tan presta a la discusión, tan inmoderada en sus entusiasmos. Ahora parecía recatada, en paz, y aun enamorada. Rinder por su parte se dotó de una suerte de inquietante encanto, pues nunca hasta entonces nadie había llegado a ver en él nada que se acercara ni remotamente a la felicidad, y se tornó casi bien parecido, de un modo un tanto taciturno. Las hermanas de Charlotte fueron sus damas de honor y el testigo fue un hermano de Rinder de Long Island; hay también un daguerrotipo de este grupo.

De vuelta en Waverley Place la feliz pareja asistió a una recepción con familiares y amigos antes de partir para pasar una corta luna de miel en Florida. Cuando el carruaje se alejaba se oyó decir a uno de los invitados que «la pobre Charlotte no se da cuenta de que su muñeco está relleno de serrín». Yo, personalmente, pienso que Charlotte era perfectamente consciente de que su muñeco estaba relleno de serrín, pero también sabía que eso no era lo único de lo que estaba relleno. Lo cierto, sin embargo, era que él era *su* muñeco, y tal como fueron las cosas ni Hester ni su hermana pequeña, Sarah, tuvieron un muñeco al que pudieran llamar suyo, ni relleno de serrín ni de ninguna otra clase.

Cuando regresaron y se establecieron en una casa en la zona entre las calles 20 y 30 Oeste la vida en Waverley Place había cambiado para siempre. Sin Charlotte la casa carecía de cierto estado febril. Charlotte había hecho del gabinete de las hermanas un lugar donde se promovían los cotilleos y las risas y la animada conversación sobre temas artísticos y políticos, pero en su ausencia la casa se volvió casi sombría. Las chicas leían más, charlaban menos, y manejaban sus agujas como nunca lo habían hecho. Julius apenas lo notó. En realidad, Julius, que estaba obsesionado con Annie Kelly, contribuyó de forma significativa a la atmósfera apagada, y sin Charlotte deambulaba, un joven perdidamente enamorado, absorto en la erupción de una pasión volcánica pero sin tener a nadie con quien hablar

de ello.

¿Pero qué había pasado exactamente entre él y la chica? Parece ser que al no tener a Charlotte para confiarse, Julius se volvió reservado, y más tarde nadie pudo saber a ciencia cierta cuánto contacto había tenido en realidad con ella. Pero tengo la certeza de que la siguiente ocasión que la chica trabajó en el estudio de la calle 10 Oeste, aquel estudiante de arte desgarbado y sonriente intentó de verdad estrecharle la mano cuando ella ocupó su puesto en la tarima. Para general regocijo Jerome Brook Franklin cruzó de inmediato la sala con paso firme, dando palmadas y gritando que ya era suficiente, que no había que hacer tonterías, que estaban allí para *trabajar*.

Cuando terminó la clase y los otros estudiantes se habían dispersado la esperó en el exterior del edificio. Llevaba ahora el pelo recogido con horquillas en un gran moño en la nuca, y se tocaba con un sombrero de paja de ala ancha. Sobre los hombros llevaba un chal de encaje y su falda no iba cargada de aros o enaguas o cualquiera de los otros artilugios que las chicas respetables usaban en aquellos tiempos. Calzaba unas botas negras raspadas con botones a un lado y de su brazo colgaba una cesta. Era una chica alta, garbosa y bien parecida y Julius se puso a su lado cuando caminaba hacia el este por la calle 10. Ella fingió ignorarlo pero él fue tan persistente que al fin cedió y le dijo cómo se llamaba.

La chica subió después a un tranvía tirado por caballos en Broadway. Pero cuando se hubo sentado vio que él iba colgado de la plataforma de la parte trasera del carruaje y puso los ojos en blanco y miró al cielo, pues no era la primera vez que se topaba con jóvenes importunos como aquel. Entonces él pasó empujando a los viajeros que iban de pie con abundantes disculpas hasta que se plantó delante de ella, agarrado a la barra y sonriéndola. Sabía que era un muchacho rico y no se fiaba de él, pero de todos modos le divertía un poco. Cada bandazo del carruaje lo lanzaba de un lado a otro, pero aun así seguía colgado sobre ella, y ella consintió en hablar con él.

Los veo descender del tranvía en algún lugar en las inmediaciones del City Hall, donde ella se sentó con él en un banco del parque. Le contó algunas cosas de sí misma, que su madre tenía una casa de huéspedes en Nassau Street, y después hablaron de Jerome Brook Franklin. Al cabo de unos minutos las campanas de San Pablo recordaron a la muchacha que tenía obligaciones que atender en casa, y se marchó. Se detuvo al llegar a la verja del parque. Julius estaba de pie junto al banco con el brazo extendido y

una sonrisa de felicidad en su cara de idiota.

Veo después al joven transido de amor volver lentamente sobre sus pasos por Broadway. Se había enamorado, sí, propiamente. Pero no se había enamorado sensatamente, y ¿por qué iba a hacerlo? ¿Quién se enamora sensatamente? No podía adivinar que la cosa acabaría en tragedia. Estoy por decir que sus pies iban un palmo por encima de la acera, y mientras el gentío pasaba rápidamente a su lado él apenas oía el tumulto de las voces, los carros y los carruajes, los vendedores de fruta y los vendedores de cigarros y los voceadores de periódicos que vendían sus diarios de un centavo con el último asesinato; nada de aquello afectó a Julius. Regresó caminando a casa en una suerte de silencio santificado.

En aquellos tiempos —debía de ser el verano de 1859— en toda Nueva York se levantaban edificios, se derribaban otros, algunos con no más de diez años de antigüedad, pero en esta ciudad impaciente donde nada tiene nunca la oportunidad de descomponerse, diez años eran prácticamente una eternidad. Más allá de Harlem Heights, terrenos parcelados que no eran más que afloramientos de granito, tal vez con unos pocos árboles, algunas ciénagas de aguas estancadas, aquí y allá la choza de un ocupante y el camino terrizo que lo atravesaba no tardarían en ser nivelados, las ciénagas avenadas, el lugar convertido en terrenos edificables de primera calidad en una ciudad cuya expansión no conocía más límites que las márgenes de sus ríos.

«El hombre marca la tierra con ruinas; su dominio se detiene al llegar a la orilla».

Al menos eso pensaba el poeta Byron. Pero nada de ello tenía una relevancia inmediata para Julius van Horn. El barullo y el caos de una ciudad inmersa en una interminable barahúnda de construcción no eran para él más que un espectáculo que se ponía en escena para su diversión. Era teatro, y al ser aquel un periodo en el que cada día llegaba a Manhattan un número mayor de europeos, las calles se volvían más diversas, más llenas de colorido y exóticas con cada nave que desembarcaba su cargamento de humanidad en la Battery. A Julius le gustaban los acentos extraños, las lenguas incomprensibles que oía hablar en las calles, y cuando ella le permitía que la acompañara hasta la parte baja de la ciudad imitaba aquellas voces extranjeras para Annie Kelly, que al estar por su parte a solo dos generaciones de distancia de su viejo país —Irlanda, claro está— reía a

carcajadas ante su imitación. Y si tonos más sombríos sonaban en el aire a su alrededor, si los periódicos traían cada día predicciones más alarmantes sobre el conflicto abierto entre los estados del Norte y los del Sur, nada de aquello afectaba a Julius, que no tenía tiempo para periódicos ni política.

No podía decirse lo mismo de su padre. La disputa larvada desde hacía tiempo sobre la esclavitud afectaba de lleno a los intereses algodoneros de Noah, que tenía bonos de hacendados sureños por valor de decenas de miles de dólares; como muchos comerciantes de Nueva York, sentía inquietud por los acontecimientos futuros. No le inquietaba tanto, sin embargo, que no hubiera tomado nota del cambio en el estado de ánimo de su hijo. Una noche mientras cenaban preguntó de sopetón a Julius qué le pasaba, y el muchacho se sorprendió al sentir un agudo puntapié en la espinilla. Sus hermanas le habían advertido de que no dijera nada de Annie Kelly.

—Nada, padre —dijo, y miró fijamente a su adusto padre con unos ojos brillantes en los que no era difícil percibir el miedo de alguien que toda su vida ha sido ajeno a cualquier intento de engaño, sobre todo en su propia casa, pero que por primera vez ha *mentido*, aunque solo fuera por omisión.

Noah frunció el ceño mirando a su plato y cortó su carne con cierta parsimonia. El silencio se ahondó a su alrededor y Hester intentó cambiar de tema.

—Dicen que va a llover mañana, comenzó, pero su padre sin pronunciar palabra, sin levantar la cabeza, dejó el cuchillo en el plato y levantó ligeramente la mano, y Hester se calló. Una vez más nubes de inquietud e incomodidad comenzaron a congregarse en la sala. He oído hablar del poder aterrador del silencio de Noah, cuando decidía ejercerlo, tan aterrador que su reputación se transmitió en la familia como si fuera una leyenda, o una anécdota, al menos, de cierta trascendencia histórica, como podría contarse si un gran hombre hubiera ido a cenar en la casa: Daniel Webster, por ejemplo, a quien Noah conocía. Esa era por lo menos la reputación de sus silencios, y parece que ahora hizo gala de uno de ellos.

El pobre Julius no estaba bien preparado para las inmensas reservas de —¿qué?— escepticismo, desaprobación, desdén, incluso, que cargaban la atmósfera cuando su padre perpetraba un silencio. Comenzó a moverse inquieto. Se sentía avergonzado. Dejó su tenedor en el plato, y el sonido metálico de la cubertería sobre la porcelana fina fue de lo más espantoso en la quietud del comedor. Por fin Noah dejó su cuchillo y su tenedor, los puso uno al lado del otro cruzando el plato y levantó la cabeza.

Ah, era una noble cabeza. Una cabeza grande, y en la madurez de aquel hombre —Noah tenía ya más de setenta años— sus barbas eran recortadas y grises, una barba de sal y pimienta que al ocultar las mejillas y la mandíbula dirigía la mirada a los sabios ojos negros y la ancha frente en la que unos pocos y últimos cabellos plateados estaban peinados directamente hacia atrás. Los ojos se posaron con una intensidad en aumento en la figura afligida de su hijo. Por fin habló.

—¿Qué es lo que no me estás contando, hijo?

—¡Nada, padre!

Otros pocos segundos de aquella mirada aterradora sobre él, y el pobre Julius no deseó otra cosa que ser levantado en vilo por una cohorte de ángeles y ser transportado a algún lugar remoto. Entonces Noah echó hacia atrás su silla, se puso de pie y, arrancando la servilleta blanca almidonada del cuello, la tiró a la mesa. Sin dejar de contemplar a Julius, con una expresión ahora de dolor, como si el muchacho lo hubiera insultado, salió de la estancia.

En cuanto la puerta se hubo cerrado Julius se echó a llorar y posó la cabeza en los brazos sobre la mesa. Sus hermanas corrieron hacia él y rodeando con sus brazos sus hombros temblorosos le suplicaron que no llorase, que estaba bien, que todo estaba bien.

—¡No está bien! —exclamó Julius, levantando la cabeza y volviéndose hacia ellas, y mientras lo hacía la última luz del atardecer caía de lleno sobre él, y en sus mejillas brillaron algunas lágrimas, su cabello relució como si fuera oro.

—No está bien —dijo en voz más baja, pero con un latido desesperado de pesar en su voz. ¡Le he dicho una mentira a padre!

—No era una mentira —dijo Hester, mientras le acariciaba la cabeza.

—Tengo que hablarle de ella, musitó, feroces ahora sus ojos húmedos.

—Todavía no, te lo ruego, mi querido hermano.

Creo que esta pudo ser la primera vez que Julius comprendió debidamente la necesidad de comportarse en el mundo con algo menos que absoluta transparencia. Nunca hasta entonces había tenido que ocultar sus sentimientos, aunque no olvido lo que sin duda debió de ocultar cuando era niño, cuando su padre le pegaba hasta hacerle sangre.

Noah mientras tanto estaba sentado en su biblioteca en el piso de arriba y cavilaba sobre lo que acababa de ocurrir. Hay versiones de la historia de Julius en lasque Noah adopta la apariencia de una figura unidimensional cuya única función era castigar y coartar, pero mi certeza no llega a tanto.

Creo que había llegado a contemplar con profundo remordimiento al hombre que había sido, y que reconoció que su dolor y su soledad después de la muerte de su esposa eran los responsables de la cólera que descargaba en Julius; o que incluso, en su ceguera, había *culpado* a Julius de la muerte de su esposa. Y el hecho de que el muchacho hubiera crecido sin vestigios aparentes de resentimiento lo perturbaba ahora, pues era demasiado honesto consigo mismo para creer que su violencia no había tenido consecuencias.

Todo esto lo imagino sucediendo detrás de la fachada de ceño grave del hombre barbudo que recorría sin hacer ruido la gran casa de Waverley Place durante el tenso verano de 1859. Tampoco podía hallar consuelo en sus hijas. Sabía que tenían una debilidad absoluta por Julius, y ninguna de ellas era lo bastante lista para buscar en silencio el consejo de su padre salvo, quizá, Charlotte. Pero Charlotte vivía ya con su marido, con Rinder, y eran contadas las ocasiones en que estaba en la casa de Waverley Place. Así que Noah decidió que intentaría encontrar puntos de coincidencia con su hijo sin la mediación de Charlotte y romper la barrera de silencio que se había interpuesto entre ellos. Una noche después de la cena pidió a Julius que lo acompañara a dar un paseo hasta Washington Square mientras fumaba un cigarro.

Era un placer que Noah se permitía desde hacía muchos años en los meses de verano, aunque tal vez no sea *placer* la palabra correcta. Porque en otros tiempos aquellos paseos por Washington Square los había dado en compañía de su esposa, y debía de ser muy agradable, no me cabe duda, para aquel hombre impulsivo hablar en voz baja de su jornada y tener asegurada una simpatía femenina inteligente. Pero desde la muerte de Ann el paseo del anochecer estaba dominado por el pesar y la nostalgia, y bajo aquellos viejos plátanos a menudo dejaba que su dolor subiera a la superficie y que de vez en cuando cayese una lágrima fugitiva, «y todo el Pacífico no contenía tal riqueza como esa diminuta gota», como había escrito Herman Melville unos años antes a propósito de otro americano atribulado. Cuando Noah regresaba a la casa y abría con su llave la puerta principal, no estaba en paz, como antes lo estaba, sino que se sentía casi abrumado por la pérdida de la mujer que en otros tiempos daba sentido a todo lo que hacía.

Así que una noche se llevó a Julius con él. El muchacho estaba nervioso, desde luego. Llevaba casi dos semanas intentando ocultar a su padre el hecho de que estaba enamorado, y la tensión era aguda. Estaba deseoso de expresar todo lo que sentía, revelarlo y ponerlo delante de él, hacer que su

padre asintiera y gruñera y después quizá dijera algo juicioso, como tan a menudo había sucedido en su niñez después de los primeros años terribles. ¡Qué importante había sido para Julius la simpatía de su padre! Y ahora se había privado de ella. Qué ganas tenía de enderezar y aclarar las cosas entre ellos una vez más, pero ¿no le habían advertido sus hermanas de que su padre le prohibiría verse con Annie Kelly si llegaba a enterarse de su amistad?

Era un atardecer bochornoso de principios de julio. Salieron de la casa juntos bajo la atenta mirada de Hester y Sarah desde la ventana del gabinete, que desde luego comprendían lo que aquel paseo por Washington Square suponía. Noah se detuvo en la acera como era su costumbre y dedicó unos instantes a encender su cigarro. Pensó en hablar a Julius de La Habana, donde acababa de abrir una oficina. Pero pensándolo mejor decidió que el silencio liberaría con más rapidez la corriente de la mente del muchacho.

De modo que caminaron en silencio, y tal como su padre esperaba, Julius no tardó en ponerse nervioso, y entonces ya no pudo aguantar más.

—Padre.

Noah inclinó la cabeza. Los momentos de más calor habían pasado un par de horas antes, y el calor del atardecer era agradable, el aire estaba lleno de la fragancia del follaje y de las flores, y mientras seguían el sendero alrededor de la plaza hicieron reverencias a otros neoyorquinos adinerados que habían salido de casas no muy distintas de la suya para disfrutar del atardecer.

—Padre, ¿es malo en algún caso amar?

Aunque conocía bien la ingenuidad de su hijo, Noah no pudo contener una carcajada.

—¿Que si es malo? ¿Cómo podría ser malo amar? —dijo.

Entonces Noah comprendió de inmediato que había regalado el primer tanto de la partida al admitir el valor absoluto del amor. Pobre Julius, ni siquiera sabía que estaba jugando una partida, ni que había aprovechado la ventaja sin esfuerzo al no emplear una estratagema. Admitió con cierta presteza que no, desde luego que no podía ser malo amar, ¿cómo podía serlo? Y más en este tono. Cuando su arrebato hubo terminado su padre dejó unos segundos de silencio y volvió a tomar la palabra.

—¿Y a quién amas, hijo? Amas a tus hermanas, ya lo sé. Y puedo esperar que ames a tu padre.

Pero esto era una estratagema. Julius cayó de inmediato en la trampa.

—Pues claro que sí, padre, pero no es lo mismo.

—¿Qué no es lo mismo?

Ya estaba. Habían llegado por fin al quid de la cuestión.

—Pues porque es diferente.

—Eso es sin duda lo que queremos decir con «no es lo mismo» —dijo Noah, secamente.

Julius emitió un sonido inarticulado. Se sentía animado. No podía retenerlo por más tiempo.

—¡Amo a una chica, padre!

—Ah. Eso es otra cosa.

—¡Es diferente, padre!

—Amar a una chica es sin duda diferente de amar a tus hermanas.

—¡No es lo mismo en absoluto, padre!

—Creo que eso ya lo hemos establecido. ¿Quién es?

Aquel era el momento, el chico lo sabía, sobre el que sus hermanas le habían prevenido.

—Te enfadarás conmigo.

—Pero ¿por qué?

—Se llama Annie Kelly.

En ese momento Noah van Horn se dio cuenta por primera vez de que Julius no había escogido a una chica de su clase. No conocía a ningún Kelly. No dudaba, sin embargo, de que en el cargamento humano de los paquebotes del Atlántico, descargado a diario en el extremo meridional de la isla, había muchos Kelly.

—¿Y a qué se dedica su familia, hijo?

—Su madre regenta una casa de huéspedes en Nassau Street.

Otro silencio, mientras padre e hijo daban la vuelta al final de la plaza. El padre caminaba despacio con las manos a la espalda, la cabeza agachada, el cigarro entre los dientes. Julius, a su lado, parecía todo brazos y piernas, la cara encendida de emociones cambiantes, y ora se mordía el labio en un estado de aguda agitación, ora sonreía a las ramas que había sobre su cabeza. Se retorcía como un pez en el sedal que brinca fuera del agua cuando el sedal se tensa.

—Me gustaría conocerla. ¿La traerás a casa?

¿Lo haría? Para esto no le habían preparado sus hermanas. Estaba asustado pero no sabía por qué. No tenía malicia y no podía pensar en ninguna razón para negarse a su padre. Pero de todos modos fue, no me cabe duda, con cierta ansiedad, cierta aprensión, incluso, como accedió a

llevar a Annie Kelly a la casa. Volvieron a casa en silencio. Cuando llegaron a la puerta principal Noah se volvió hacia su hijo. Vio qué impresionable era el chico, qué inocente. Qué *crédulo*. Fue consciente de que lo invadía un sentimiento de ira distinto, cuyo objeto eran las mujeres Kelly. Se quedó frío. Las aplastaría si tenía que hacerlo. Pero no mostró a Julius nada de esto. Abrió la puerta y acompañó a su hijo hasta la cálida penumbra del vestíbulo. Las hermanas de Julius aparecieron en la puerta del gabinete.

—Aquí está —dijo Noah. Ahora es todo vuestro.

Julius había adquirido la costumbre de esperar a Annie después de la clase de natural bajo un toldo de la parte sur de la calle 10, y a veces deambulaban juntos hacia la parte baja de la ciudad, o quizá tomaban un tranvía de caballos y se detenían en el City Hall Park para sentarse junto a la fuente del Croton antes de que Annie se fuera a atender sus quehaceres en la casa de huéspedes. Creo que Annie no se hacía falsas ilusiones en cuanto a sus sentimientos por Julius. Tenía mucho menos mundo que ella, pero aquel chico risueño la divertía, y con él podría mudar su dura piel. Era como un hermano, y creo que ella le tenía verdadero cariño. Un día poco después de la conversación con su padre vio que la estaba esperando como de costumbre y cruzó corriendo la calle para ir a su encuentro, haciendo caso omiso del grito del carretero que iba en lo alto de un carro cargado hasta arriba de barriles. Echó hacia atrás el ala de su sombrero y se aflojó el pañuelo del cuello. El afecto que sentían el uno por el otro se expresaba en gran medida en tirones y empujones, pataditas y cachetes y cosas así. Julius era un joven transparente, por lo que aquel día su estado de ánimo era evidente en la rigidez de su boca, la combadura de sus hombros, todo su lamentable aspecto.

—¿Qué pasa? —exclamó Annie. ¡Estás enfermo!

Él negó con la cabeza, y mientras echaban a andar por la calle Annie se volvió hacia él, preocupada por descubrir qué aquejaba a su amigo.

—¿Qué te ha dicho él? —preguntó Annie.

No tenía que preguntarle a quién se refería. «Él» era siempre Jerome Brook Franklin.

—No me ha dicho nada —dijo Julius.

—¿Entonces qué? ¡Cuéntamelo!

Era implacable y apremiante, le agarró del brazo mientras él avanzaba arrastrando los pies por la calle, la gente pasaba vertiginosamente junto a

ellos, todos con demasiada prisa para captar el espectáculo de aquel joven alto y desgreñado y la preciosa chica colgada de su brazo que le miraba a la cara y le exigía que le contara qué iba mal.

—Cuéntamelo, Julius, o gritaré.

El efecto fue inmediato. Ah, pero hacerla *gritar*. Julius se quedó horrorizado. Se paró en seco y la miró. El gentío que pasaba en tropel por la acera comenzaba ahora a reparar en ellos, pues se habían convertido en un obstáculo y tenían que rodearlos para pasar.

—No, no grites.

—Entonces cuéntamelo.

Le contó que su padre quería que la llevara a la casa.

—¿A la casa?

Se quedó pensando un instante.

—Bueno, ¿y por qué no? —dijo.

Era una chica atrevida, y no pensó que la perspectiva fuera tan mala. *Quería* conocer a su padre —dijo, y también a sus hermanas. ¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Qué tenía que temer? Julius dijo que no lo sabía.

—¿Entonces por qué estás tan decaído?

Entonces le contó que Charlotte le había dicho que su padre intentaría romper su amistad. Annie se indignó. ¿Por qué iba a querer hacer algo así? —dijo, aunque creo que conocía la respuesta. Caminaron en silencio y doblaron por Broadway. Llegó hasta sus oídos el estruendo de la gran arteria.

—No lo sé —dijo por fin Julius.

—Entonces basta ya. Todo saldrá bien. No importa lo que Charlotte diga.

Esto era nuevo. A Julius no se le había ocurrido que no importase lo que Charlotte dijera, y le vino a la mente con fuerza la idea de que Annie pudiera poseer una autoridad igual que la de su hermana. Siempre se había confiado a Charlotte, dando por sentada en ella una sabiduría que él nunca poseería. Pensar que Annie también compartía aquel misterioso conocimiento femenino, y que ahora podía recurrir a ella… para Julius esto tuvo el impacto de una revelación divina. En aquel instante abandonó todo terror a la perspectiva de que fuera a la casa. Recordó el afecto de su padre, y supo que padre vería lo que él, Julius, veía en ella. ¡Charlotte estaba equivocada! Se lo dijo a Annie, pero ahora la chica no diría una palabra en contra de aquella hermana a la que no conocía todavía.

He pensado en la reacción de Annie Kelly a la propuesta de reunión con

el padre de Julius. Hay quien cree que a la chica le movía simplemente la codicia, y que vio en la invitación una oportunidad de acercarse a lo que en realidad le interesaba, a saber, el dinero de los Van Horn. Pero no creo que fuera tan interesada. Creo que era simplemente curiosa, y pensó que no tenía nada que perder. Podía haberse preguntado inadvertidamente si sacaría algún provecho, pero no creo que tuviera planes de ninguna clase. No estaría bien ser demasiado cínico acerca de la chica.

Las hermanas la recibieron en la puerta principal. Parece ser que se cayeron bien desde el primer momento, y en el supuesto de que Annie hubiera comenzado a sentir alguna inquietud por la velada, sus preocupaciones desaparecieron enseguida. Las tres chicas la llevaron apresuradamente a su gabinete y la hicieron sentirse cómoda. Colgaron su sombrero y admiraron su vestido; una prenda de terciopelo verde hecha en casa. Charlotte se sentó con ella en el pequeño sofá que estaba junto a la ventana, y mientras Annie miraba a su alrededor, impresionada por los libros y los cuadros y por el piano abierto con partituras amontonadas en desorden encima, le dio un cigarrillo.

—Fumas, claro —dijo.

—Charlotte dice que todas debemos fumar, exclamó Sarah, pero no tienes por qué hacerlo.

Por mucho mundo que tuviera, Annie no había fumado nunca un cigarrillo, pero le pareció un buen momento para comenzar. Hester y Sarah batieron palmas encantadas cuando dio la primera chupada y, como era de esperar, resopló y tosió y la cara se le puso colorada.

—No es fácil —dijo Charlotte. Tienes que practicar.

—¡Es horrible! —gritó Hester—. Mira, Charlotte, lo detesta.

—No lo detesto —dijo Annie, recuperándose, pero no tengo talento para esto.

Pero lo volvió a intentar, esta vez con más éxito.

—Charlotte le ha dicho a Julius que no puede estar con nosotras —dijo Sarah, porque queríamos tenerte para nosotras solas. ¿Te importa?

—Claro que no —dijo Annie. Es bonito, nosotras todas las chicas juntas. ¿Esta sala es para vosotras solas?

—A veces dejamos entrar a Julius —dijo Charlotte, cuando queremos que alguien nos entretenga.

—Bueno, es un gran animador; dijo Annie, y así siguieron. No tardaron en hacerle la pregunta que más les preocupaba, que era cómo podía ponerse delante de hombres sin llevar puesta ropa alguna, y ella les dijo que estaba

segura de que Dios no ponía pegas, pues ¿no había sido Él quien había hecho su cuerpo?

—Pero no debes decírselo a padre —dijo Hester, porque no lo entendería.

—¿Y entonces qué tengo que decirle? —dijo Annie.

—No digas nada —dijo Charlotte, hablaré yo.

Un poco después llamaron a la puerta.

—Vete, Julius, gritaron, desternillándose de risa. Pero él entró de todos modos, en medio de grandes sonrisas porque sus hermanas daban su aprobación a su amiga. Cuando oyeron sonar el gong que anunciaba la cena, estaban todos encantados los unos con los otros.

Pasaron al vestíbulo. Noah bajaba por la escalera desde su biblioteca, vestido para la cena, y detrás iba Rinder. Los dos se detuvieron y Annie levantó la vista y los miró fijamente. La hilaridad que las había seguido al salir del gabinete se disipó. Noah estaba serio. Ni por un instante reveló sus sentimientos. Ya la desaprobaba, en cierto modo la temía. Le resultaba imposible pensar en una chica que se llamara Kelly sin la mancha de su raza sobre ella, y en la Nueva York de aquellos tiempos la mancha denotaba vidas de miseria y alcoholismo en las casas de vecindad de The Points y The Hook. Esta era la carga de prejuicios con la que Noah contempló a la amiga de su hijo desde la escalera de su hogar aquella noche, y la figura esbelta y erguida de la muchacha y su piel perfecta solo sirvieron para agudizar sus recelos, pues ahora entendía que la amenaza que planteaba era mayor de lo que había imaginado al principio.

Terminó de bajar la escalera y dio la mano a la chica. Annie mostró el respeto debido, siendo la estirada formalidad del padre exactamente lo que esperaba de un hombre de su condición, y mientras las hermanas llenaban el aire de charla para salvar la primera fase tirante del encuentro ella tomó el brazo que Noah le ofrecía y juntos entraron en el comedor. Julius sonrió mirando al techo y se mordió el labio, y por lo que hace a Rinder, había pensado poco en aquella chica irlandesa a quien Charlotte estaba tan deseosa de conocer. Pero todo cambió cuando vio a la chica. Porque de inmediato sintió una fuerte atracción hacia ella, y durante el resto de la velada no dejó de mirarla con disimulo.

Noah no reveló nada de sus sentimientos. Le sorprendió descubrir que la chica no le tenía miedo, y al cabo de un rato se encontró sintiéndose casi afectuoso hacia ella. En otras circunstancias podía haberla entendido, pues carecía de lo que consideraba el atolondramiento propio de sus protegidas

hijas. En cierto momento recorrió con la vista la mesa y se dio cuenta de que, excepción hecha de él mismo y de Rinder, ella era la única persona de verdad adulta que había, pues incluso Charlotte conocía poco más que teatros y galerías de arte y salones. Pero sabía que su seguridad en sí misma provenía de un mayor nivel de contacto con los hombres, y eso lo llenaba de inquietud. No sabía que la chica posaba como modelo para artistas pero notaba su falta del adecuado recato femenino. No, no serviría, no para su hijo, y con cierto desagrado comprendió lo desagradable que iba a ser acabar con aquello. No quería hacer daño a Julius pero no podía continuar, eso lo sabía desde que el muchacho le había dicho en Washington Square quién era ella. Su toque tendría que ser seguro y sutil, y esa perspectiva lo irritaba.

Nada de aquello fue evidente para sus hijos. ¿Fue evidente para Annie? Creo que no. No creo que se hubiera encontrado antes con un hombre como Noah van Horn. No sabía cómo pensaban esos hombres en relación con la integración de las masas de inmigrantes en su mundo establecido. Noah tenía empleados irlandeses en sus muelles, sus barcos, sus obras de construcción y sus almacenes, y aunque conocía a muchos hombres que eran sobrios y trabajadores, creía no obstante que en el fondo eran gente holgazana y deshonesta. Les daba trabajo, pero permitir que una de sus mujeres se acercase a sus hijos, se hiciera amiga de sus hijas y saliera con su hijo, había que acabar con eso, y cuanto antes mejor. Nada de esto, como he dicho, fue evidente para los jóvenes que estaban sentados en torno a su mesa aquella noche, y cuando terminó la cena y Noah se retiró de nuevo a su biblioteca con Rinder, decidieron con alegría y alivio que todo había salido a las mil maravillas.

Noah era una persona totalmente resuelta, pero por una vez en su vida se encontró remiso a hacer lo que sabía que tenía que hacer. Habló del asunto con su yerno esa misma noche. Le dijo a Rinder lo que tenía en mente.

—Ella no servirá —dijo.

Rinder también era de origen inmigrante. No había reparado en medios para integrarse en la sociedad, había llegado a ser socio en la Casa de van Horn, había entrado en la familia por la vía matrimonial; todas eran buenas razones para impedir que otros hicieran lo mismo. Debía parar los pies a aquella chica advenediza, a pesar de que le excitaba —o quizá *porque* lo hacía—, o la familia comenzaría a parecer una parada obligatoria para todo don nadie con aspiraciones en Nueva York. Le asombraba que su suegro

pudiera haber permitido que el asunto llegara tan lejos, pero entendía el motivo.

—¿Por qué no me lo deja a mí? —dijo.

La cosa no pasó de ahí aquella noche. Charlotte apareció en la biblioteca unos instantes después y pidió a Rinder que hiciera el favor de llevarla a casa. A continuación veo a los dos hombres en la oficina de Noah en el almacén de Old *Slip*. Veo a Noah junto a la ventana, con el ceño fruncido, las manos hundidas en los bolsillos. Lo veo volviéndose hacia el hombre más joven.

—¿Que te lo deje a ti?

Observó a su socio con cierto recelo. En todos los años que hacía que se conocían, Noah se había visto sorprendido a menudo por Rinder. Una generación más joven que Noah, Rinder entendía la ciudad como un territorio sin ley donde la ferocidad, la velocidad y la astucia eran lo que más contaba: un estado de naturaleza. Más de una vez había expuesto a Noah el argumento de que estaban al servicio del mercado y debían suministrar lo que el mercado demandaba, pues de lo contrario lo haría cualquier otro, que prosperaría mientras ellos fracasaban.

A Noah le desagradaba pensar que era un servidor del mercado, un servidor de cualquier cosa, mejor dicho, pero reconocía una terrible verdad en las ideas de Rinder, aun cuando no reconociera ya la brutal voracidad de sus actividades cuando era joven. ¿Pero por qué iba a ocuparse Rinder del problema de Annie Kelly?

—Conozco a las chicas como esa —dijo.

Había identificado con precisión lo que preocupaba al padre de Julius: las «chicas como esa» eran chicas que se aprovechaban de los jóvenes crédulos. Rinder estaba más cerca que Noah de la calle, donde florecían las chicas como aquella. Noah lo entendió. Dio por sentado que se haría un desembolso.

—No demasiado generoso —dijo.

—Por supuesto que no.

—Y Julius no debe saber nada.

Sostuvo la mirada de su interlocutor. Se concedía una profunda importancia a que Julius no supiera nada del plan.

—Debe pensar que se ha cansado de él.

—No sabrá nada.

—Me liberas de una tediosa carga.

Rinder hizo una leve reverencia. Tan acartonado era aquel ser delgado, sin edad, con su indumentaria negra, que casi se podía esperar oír un crujido cuando se doblaba por la cintura. La ambición de Rinder, su única ambición, era hacerse con el control de todo cuanto Noah van Horn poseía. En los últimos años se había acostumbrado a hacerse cargo de todo aquello que a Noah le resultaba desagradable, y el problema de Annie Kelly era desagradable en grado sumo.

Rinder salió del despacho y Noah se arrellanó ante su escritorio con una sensación de alivio que no era del todo cómoda. La preocupación no había desaparecido. El hecho de que hubiera dejado con tal celeridad que su socio asumiera la responsabilidad en aquel asunto era un ejemplo de una relajación casi imperceptible de su control sobre sus propios asuntos. Noah se estaba cansando por fin. Durante más de cuarenta años había dirigido la Casa de van Horn y supervisado su constante expansión. Ahora era uno de los hombres más ricos de Nueva York. Estaba convencido de que en unos años más se retiraría. Para viajar, quizá, y para leer. Llevaba años deseando disponer de más tiempo para quedarse en su biblioteca. Quería estudiar las civilizaciones antiguas, pues tenía curiosidad por establecer comparaciones entre esas civilizaciones y la suya. Creía que el pueblo americano sería con el tiempo tan grande como cualquier otro de la historia de la humanidad, y quería pasar un año en Europa visitando los lugares antiguos, las ruinas. Llevaría a Julius con él, quizá le buscaría un profesor en París, o en un estudio alemán. Solo cada noche en su biblioteca, Noah pensaba a menudo en aquella feliz perspectiva, y Rinder, tenía plena confianza, lo haría posible asumiendo las responsabilidades que encontraba cada vez más fastidiosas.

Y Noah se permitió un suspiro de alivio. Cinco años más, pensó, tal vez cuatro. Julius tendría entonces veintidós. Llevaría al muchacho a Europa y verían juntos lo que el Viejo Mundo tenía que ofrecer al Nuevo. Había leído no hacía mucho que la aparición de la gran ciudad cosmopolita señalaba el comienzo de la última fase de una civilización, pues la ciudad era un síntoma cierto de degeneración y descomposición inminentes. Mientras estaba allí sentado en su oficina en Old *Slip*, levantó la cabeza de los papeles que tenía delante y contempló los muelles y los embarcaderos construidos en el East River al norte y al sur hasta donde alcanzaba la vista, y de los navíos que abarrotaban aquellos muelles un bosque de mástiles se elevaba como agujas de iglesia en el aire luminoso de la mañana. Había más embarcaciones ancladas en el río y en Upper Bay más allá, entre ellos sus

clíperes, embarcaciones estrechas y de altos mástiles que cruzaban el Atlántico más rápidos incluso que los paquebotes propulsados por vapor; y al ver todo aquello supo que lo que estaba por venir no era la primera etapa de la descomposición sino el último preparativo para la grandeza, o más que grandeza, para que Nueva York asumiera triunfante el manto de distinción de ser no solo la ciudad más importante de América, sino del mundo.

Reflexionó después que debía de estar haciéndose viejo. Cuando era un joven nunca había tenido tiempo de pensar en cosas de tan insensata grandilocuencia. Con un resoplido de regocijo volvió al trabajo.

Una semana más tarde Julius se presentó en el estudio y descubrió que no había modelo para la clase de natural. Los estudiantes trabajaban con piezas de estatuaria de escayola. Se acercó a Jerome Brook Franklin.

—¿Dónde está, señor? —dijo.

El pintor intentaba abrir una ventana que estaba atascada. El día era caluroso, y transpiraba copiosamente.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —dijo, entre resoplidos—. Tenía que venir ayer para mí. Estuve esperándola una hora. ¡Maldita sea!

La ventana seguía negándose a moverse.

—¿Tenía que venir para usted? —dijo Julius. Brook Franklin se volvió hacia él con un considerable mal humor.

—¡La esperé una hora! ¡Una pérdida de tiempo! Por mí se puede haber ido al infierno.

Era la primera noticia que Julius tenía de las sesiones privadas como modelo de Annie con Brook Franklin. Y no contribuyó a disipar su sensación de desasosiego, más bien la acrecentó. ¿Pero no había ido nadie a Nassau Street a comprobar si estaba en su casa? Nadie había ido.

Una hora más tarde Julius fue a pie hasta Broadway y subió a un tranvía de caballos que se dirigía a la parte baja de la ciudad. Se apeó en Warren Street y cruzó el parque donde tantas veces se habían sentado juntos y bajó por Beekman hasta Nassau. Luego llamó a la puerta de la casa de huéspedes y pasaron unos segundos hasta que la abrió la señora Kelly. Julius supo enseguida que no había buenas noticias.

—¿La ha visto? —exclamó la madre. ¿Está con usted?

Pasó por delante de él y escudriñó la acera, como si pudiera llevar a la chica a su espalda. Julius había estado dentro de la casa en varias ocasiones y había llegado a conocer a la madre de Annie. Era una mujer regordeta y

jovial, con la piel tan clara y juvenil como la de su hija. Llevaba toda su vida viviendo en la parte oriental del bajo Manhattan, y en tiempos había sido actriz y había actuado en todos los teatros de la zona. Después se casó con un carpintero naval, crió varios hijos y conoció tiempos turbulentos como para no asustarse por nada ahora. En su estrecho pasillo, sobre una alfombra gastada y con el olor a verduras hervidas filtrándose desde las dependencias interiores de la casa, le contó a Julius lo que había sucedido, o más bien lo que no había sucedido. Tres días antes, el domingo, Annie había salido de la casa a primera hora de la mañana, diciendo que no volvería hasta la hora de la cena. No había dicho adonde iba. No la había vuelto a ver.

—¿Dónde podría estar? —gritó Julius.

—¡Oh, Dios mío, ojalá lo supiera! —exclamó la señora Kelly. ¡Y se fue solo con lo puesto!

Comenzó a llorar y Julius la estrechó entre sus brazos. Estuvieron abrazados estremeciéndose durante unos segundos. Julius dio un paso atrás. La agarró por los hombros y un rostro surcado de lágrimas miró al otro. Le preguntó qué había hecho, y ella le dijo que los hombres de la casa habían salido a buscarla todas las noches, y habían informado a la policía, y todos los vecinos sabían que había desaparecido, pero nadie la había visto.

—¡Pensé que iba a verle a usted!, exclamó.

Aquello provocó nuevos sollozos, y transcurrió otra media hora antes de que Julius pudiera marcharse de la casa. Se sentó en un banco del parque y trató de pensar qué hacer. ¿Cómo podía permitir que su madre y ahora él padecieran esa ansiedad? ¿Estaba muerta? Luego echó a correr en dirección al East River para ir en busca de su padre, pero Noah no estaba allí. Julius estaba asustado ahora. No podía quitarse de encima la sensación de que Jerome Brook Franklin estaba implicado, pues aquella noticia de las sesiones privadas lo desconcertaba. Recorrió a la carrera el puerto marítimo buscando con la mirada entre el gentío para ver si la divisaba, tratando de encontrar en su mente una respuesta. Muerta o cautiva, pensaba. Los muelles estaban atestados de carros y carretillas, de hombres, de barcos, cajas y fardos, barriles apilados, funcionarios del puerto de Nueva York con sus papeles y lápices y sus leontinas, un estruendo de conversaciones y gritos, y vagando sin rumbo entre todo ello aquel joven consternado mirando fijamente a cualquier mujer joven que pasaba a su lado, con los labios temblorosos mientras murmuraba para sí mismo, aunque nadie podía haber entendido lo que decía ni aun en el caso de que tuviera tendencia a

hacerlo, que no era el caso. Las gaviotas graznaban y las herraduras sonaban en el empedrado, había sal en el viento y grandes vaharadas acres de olor a cerveza salían de las tabernas de South Street. Los gallardetes ondeaban en vergas y mástiles, irlandeses desnudos de la cintura para arriba salían de las bodegas de carga como héroes del ultramundo, mientras en las plantas superiores de los almacenes empleados gritones levantaban los barriles por medio de cabrestantes, y comerciantes con delantales ceñidos a la cintura y cigarros entre los dientes añadían sus voces al barullo. Pero entre toda aquella frenética humanidad no había ni rastro de Annie Kelly.

Llegó a Bowling Green y allí al pie mismo de Broadway giró hacia el norte. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para buscarla, y además, un plan sencillo había comenzado a tomar forma entre las arremetidas salvajes de su mente trastornada. Volvería a la calle 10 y hablaría con Brook Franklin, pediría ayuda a aquel hombre. Descubriría por qué ella no le había dicho nada de aquellas sesiones privadas.

Jerome Brook Franklin estaba todavía con los demás cuando Julius llegó al estudio. Se quedó jadeando en la puerta mientras el pintor, con el ceño fruncido, se enderezó del caballete de un estudiante y preguntó a Julius con cierta irritación qué quería.

—No ha estado en casa con su madre, señor.

—¿Quién no ha estado? Ah. Entonces espero que se haya marchado a resolver algún asunto particular.

—¿Sin decírselo a su madre?

Brook Franklin conocía las costumbres de las modelos de artistas. Puso una mano rolliza en el hombro tembloroso de Julius.

—Me quedaré veinte minutos más aquí —dijo, y comunicó a Julius que podía esperarlo, si ese era su deseo.

Julius no perdió el tiempo cuando veinte minutos más tarde tuvo para él solo la atención del pintor.

—¿No le dijo nada, señor?

—¿De qué?

—De algún proyecto, o plan.

Estaban sentados en el estudio vacío. El polvo bailaba en la luz otoñal que descendía a raudales de los tragaluces del techo. La ventana atascada estaba ya abierta. Brook Franklin llenaba una pipa de tabaco. Briznas de picadura negra colgaban del borde de la cazoleta. Meneó la cabeza, sin dejar de mirar la cazoleta.

—Me temo lo peor —dijo Julius en tono misterioso.

El pintor soltó una risotada mientras aplicaba una vela al tabaco. Julius se volvió hacia él.

—¿Piensa que es divertido? —exclamó.

—Señor mío —dijo Brook Franklin, las chicas son como los caballos jóvenes, ¿no se lo había dicho nadie? Veleidosas. Se le ha antojado y se ha ido. Quizá tenga un amigo.

Se detuvo al llegar a este punto. Estaba aburrido ya, y sin interés. Dio por sentado que Julius era su amigo. No quería inflamar más al muchacho. Quería deshacerse de él. Pero Julius se había vuelto receloso.

—¿Por qué no me dijo nada de sus sesiones privadas con usted?

Al oír aquello Brook Franklin se sonrojó bajo la barba. Volvió a entretenerse con su pipa, que de repente se había apagado.

—¿Cómo diablos iba a saberlo?

—¿Qué ha sucedido?

—¿Qué quiere decir, señor? Yo soy pintor. La *pinté*. No puedo ayudarle más. Lamento que no le haya dicho adónde se ha marchado pero no puedo arrojar luz ninguna sobre el asunto.

—Tampoco se lo dijo a su madre.

Brook Franklin agitó las manos en el aire.

—¡No sé nada de la madre!

Al oír esto Julius se inclinó hacia él y, levantando la mano, le apuntó con un dedo.

—Claro que lo sabe. Ha estado allí. Me lo ha dicho ella.

—Hace semanas, cuando quería contratar a la chica. ¿De qué me está acusando?

Se había puesto de pie y se estaba enfadando. Era un hombre corpulento que se ponía rojo con facilidad, y ahora estaba con los brazos pegados a los costados y los puños cerrados. No iba a revelar a Julius su verdadera relación con Annie Kelly, y por descontado no iba a quedarse sentado en su estudio dejando que lo acusaran de alguna fechoría imprecisa para con ella.

Julius también se puso de pie y miró a aquel hombre durante unos segundos, con los ojos llenos de lágrimas. Luego de repente huyó del estudio, cerrando la puerta de un portazo al salir.

—¡Maldita sea! —exclamó el pintor, y arrojó la pipa al suelo, donde rebotó contra la pared y salió lanzando chispas como una locomotora en plena noche.

No sé adonde fue Julius cuando salió del estudio de Brook Franklin. De

alguna manera llegó a Waverley Place la noticia de que Annie Kelly había desaparecido y que Julius estaba consternado, o más que consternado, desesperado, más bien, loco de preocupación. Las hermanas estaban sentadas en el gabinete retorciéndose las manos, diciendo cuánto deseaban que su querido Julius regresara a casa para tranquilizarlo asegurándole que la muchacha había vuelto sin que le hubiera pasado nada; pero Julius no regresó a casa. Pasaron a cenar sin él.

Su padre estaba ya a la mesa echando una ojeada al periódico. Se quitó los lentes y dobló el periódico —era el *Tribune* de Greeley— y preguntó a Hester dónde estaba su hermano. Hester miró a Sarah.

—No lo sabemos, padre —dijo.

—Annie Kelly ha desaparecido —dijo Sarah. Salió a dar un paseo el domingo y no ha vuelto.

Noah van Horn levantó la cabeza bruscamente.

—¿El domingo?

Estuvo en silencio durante la cena, y ninguna de sus dos hijas dijo una palabra. Las cortinas estaban cerradas y en la sala hacía calor. La cubertería tintineaba sobre la porcelana. Se retiraron platos, se trajeron nuevos platos. Los criados se movían por el comedor como fantasmas, y las lámparas de gas llameaban y parpadeaban, proyectando una súbita iluminación sobre el retrato de Noah que estaba colgado en la pared sobre la repisa de la chimenea. Una aureola de melancolía parecía rodear la silla vacía de Julius. Solo puedo imaginar lo que pasaba por la mente de Noah. Tal vez contaba con enterarse de que la chica le había roto el corazón a Julius, y entonces podría predecir que durante unos días el chico no tendría consuelo, pero al cabo de una semana o así volvería a ser el de antes, cuando la hubiera olvidado por completo. Pero aquella repentina desaparición, ¿qué significaba?

Después de la cena se retiró a su biblioteca y poco después llamó con la campanilla a su mayordomo, un inglés llamado Quentin. Despachó a Quentin con un mensaje y al cabo de una hora Rinder se reunía con Noah. Los dos hombres estuvieron allí hasta altas horas. Hester y Sarah oyeron alzarse voces, y subieron por la escalera hasta lo más arriba que se atrevieron pero no pudieron entender lo que los dos hombres decían.

Julius regresó a casa muy tarde aquella noche y todos se habían acostado excepto Quentin, que abrió al muchacho la puerta del sótano. Venía en un

estado de absoluta confusión mental y no fue capaz de decir dónde había estado. Quentin diría después que mientras el chico se tomaba una taza de chocolate caliente sentado a la mesa de la servidumbre en el sótano le contó al mayordomo que había estado buscando a su *madre*. Quentin, que era un hombre de mucho tacto, supuso —correctamente, creo— que la desaparición de Annie había despertado sin querer una profunda pena de su dolor de la primera infancia y lo había confundido con la muerte de su madre. Quentin llevó al piso de arriba al muchacho que no dejaba de sollozar y consiguió que se desvistiera y se metiera en la cama sin molestar a ningún miembro de la familia.

El día siguiente Julius bajó a desayunar en camisa de dormir, con los ojos desorbitados e incoherente. Parecía no tener la menor idea de dónde estaba, ni de quiénes eran su padre y sus hermanas. Se quedó en el comedor debajo del retrato de su padre gritando que había que sacar los dos barcos de la parte trasera del carro y meterlos en el agua. Aquello no tenía sentido para ninguno de los presentes, y llamaron al médico. Quentin lo llevó de vuelta a su cuarto, pues el mayordomo era ahora el único miembro de la familia a quien Julius escuchaba. En cuanto a los dos barcos, creo que en la mente trastornada de Julius representaban dos ataúdes. Creía que Annie Kelly estaba muerta, y que por tanto necesitaría un «barco» para su último viaje. No es difícil entender por qué soñaba con barcos, dada su presencia en South Street la tarde de la víspera. En cuanto al segundo barco, solo puedo suponer que se refería a sí mismo.

El médico no se alarmó en exceso. Sedó al muchacho con un preparado opiáceo de su invención e informó a Noah de que su hijo padecía agotamiento nervioso agudo, cuyo agente instigador había sido una impresión repentina e intensa relacionada con la desaparición de una joven con la que se había encariñado.

—¿Le parecía a usted algo saludable? —dijo el doctor.

—A mí no me gustaba nada —dijo Noah.

—Es joven. Lo superará.

Noah regaló al médico un cigarro y lo acompañó personalmente hasta la puerta.

Durante todo aquel día Julius estuvo acostado en su cuarto en un estado de estupor inducido por el fármaco que se le había administrado. Sus hermanas mandaron recado a Charlotte de que su hermano estaba enfermo. Una hora más tarde Charlotte estaba en Waverley Place. Las tres hermanas se abrazaron con ternura ante la puerta principal y subieron a toda prisa al

piso de arriba. Charlotte llamó a la puerta y entró sin esperar.

Julius estaba dormido. Una criada joven estaba sentada al lado de la cama con una jofaina y un paño húmedo. Julius se volvía de un lado a otro, hablando entre dientes, y cada pocos segundos gritaba de manera incoherente sin que pudiera entenderse nada de lo que decía. Al parecer la medicina que se le había administrado exacerbaba la impresión que había sufrido. Si aquello hubiera sido todo, las hermanas habrían llegado a la misma conclusión que el doctor: agotamiento nervioso provocado por la impresión.

Pero no era todo. En la habitación hacía mucho calor, pues ardía un fuego de carbón y las ventanas habían estado cerradas todo el día; las cortinas estaban echadas. Charlotte ocupó en silencio el puesto de la criada junto a la cabecera, mientras Hester y Sarah se quedaban a los pies de la cama, susurrando con simpatía mientras Charlotte enjugaba la frente húmeda de su hermano.

De repente Hester dio un grito y se llevó las manos a la cara. Charlotte se levantó y retrocedió rápidamente, tirando al suelo la silla. Sarah agarró el brazo de Hester y las tres miraron a la cama. Julius se había incorporado, pero para las hermanas —y se mantuvieron inquebrantables en esto hasta el final de sus días— *no era él*. Nunca pudieron hablar racionalmente de qué fue lo que vieron en la cama de Julius aquel día; había una *criatura*, dijeron, y también un olor, un olor fuerte, que relacionaron con carne cruda y establos, y algo más que no pudieron identificar, algo bastante horrible; y retrocedieron hasta la puerta del dormitorio donde se abrazaron, boquiabiertas. Al parecer su hermano, o lo que fuera aquello en lo que se había convertido, comenzó entonces a *salmodiar*, dirigiéndose a ellas, blasfemias y obscenidades.

—¡Julius! —gritó Charlotte.

El sonido de su nombre pareció penetrar en el cerebro enardecido del muchacho, pues el ataque —si es que había sido eso— desapareció tan de improviso como había llegado. Cayó desvanecido sobre las almohadas, y cuando Charlotte se acercó cautelosa a la cama estaba profundamente dormido. Hester descorrió las cortinas y abrió la ventana de un golpe y se dejó caer entre sollozos en una silla. Julius siguió dormido varias horas más. Llamaron de nuevo al médico, que luego de examinar brevemente al muchacho inconsciente anunció que la fiebre había comenzado tal y como él había predicho que sucedería. El doctor no dio ninguna importancia a todo aquello de la «criatura», pero las hermanas insistieron no obstante en

que lo que habían visto en la cama no era su hermano.

Se dio cumplida cuenta de todo ello a Noah cuando regresó a Waverley Place a última hora de la tarde. Le afectó muchísimo, podemos imaginar, aunque él tampoco dio el menor crédito a la convicción de sus hijas de que *algo más* había estado en la cama de Julius. Fue a ver al muchacho y lo encontró durmiendo todavía. Después se retiró a su biblioteca, informando a Quentin de que no bajaría a cenar, pero que cuando cierto caballero llegara a la casa más tarde esa noche lo hiciera subir inmediatamente.

Eran más de las nueve cuando un hombre corpulento llegó a su manzana desde la Sexta Avenida, recorrió a grandes zancadas la calle con las últimas luces del crepúsculo y subió la escalera hasta la puerta. Quentin lo dejó entrar al instante.

—Vengo a ver a Noah van Horn —dijo con voz de trueno.

Hester y Sarah tenían la puerta del gabinete ligeramente entreabierta y escucharon mientras Quentin decía en voz baja al extraño que tuviera la bondad de venir por aquí. Se asomaron y vieron la ancha espalda subiendo por la escalera detrás del mayordomo, y luego la puerta de la biblioteca abriéndose en lo alto, y después oyeron la voz de su padre. La puerta de la biblioteca se cerró y Quentin descendió por la escalera. Las hermanas se quedaron en el vestíbulo con el rostro expectante y en silencio preguntaron quién era. Pero el mayordomo se limitó a levantar las manos, él tampoco lo sabía.

Aquel cierto caballero era por supuesto Jerome Brook Franklin. Creo que la intención de Noah era regalarle un buen cigarro y decirle, de hombre a hombre, que Annie Kelly no era buena para su hijo y que la habían pagado para que se marchara. Veo a Noah con una copa de *brandy*, sus pies calzados con babuchas cruzados sobre la cabeza del oso, la mirada fija en el techo mientras habla después del viaje por Europa que tiene intención de hacer cuando su hijo sea un poco mayor. Quizá insinúa que será necesario un profesor particular para Julius, un hombre de criterio artístico sólido y conocimiento del arte europeo tanto antiguo como moderno, y aquí dirige una mirada interesada a su invitado, sabedor supongo, de que siempre ha sido cosa natural en los artistas buscar el mecenazgo, y una vez encontrado aferrarse a él desesperadamente, pues mecenazgo *significa* vida desahogada para un hombre cuyo único deseo es pintar cuadros todo el día, y de este modo espera *adquirir* a Jerome Brook Franklin, del mismo modo que estaba acostumbrado a adquirir remesas de algodón o parcelas de tierra o cualquier otra mercancía que se le antojase.

¿Y por qué? Porque si se iban a hacer preguntas sobre la desaparición de Annie Kelly tenía que tener al pintor en el redil.

La puerta de la biblioteca daba a un rellano un tramo por encima del vestíbulo. Una hora más tarde, cuando Noah apareció con el pintor y se disponía a descender —supongo que se había llegado a un acuerdo satisfactorio para ambas partes— se abrió la puerta de un dormitorio en el piso de arriba. Los apliques de las paredes emitían solo una llama tenue e indecisa mientras los dos hombres se detenían susurrando en lo alto de la escalera.

De pronto algo se abalanzó sobre ellos y ninguno de los dos tuvo tiempo para entender debidamente lo que estaba ocurriendo. Mi abuelo cayó rodando por la escalera, Noah gritó y Quentin subió corriendo desde el sótano mientras Hester y Sarah salían de su gabinete y gritaban al ver a su hermano, o mejor dicho a la cosa en que se había convertido —la cosa que estaba en la cama—, apuñalando a un hombre corpulento vestido con un traje llamativo mientras luchaban con violencia en el suelo del vestíbulo. Quentin consiguió separarlo y contenerlo mientras Jerome Brook Franklin se alejaba caminando sobre las manos y las rodillas con sangre y una masa gelatinosa manándole de la cara. Bien sujeto en el abrazo del mayordomo, Julius, con el rostro crispado, irreconocible —¡bestial!—, sollozaba y jadeaba, y después comenzó a *salmodiar*, enarbolando el instrumento de la enucleación de su enemigo; creo que era una espátula. Con ella había sacado un ojo a mi abuelo.

No es necesario aburrir al lector con lo que sucedió inmediatamente después. Hubo que llamar al médico, por tercera vez en dos días. Charlotte llegó poco después, con Rinder, que tomó el control de la situación. Tuvo que hacerlo; por primera vez en su vida Noah no pudo actuar. Envejeció por lo menos diez años esa noche, en realidad creo que aquella noche Noah van Horn comenzó a morir. En cuanto a mi abuelo, su herida fue tratada por los mejores cirujanos de la ciudad pero no pudieron salvar la visión del ojo.

Iré al grano ahora. Rinder sabía qué había que hacer con Julius, hizo lo que las familias acaudaladas de Nueva York han hecho siempre cuando la demencia estalla y de ella se sigue un comportamiento escandaloso que ha de mantenerse a toda costa fuera de la prensa: lo envió a un manicomio privado, y para ello seleccionó, por razones particulares, un lugar en el valle del Hudson, unas millas al norte de Poughkeepsie. Julius quedó allí al cuidado de un alienista llamado McNiven, y cuando las puertas se cerraron

tras él, se cerraron sobre el único miembro de la familia que podía estar relacionado directamente con Annie Kelly. Porque la desaparición de la chica comenzaba ya a suscitar la atención de los periódicos.

El caso estuvo de actualidad durante algunas semanas, pero no pudo competir con la crisis que se desarrollaba en la arena nacional. El 25 de febrero de 1860, unos meses después de que despacharan a Julius, un político poco conocido y mal vestido de Springfield, Illinois, descendió de una barca en Cortlandt Street. Dos días después pronunció un discurso en el Sindicato de Toneleros que contribuyó a lanzarlo a la Casa Blanca, y a los Estados Unidos a la guerra civil. Una guerra que Julius se perdería en su totalidad.

Durante veinte años Julius permaneció en el manicomio del norte del estado. Recibió visitas frecuentes de sus hermanas pero solo una de su padre. Tuvo lugar un año antes de la muerte de Noah. Creo que quería contar a Julius la verdad sobre la desaparición de Annie Kelly antes de que fuera demasiado tarde.

Se sentaron en un banco detrás del edificio principal y contemplaron la puesta de sol sobre las montañas arboladas, hendidas por valles de sombras profundas. Julius tenía ya veintitantos años. Era la época de lo que se llamaba tratamiento moral de la demencia, un enfoque que ponía el énfasis en el ejercicio de una constante amabilidad en un emplazamiento cuidadosamente seleccionado donde no solo el carácter de los cuidadores sino también los propios edificios tendían a regular y serenar la mente lunática y conducirla con delicadeza de vuelta a la razón. La rutina y la ocupación se consideraban esenciales, y se fomentaban actividades como la cestería y la composición de himnos, aunque en el caso de Julius la pintura de paisajes al óleo fue la ocupación terapéutica escogida. Pero citando al bardo, igual podríais prohibir al mar que obedeciera a la luna que derribar «la construcción de su locura, cuyos cimientos están puestos en su creencia».

Pronto se hizo patente para su padre que Julius siempre había creído que había sido un extraño crimen perpetrado por mi abuelo. Julius estaba convencido de que Jerome Brook Franklin había construido una habitación secreta bajo las tablas del suelo de su estudio donde Annie Kelly estaba encerrada en contra de su voluntad, obligada a vivir de tortas de harina y agua en la que él limpiaba sus pinceles y orinaba copiosamente. Cuando sus alumnos se marchaban una vez concluida la jornada, levantaba una

trampilla debajo de la tarima y descendía a la estrecha estancia donde Annie estaba encadenada, y allí profanaba su cuerpo durante horas y nadie oía los gritos salvo él, Julius, que era la única persona sensible a las corrientes telegráficas que vibraban en la atmósfera generada por el sufrimiento de la muchacha atrapada bajo aquellos lejanos tablones.

Todo esto se lo reveló Julius a su padre mientras estaban los dos sentados contemplando la puesta de sol detrás de las montañas. Noah no hizo nada para interrumpirlo. Cuando lo habían acompañado a la sala de recepción del manicomio esa misma tarde había reconocido enseguida los cambios que la locura había operado en su hijo. Julius no era ya un muchacho, pero a pesar de la nueva firmeza y la definición de las facciones, las líneas de la vida apenas perfiladas y los restos de barba dorada en las mejillas, tampoco era un hombre. Parecía, más bien, una cáscara de hombre, un hombre vacío, en gran parte porque lo que farfullaba carecía de sentido. Se retorcía las manos sin cesar, y sus ojos recorrían veloces la estancia como si buscara un insecto volador esquivo. Cuando el alienista sugirió que tal vez prefiriesen pasear por los jardines, Noah comprendió que Julius estaría más sosegado al aire libre. El relato que entonces oyó sobre la cautividad de Annie Kelly contenía profusión de detalles grotescos, muchos de los cuales se referían a las funciones corporales y sus olores. Lo oyó hasta el final, y entonces le dijo a Julius en voz baja que nada de eso era verdad.

Julius no parecía oírlo. Miraba a las montañas murmurando para sí mismo mientras su padre explicaba en voz baja su decisión de pagar a Annie Kelly para que se marchara, para que no volviera a ver nunca más a Julius, y cómo encargó el trabajo a Rinder. Después dijo, despacio y en tono grave, que Rinder había ordenado que asesinaran a la muchacha. Hizo una pausa, mientras Julius continuaba mirando las montañas, moviendo los labios pero por lo demás sin manifestar reacción alguna ante lo que su padre había dicho. Noah comenzó a hablar una vez más. Por lo que Rinder había hecho —dijo, sentía el más abyecto de los remordimientos. No podía cambiar las cosas ahora —dijo, pero deseaba contar a Julius la verdad—. Tal vez —dijo, solo intentaba descargarse la conciencia— Julius estaba en su derecho de pensarlo, —pero quería que supiera que su conciencia no se descargaría jamás. El sentimiento de culpa y el remordimiento se habían llevado toda la alegría de su vida, desde el mismo día en que descubrió lo que Rinder había hecho. Noah dijo todo esto, y Julius siguió mirando hacia las montañas cada vez más negras hasta que un celador se acercó y en voz baja le dijo a Noah que su hijo tenía que entrar ya. Se llevaron a Julius y

Noah se dirigió a la puerta principal del manicomio, donde en la penumbra lo esperaba un carruaje.

Es una imagen sin duda de cierto patetismo: el pobre Noah van Horn, en otros tiempos señor de un gran imperio comercial, ahora un anciano deshecho, con el rostro demacrado, el corazón destrozado por lo que le había sucedido a su hijo. Lo veo inmóvil con un pie en el estribo del carruaje y volviéndose por última vez para mirar por encima de los altos muros y las torres del manicomio grabados en negro sobre el fondo del cielo del anochecer, y nada en millas a la redonda sino aquellas montañas impenetrables. No volvió a hablar con Julius, y un año después había muerto.

¿Qué encontró Julius cuando lo dejaron salir en el verano de 1879? Lo llevaron a casa desde la estación Grand Central en un coche de caballos acompañado por un celador, un joven negro robusto y silencioso con gabán ajustado y abotonado y gorra de plato. La casa de Waverley Place a la que regresó no era como la recordaba. Solo un miembro de la familia vivía allí ahora, su hermana Hester. Charlotte residía en la parte alta de la ciudad, en la mansión que Rinder había construido en la Quinta Avenida, un lugar de esplendor tal que fue considerado la mejor casa de la ciudad hasta que unos meses después fue eclipsada por una mole aún más grandiosa que contaba con un salón de baile más espacioso y varias toneladas de mármol más en la fachada. Sarah, la más joven de las hermanas, entretanto había cuidado de Jerome Brook Franklin mientras este se recuperaba de la pérdida del ojo. Como era de esperar, el amor había florecido entre paciente y enfermera y la pareja se casó en julio de 1860.

Muchos amigos pintores de Brook Franklin asistieron a la boda, hombres con los que en otros tiempos había explorado la naturaleza en busca de lo Sublime americano. Formaban un grupo curioso con las familias de hombres del mundo de los negocios y de la política de Noah, que quizá no se habían encontrado nunca con tales personajes. Los dos bandos se miraron con recelo no exento de interés. Los amasadores de dinero percibieron exotismo, y de lo exótico tenían un ávido apetito; los artistas olieron encargos. Y menos mal, al menos para el novio, pues lo que no se dijo ese día, aunque no a las claras, fue que los tiempos de pintura al aire libre habían terminado para Jerome Brook Franklin. Un hombre con un solo ojo no tiene nada que hacer en la ladera de una montaña. Está bien

sin embargo en un salón bien equipado, y cuando mi abuelo recorría la nave central de la iglesia con mi abuela con su chistera y su parche en el ojo, llevaba en el bolsillo tres encargos de retratos de eminentes neoyorquinos del círculo de los Van Horn. Se mudaron a una casa grande en la calle 23 Oeste, donde el segundo piso se transformó en estudio.

Jerome Brook Franklin se entregó a conciencia a la pintura de retratos, y con el tiempo prosperó y llegó a tener unas rentas muy superiores a las que podía haber esperado de la pintura de paisajes. Pero había perdido el trabajo que antes respondía a cada anhelo profundo de su alma de pintor, me refiero a la representación de las grandes vistas naturales del paisaje americano. En sus últimos años comenzó a corroer su espíritu una cólera amarga e impotente. Bebió para consolarse, y finalmente la bebida le ganó la batalla. Al final lo había perdido todo.

Cuando mi madre hablaba del regreso de Julius a Nueva York, recuerdo que se quedaba en silencio y miraba a la chimenea. Sé que pensaba en los tiempos en que cuando era una niña visitó la casa de Waverley Place y conoció allí a su tío Julius. La casa no existe ya, y tampoco mi madre, pero tengo fotografías y por eso puedo hacer que cobre vida, al menos en mi mente, cómo pudo ser el día en que Julius volvió a casa. Era un poco encorvado, todavía alto y delgado, con el cabello salpicado ahora de plata pero tan rebelde como siempre. Vestía una chaqueta cruzada de solapas anchas, un pañuelo ancho con un alfiler prendido y un cuello estrecho pasado de moda hacía por lo menos diez años. Una leontina de plata cruzaba su chaleco. Lucía pantalones de lana de raya fina y botines con cordones. Todo eso está en la fotografía. Llevaba un bastón de bambú y alguien le había puesto una flor en el ojal.

También se ve en la fotografía un tenue recordatorio de lo que había perdido. El rostro largo y afable con los ojos llorosos de color azul claro y la delicada pinza de la nariz —un fino y estrecho caballete de hueso bajo una piel tan tirante como pergamino: ¡yo también tengo esa nariz!— llevan la marca inconfundible de su juventud desaparecida. Se había ahorrado desde luego los muchos horrores que otros habían soportado en su ausencia, me refiero no solo a la guerra sino también a los disturbios contra el reclutamiento forzoso de julio de 1863, cuando durante días Nueva York estuvo bajo el control de una turba alborotadora y toda la familia temió por sus vidas. Él se lo perdió todo.

Este es, pues, el hombre ajeno a la historia que volvió con su hermana Hester en el verano de 1879 y titubeante subió la escalinata del hogar de su niñez. Las ventanas de los pisos superiores tenían los postigos cerrados, todas menos las de su antiguo dormitorio. No se había intentado poner la fachada a la moda con pilares de granito y otros añadidos de esa índole, y con sus columnas desconchadas la casa parecía ahora carente de gracia y abandonada, casi embrujada. Cuando la puerta principal se abrió y Hester surgió de la penumbra del interior, Quentin apareció por detrás de ella, y tras él, en la sombra profunda al fondo del vestíbulo, la única criada que quedaba, Mary, la que siendo una muchacha había estado sentada junto a la cabecera de Julius en las primeras horas de su crisis nerviosa. Hester sonreía en silencio, con las manos apretadas en el regazo, mientras su hermano subía los escalones y besaba su frente sin arrugas.

—Hermana querida, musitó.

—Entra, Julius —dijo, y se enjugó la mejilla.

Pero antes de cruzar el umbral Julius se dio la vuelta y miró hacia la calle, ladeando la cabeza para percibir los sonidos de las ruedas resonando en el empedrado y el ruido sordo más lejano de la avenida, donde ahora los trenes elevados pasaban traqueteando en dirección a la parte alta de la ciudad, dejando caer carbonilla y carbones encendidos en la acera. Con una expresión atribulada que enturbiaba sus rasgos levantó una mano y con un dedo hendió el aire como si intentara evocar la palabra que pudiera expresar una idea solo vagamente formulada en su mente. Pero no, se le escapó, y se volvió hacia dentro.

A decir de todos se mostró agradecido al descubrir que la casa no había cambiado desde que se marchó. Eran pocas las habitaciones que se utilizaban ahora, pues Hester vivía con gran discreción, comía en la cocina con los criados y utilizaba el gabinete solo cuando una de sus hermanas le hacía una visita. ¿Es posible que Julius oyera en las habitaciones vacías las risas de su niñez, cuando todas sus hermanas estaban en casa y su padre aún estaba vivo? Entró en la biblioteca y se quedó sentado en silencio durante muchos minutos en el sillón de su padre.

Hester le había preparado su antigua habitación. Fue una decisión acertada, pues ante la evidencia del cambio en las calles de la ciudad a su alrededor, cuando se retiraba al piso de arriba podía al menos sentirse en un entorno familiar. Al anochecer se encendían las lámparas y me imagino que cenaban temprano como era costumbre cuando eran jóvenes, aunque no sé si seguían vistiéndose para la cena. Es posible que desde la muerte de Noah

se hubieran abandonado las antiguas formalidades, pero de alguna manera sospecho que para aquella noche, la ocasión del regreso de su hermano, Hester pudo sentirse obligada a desenterrar un vestido de fiesta y descubrir que a pesar del olor a bolas contra la polilla y de una ligera capa de polvo, la prenda seguía quedándole bien a su menudo cuerpo. Había sacado después sus joyeros y redescubierto anillos y collares y otras piezas de esa naturaleza cuyo lustre, a diferencia del vestido, no se había atenuado en los años que habían estado abandonadas. Y así, ante un espejo empañado, la hermana de Julius se arregló para la cena del regreso de su hermano.

Los veo después en el gabinete preparándose para pasar al comedor. Julius está elegante con el atuendo formal de noche, el frac y el cuello alto, y un alfiler de diamante en el lazo. Hester, engalanada con viejas joyas y no muy cómoda, está sentada sonriendo nerviosamente mientras su hermano pasea por el gabinete, intentando encontrar sin conseguirlo un tono coloquial adecuado para la ocasión. Siente un gran alivio cuando Quentin anuncia que la cena está servida.

Un poco después, mientras retiraban la sopa y traían el pato, susurró unas palabras a Quentin en relación con uno de los gatos, y Julius cobró vida.

—¿Hay gatos en la casa? —dijo.

¿No los había visto antes? Hester miró al mayordomo. El olor a alcanfor emanaba de su persona.

—Los hay, hermano Julius.

—¿Cuántos?

—Nueve.

Julius estaba sentado muy tieso en su silla ahora y le brillaban los ojos.

—¡Eso está muy bien! —dijo.

—Julius —dijo Hester, y su tono era grave.

—¡Hester!

—Hay algo de lo que debemos hablar. De los demás.

El humor de Julius cambió de inmediato. La suave euforia desapareció. La cara se le ocluyó. No dijo nada.

—Desean verte.

Tampoco dijo nada.

—¿Qué tengo que decirles, Julius?

—¿Quién lo desea?

—Rinder lo desea. ¡Está muy cambiado, hermano! Y Charlotte, desde luego.

Julius se quedó cavilando sobre aquello. Sus dedos jugaban sobre el mantel, plisando nerviosamente la tela. Observaba a su apurada hermana con el ceño fruncido.

—Y también Sarah —dijo Hester. Y el señor Brook Franklin.

Pronunció aquel nombre con evidente aprensión. Julius no respondió.

—Muy bien, hermana —dijo por fin, levantando la cabeza y dedicándole una sonrisa. La luz había vuelto a sus ojos, aunque Hester no sabía de cierto lo que eso significaba. Pero su alivio fue grande.

Creo que Julius comenzó a explorar la ciudad al día siguiente. El celador negro, antes de salir de la casa la tarde de la víspera, había aconsejado a Hester que en los primeros días, al menos, un miembro de la familia acompañase siempre a su hermano cuando saliera. Pero Hester no puso objeciones cuando anunció después del desayuno su intención de ir a dar un paseo. Le preguntó si tenía alguna sugerencia de qué dirección podía tomar.

—La Quinta Avenida —respondió de inmediato.

—La Quinta Avenida —dijo Julius.

—Sí —dijo Hester, y luego podrás decirme cómo es.

Se tomó la decisión de cenar con Rinder y Charlotte al principio de la semana siguiente, y no albergo ninguna duda de que Hester esperó el acontecimiento con no poca aprensión. Julius en cambio parecía indiferente. Aquello preocupaba más si cabe a Hester, pues comprendía tan bien como sus hermanas lo que estaba en juego. Julius no había hablado todavía con ninguna de ellas de los hechos de veinte años atrás, ni había dado pista alguna acerca de lo que pensaba sobre ellos ahora. Se disponía a cenar con el hombre a quien entonces creyó responsable del asesinato de Annie Kelly y a quien había sacado un ojo en un ataque feroz. También estaría presente el hombre que según le había dicho su padre era el verdadero autor de la muerte de Annie Kelly.

Charlotte era ahora una mujer rolliza y pintoresca y todo un personaje en la sociedad de Nueva York. Sus opiniones seguían siendo radicales —había abrazado el socialismo— y acentuaba su excentricidad con joyas ostentosas y cosméticos, y a menudo aparecía en público ataviada con capas largas y sueltas y pañuelos, con una boquilla permanentemente entre sus dedos repletos de alegres anillos, ruidosa e intrépida como solo los muy ricos pueden serlo. Había visitado a Julius en Waverley Place y le había

preguntado con delicadeza por la próxima cena, que ella había puesto en marcha convencida de que su hermano debía reintegrarse en la familia lo antes posible. Se sintió aliviada al encontrarlo aparentemente cuerdo. Había sido testigo de escenas penosas en el manicomio de los Catskills a lo largo de los años, y en ocasiones había pensado que nunca estaría lo bastante bien para volver a casa. Pero sus temores parecían ahora infundados. Consideraba que se había recuperado plenamente, y era su deseo hacer cuanto estuviera en su mano por él. Charlotte sentía una profunda desazón por el papel que había desempeñado en la crisis del pobre Julius, pues durante los años que había estado ausente había quedado claro para todos ellos que ninguno de los cuadros que por docenas había pintado de las montañas tenía el menor mérito artístico. De modo que se había equivocado de medio a medio en lo tocante a su talento. No lo poseía.

Hester y Julius tomaron un coche de caballos para dirigirse a la casa de Rinder la noche señalada, y si a Julius le impresionó lo que su cuñado había construido con los beneficios del negocio fundado por su padre, no lo dijo. Los recibió en la puerta un mayordomo inglés medio siglo más joven que Quentin que los hizo pasar a un salón con detalles de gran categoría donde su anfitriona los esperaba junto con Sarah y su esposo —mi abuelo—, que lucía un brillante parche negro en el ojo. Había raso y oro en las paredes, una araña inmensa, pequeños sofás y mesas de mármol, y muchos cuadros buenos. Julius se detuvo en la puerta y miró a Jerome Brook Franklin, que estaba con la espalda vuelta a la chimenea. Hubo un instante de silencio cargado —un instante en el que las tres hermanas fueron agudamente sensibles— y entonces mi abuelo, más corpulento que nunca, apuesto con su esmoquin y su pechera reluciente, la barba cuidadosamente recortada, salpicada ahora de plata y gris, avanzó cruzando la estancia con la mano tendida.

—Julius —dijo.

Las tres mujeres, muy quietas, miraron a Julius. Era mucho lo que dependía de su respuesta a la iniciativa de su cuñado. Pareció paralizado, inseguro —un atisbo de pánico apareció en su rostro— y después dio un paso adelante y tendió su mano. Los dos hombres se dieron un fuerte apretón de manos y mi abuelo agarró el brazo de Julius justo por debajo del codo y lo agarró con fuerza mientras el apretón de manos se prolongaba varios segundos y los hombres se miraban fijamente a la cara. Supongo que no dejaba de ser una ironía que Julius hubiera regresado tras veinte años entre las mismas montañas que a mi abuelo se le habían negado durante los

mejores años de su vida de trabajo; pero nadie hizo alusión a ello esa noche. El prolongado apretón de manos tocó a su fin y las hermanas se abalanzaron sobre la pareja con gritos de alegría. Jerome Brook Franklin se retiró a su puesto junto al fuego, mientras Julius se hundía en un sillón y cruzaba recatadamente las piernas.

Solo cuando pasaban al comedor apareció Rinder. Charlotte observaba atentamente a Julius. No se habían sentado todavía. En el extremo más alejado de la sala se abrió una puerta, y los ojos de Julius se clavaron en ella de una manera, diría Charlotte más tarde, que le recordó a un animal de presa cuando avista a un animal pequeño en su territorio. No era una expresión que le agradase, pues solo la había visto una vez en su cara antes, y la ocasión fue la crisis que marcó el comienzo de su locura. Pero después cambió. Por la puerta, caminando hacia atrás, entró un criado tirando de una silla de ruedas. La silla se giró hacia la sala y Julius vio en lo que había venido a parar Max Rinder en los años en que él no había estado.

En la silla de ruedas se hallaba desmadejado un hombre consumido a quien era evidente que solo le quedaban unos meses de vida. Era difícil reconocer en aquel ser destrozado la figura espigada y poderosa que Rinder había sido. El brutal rencor que Charlotte vio en el rostro de su hermano unos momentos antes fue sustituido ahora por un manifiesto asombro. Ella no podía saberlo, pero en la mente de Julius aquel hombre debilitado y moribundo había sido durante muchos años un monstruo, y sobre él había albergado morbosas fantasías de venganza.

Los veo después sentados a la mesa. Conozco bien esa sala, estuve en ella a menudo en mi niñez, antes de que derribaran la casa para construir en el solar unos grandes almacenes. Era una de esas salas tan altas, tan grandes, con una mesa para cuarenta comensales en el centro del suelo de madera noble brillante, que un ser humano se volvía insignificante dentro de ella, convertido en miniatura en comparación con la mera magnitud de la riqueza de Rinder, empequeñecido por su dinero. Se congregaron en tomo a la cabecera de la inmensa mesa y Rinder era ahora el más diminuto de todos, un minúsculo fragmento de un hombre que perecía dentro de sus propios delirios de opulencia. A su derecha estaba sentada mi abuela, y junto a ella el verdadero poseedor de los delirios, o eso había sido, me refiero a Julius; Hester estaba sentada enfrente de Sarah, con Jerome Brook Franklin entre ella y Charlotte. Creo que había una séptima persona en la sala, que era Rinder en sus años de supremacía tras la muerte de Noah van Horn. Estaba allí en forma de óleo, un enorme retrato pintado por mi

abuelo diez años antes.

La sala pertenecía realmente al hombre que estaba en el cuadro y no a la hoja marchita, al homúnculo en que se había convertido.

Un grupo familiar extraño, y aun cómico, de una manera malsana, en una sala dominada por un fantasma, si admitimos que un espíritu humano conservado en óleos es un fantasma. En la cabecera de la mesa un tiburón de los negocios sifilítico flanqueado por un pintor tuerto y un hombre que acababa de salir de un manicomio, un trío dañado apoyado por las hermanas, que se lanzaban entre sí miradas eléctricas de muda comprensión y daban a las titubeantes energías masculinas en la estancia cierto contrapeso de estructura civilizada. Las copas se llenaban y se vaciaban. Los platos iban y venían. Julius y mi abuelo comieron bien. Rinder fue alimentado por su criado, y tomó solo unos bocados, que acompañó con burdeos. Tenía algo importante que decir a Julius, eso se hizo evidente, y no intentó contribuir a la ligera marcha de la conversación iniciada e impulsada por Charlotte. Mientras masticaba y tragaba, sus ojos miraban fijamente a Julius, y cuando Julius le devolvía la mirada inquietante Rinder se limitaba a hacer un gesto de asentimiento, como diciendo: Pronto lo sabrás.

Llegó el momento en que las hermanas se levantaron para retirarse y Jerome Brook Franklin escogió un cigarro, pero Rinder levantó la zarpa que tenía por mano y con voz ronca y débil dijo a las mujeres que no se fueran, pues tenía algo que decir. Las hermanas volvieron a cruzarse miradas. Charlotte no tenía la menor idea de lo que iba a suceder, eso estaba claro, Rinder no le había contado nada. Cuando tuvo la atención de todos el hombre enfermo levantó su copa, en la que quedaban unas gotas de vino.

—Julius ha regresado con nosotros —susurró, pues su voz apenas podía elevarse por encima de un susurro, aunque de hecho onduló mientras hablaba, más siseo que susurro.

—Por Julius, sibiló, y los demás se sumaron al brindis. Julius parecía ahora deseoso de hablar, pero cuando ya se aclaraba la voz y se ponía de pie Rinder levantó una mano y le rogó que desistiera hasta que él hubiera terminado. Estaba terriblemente débil pero el viejo acero seguía allí, y Julius volvió a sentarse. La mano levantada de Rinder comenzó a temblar y él la posó abierta en el mantel y la miró. La sala estaba ahora en el más absoluto silencio esperando lo que tenía que decir.

—Existe un malentendido que yo he fomentado.

Más miradas revolotearon de un lado a otro de la mesa como pajarillos en un jardín de invierno, todas rebosantes de preguntas.

—Tiene que ver con Annie Kelly.

Ahora una inhalación, y todas las miradas sobre Julius. Estaba sentado inmóvil, mirando con odio a Rinder. Rinder respiraba con dificultad. No le resultaba fácil hablar, y se había acostumbrado a indicar sus necesidades con gestos. Hizo señas para que le sirvieran agua, pues el vino se le había derramado por la mejilla.

—No fue asesinada.

—¿Qué? —exclamó Charlotte.

Julius continuó mirando a Rinder mientras este levantaba la mano una vez más y Charlotte guardaba silencio.

—Di a entender a tu padre que así había sido. Pero no lo fue.

Jerome Brook Franklin daba vueltas distraídamente entre los labios a su cigarro sin encender, con el ceño fruncido y concentrado en el consumido Rinder.

—¿No? —dijo Julius.

Rinder sostuvo la mirada de Julius y negó con la cabeza.

—Noah no podía decir nada. Se sentía responsable.

La luz comenzó a hacerse en la mente de varios de los que estaban en torno a la mesa. Una vela chisporroteó en la araña sobre sus cabezas. En la calle, un caballo relinchó y un cochero gritó. Entró en el salón un criado y le hicieron señas para que se marchase. Annie Kelly no fue asesinada, pero Rinder le dijo a Noah que sí lo había sido. Noah se retiró poco después de la supervisión activa de la Casa de van Horn, y comenzó el reinado de Rinder. Jerome Brook Franklin asentía ahora. Acercó una llama a su cigarro y exhaló una nube de humo.

Entonces Julius se puso de pie. Tenía una sola pregunta.

—¿Dónde está?

El moribundo encogió sus huesudos hombros.

—Pero no murió.

—No.

Julius volvió a sentarse. Miró a Hester con la boca abierta. Hester le preguntó si todo estaba bien. ¿Deseaba marcharse ya? Durante unos segundos Julius no dijo nada, luego cerró la boca y negó con la cabeza, como si se despertara de un sueño profundo.

—Entonces está viva —murmuró.

Rinder asintió.

—¿No sufrió?

—No.

Al oír esto una suerte de resplandor pareció brotar de algún lugar en lo más profundo de Julius, de su alma con toda probabilidad, que irradió su rostro hasta que a la luz de las velas pudo verse el resplandor dorado que sus hermanas recordaban de su juventud. Los años pasaban, y con ellos los últimos posos de la locura.

—Viva —repitió.

Las mujeres no percibieron de inmediato la profundidad de los efectos de esa noticia para su hermano. Salieron de la casa de Charlotte poco después. A Rinder se lo habían llevado ya, y si le había complacido el efecto que había producido, si se sentía moralmente elevado por haber vaciado su cargada conciencia de su secreto, no lo sé. Si alguno de los presentes se había dirigido en aquel momento de Julius a Rinder, sus observaciones no han llegado hasta mí. Lo que sí sé es que todos se apiñaron en torno a Julius en la acera, y en el calor del atardecer las hermanas murmuraron su preocupación, mientras Brook Franklin se quedaba atrás y observaba a su cuñado con sobria solicitud. Charlotte se retiró a su porche delantero y los demás subieron a sus carruajes y partieron Quinta Avenida abajo. Julius se recostó en la tapicería, y ante la rápida mirada de Hester, y la pregunta tácita que contenía, contestó que estaba cansado, solo cansado, y después cogió la mano de su hermana entre las suyas y alzando la vista a su rostro preocupado, besó sus dedos con suavidad. Luego depositó la mano en el asiento entre los dos y se volvió para ver pasar las grandes casas.

Creo que en los días siguientes Julius intentó descubrir qué había sido de Annie Kelly. Rinder tenía poco más que decirle, salvo que se le había pagado una generosa suma, primero para que se marchara de Nueva York y después para que dejara pasar unas semanas antes de escribir a su madre. Imagino que causar tal aflicción a su madre había sido una prueba suprema de la resolución de la muchacha, me refiero a su decisión de terminar con Julius para asegurarles una vida mejor. Siempre que, claro está, su madre estuviera de verdad afligida; al fin y al cabo había sido actriz, y supongo que era posible que estuviese al tanto del plan desde el principio. Cuando Julius regresó a Nassau Street, no solo no encontró a la señora Kelly, ni a nadie que la recordase, sino que no encontró su casa de huéspedes. Había sido derruida para construir oficinas de periódicos.

Por extraño que parezca no se dejó desanimar por aquello. Debió de comprender que era muy probable que la madre y la hija se hubieran

instalado en otra ciudad muy lejos de Nueva York. Pero también era posible que hubieran regresado a la ciudad al cabo de unos años, quizá tras no haber encontrado una vida que les ofreciera lo que habían conocido en Manhattan. Por ese motivo continuó esperando encontrársela en las calles de la ciudad, y por eso siguió buscándola.

Este fue, pues, el personaje que Julius asumió cuando reanudó la vida en Nueva York que había sido interrumpida de forma tan violenta veinte años antes.

La ligera simpleza de su monomanía —pues así debe entenderse su estricto hábito de deambular a diario, su caminar sin rumbo fijo por las calles con la esperanza de alcanzar a ver a Annie Kelly— les recordaba en cierto modo a sus hermanas la inocencia sin sombras de su yo más joven. Pero no era ya joven, y con su andar lento y su aire de otro mundo parecía haber entrado en la vejez sin saber nada de un periodo intermedio de madurez, pues esos años se habían perdido en la oscuridad del manicomio de los Catskills. Coincidí con él varias veces en los últimos años del siglo, cuando mi madre me llevaba a la vieja casa de Waverley Place donde seguía viviendo con la tía Hester.

Recuerdo que una vez me habló de un memorable paseo que había dado poco después de regresar a la ciudad. Quería volver a ver el puerto marítimo —dijo, y me llamó la atención su tono mientras me lo contaba, pues hablaba de ello como si se adentrara en un territorio salvaje y peligroso. Dio a entender que había tenido que reunir todo el valor y la fortaleza que poseía para emprender aquella expedición. Había caminado hacia el este y el sur— dijo —y su voz era baja, sus ojos brillantes mientras lo decía—, y enseguida me atrapó la aventura que representaba, y el deseo de saber qué peligros había encontrado y cómo los había salvado.

Cuanto más lejos iba —dijo, peor era el carácter de las calles, y comenzaba a sentirse claramente asustado. La manzana en la que estaba era pobre, las casas de vecindad se hallaban en muy mal estado, con las ventanas rotas y remendadas con periódicos, y entre unos edificios y otros se entrecruzaban las cuerdas de tender la ropa con harapos colgados de ellas. La gente que vio, hombres harapientos, vigilantes, holgazaneando en las puertas, niños mugrientos y mujeres cetrinas y agobiadas, todos lo miraban con recelo y hostilidad. Julius se llevó la mano al sombrero a modo de saludo y siguió su camino. Dobló una esquina— el día estaba nublado —dijo, y amenazaba lluvia— y de pronto ante él, llenando el cielo y elevándose desde algún lugar a la orilla del East River cerca de la punta de

la isla, un monumental bloque de piedra descollaba por encima de los tejados, y dentro de él dos arcos elevándose.

Se quedó tan estupefacto que no pudo moverse durante varios minutos. Aquello era tan grande, pues empequeñecía los edificios que había entre él y su persona, y hacía parecer pequeños también los mástiles de las embarcaciones que estaban en el río, que no podía imaginar qué era. Y después, a la luz cada vez más tenue, distinguió cables que descendían oscilando hacia el río, que después se perdían de vista detrás de los edificios, y comprendió que era un puente.

Recuerdo que exclamé con placer.

—¡El puente de Brooklyn!

El tío Julius pareció quedarse helado ante mi inteligencia. ¿Cómo podía yo saberlo? No recuerdo lo que dije pero no me cabe duda de que él me contaba la verdad, quiero decir que de verdad había ido a dar un paseo y se encontró con el puente sin tener el menor conocimiento previo de su existencia. Tengo la certeza de que Hester no le habló del puente de Brooklyn, puede que ella tampoco hubiera tenido noticia de él.

Me caía bien el tío Julius, y recuerdo que en mi niñez tenía muchas ganas de que mi madre me contase qué había *hecho* para que lo mandasen a un manicomio. Al principio me dio largas. No soltaba prenda. Me dijo que un manicomio no era una cárcel y que Julius no era un criminal. Pero nunca lo afirmó con mucha convicción, y con la sagacidad propia de la niñez imaginé que esa era la historia que a la familia le gustaba contarse, que no era malo, que estaba enfermo.

—Pero hizo *algo*, ¿verdad, madre? Esta era mi respuesta, y seguía dándole vueltas, a la pregunta de qué había *hecho* el tío Julius, hasta que mi madre se impacientaba y me decía que hiciera el favor de hablar de otra cosa, y si no podía que hiciera el favor de callarme. Claro que terminé por averiguarlo, por pura perseverancia. No hay nada que intrigue más a los niños que entrar en una habitación y ver que los adultos se callan y después cambian de tema. Nada estimula con más fuerza el apetito infantil que saber que existe un secreto.

Llegó un momento en que esto era lo único de lo que podía hablar, y supongo que mi madre sabía que tenía que decirme algo aunque solo fuera para poner fin a mis preguntas. Una tarde de invierno estaba sentada en la penumbra de nuestro pequeño apartamento, con un gato en el regazo, y miraba a través de las deslucidas cortinas de encaje hacia la calle, la 23 Oeste, dicho sea de paso, donde vivió los últimos años de su vida en un

estado de refinamiento venido a menos pensando en el esplendor que en otro tiempo fue la Casa de van Horn. Mira adonde hemos llegado, Alice, musitó; yo no era más que una niña, y no había conocido otra casa que aquel apartamento, pero desde luego comprendía lo que era la nostalgia. Y también la infelicidad, pues a menudo ella lloraba. Me figuro que debía de ser hacia 1910, hace unos cuarenta años. Me contó que cuando Julius era muy joven, no más que un muchacho, había informado a su padre de su deseo de casarse con cierta chica, y le pidió su bendición, pero su padre se la había negado. No solo se la negó —dijo, sino que al pobre Julius se le impidió volver a ver nunca más a la chica.

—¿Pero por qué?

Para una niña que desde temprana edad había tenido una pronunciada vena de romanticismo en su interior, aquella revelación fue por supuesto asombrosa. Pero como podía haber previsto, en ese momento mi madre comenzó a irse por las ramas. Al parecer la chica no provenía de una buena familia.

—¿Y por eso se volvió loco?

Mi madre estaba sentada junto a la chimenea, haciendo punto, y tengo un recuerdo nítido de que el entrechocar de las agujas se detuvo de inmediato, y luego un largo silencio. Volvió a mirar hacia la calle, y en la penumbra el viejo reloj de la repisa de la chimenea seguía sonando en un silencio solo perturbado de vez en cuando por el estruendo amortiguado de los trenes subterráneos que circulaban en dirección a la parte alta de la ciudad por debajo de la Séptima Avenida. Después suspiró, negó con la cabeza, me dirigió una mirada cordial a mí, que estaba sentada junto a la chimenea con las manos agarrándome las rodillas, y reanudó el relato.

—Sí —dijo por fin, supongo que así fue. El entrechocar de las agujas se reanudó pero ahora era menos veloz. Eso significaba que mi madre estaba pensando.

—¿Se volvió loco por amor?

—Ah, sois todos iguales.

Para entonces mi madre estaba más vieja de lo que por su edad le correspondía, agotada por su infelicidad, que ahora comprendo que tenía que ver tanto con la desintegración de su matrimonio con mi padre como con la ruina de la familia Van Horn. A menudo llegaba un momento, a última hora de la tarde según lo recuerdo, en el mes de noviembre, o quizá en febrero, pues en la calle llovía con fuerza, y ella se paraba en mitad de una frase, levantaba la cabeza, alzaba un dedo, y juntas escuchábamos el

sonido lejano de la puerta principal del edificio al cerrarse.

—Tu padre ha vuelto, susurraba; y el terror de su cara venía de no saber con certeza si llegaría sobrio o no.

—¡Basta ya! —exclamó; y me mandó a la cama.

Pero entonces había oído suficiente para elevar al tío Julius a la categoría de héroe, para pensar en ello, ¡mi tío se había vuelto loco por *amor*! Pero quería saber todo lo demás, y creo que mi madre quería contarme todo lo demás, aunque le causaba verdadera aflicción hablar de hechos que para ella eran las causas primeras del desastre que anunció el principio de nuestro fin; yo siempre temía que ella se negase sin más. Que se limitase a mover la cabeza y decirme que no podía proseguir, que todo era demasiado terrible. Tanta oscuridad, susurraba, ¡y no solo para nosotros! Como es natural yo me moría de ganas de saber qué forma adoptaría la oscuridad, pero conocía a mi madre lo suficiente para no manifestar impaciencia. Ella era reacia a despertar la historia de la familia, pero creo que el pasado, por muy valle de lágrimas que fuera, tan sombrío y lleno de sufrimiento, seguía siendo preferible a un presente en el que un marido frío e indiferente volvía a ella, a casa, una noche tras otra y le recordaba lo bajo que habíamos caído. La casa de la calle 23 en la que teníamos un pequeño apartamento en el tercer piso, difícil de calentar en invierno, sofocante de calor en verano, y la nevera al fondo del vestíbulo, cuando en otros tiempos todo el edificio había sido nuestro.

Mi madre hacía responsable a su padre. No tenía buen concepto de él como tampoco lo tenía de la tía Charlotte, como sin duda no lo habría tenido de mí si hubiera vivido para ver lo que ha sido de mí. Su tragedia, si es que esa palabra no resulta demasiado fuerte, era haber nacido demasiado tarde para disfrutar del ascenso social de los Van Horn, pero no demasiado pronto para ser testigo de nuestra decadencia. Su nostalgia estaba teñida de ácido por causa de la aguda decepción: el destino la había engañado privándola de su legítima posición, y de eso, como he dicho, echaba la culpa a mi abuelo.

Del último detalle de la historia me enteré después de una conversación con él. He dicho que Jerome Brook Franklin era un hombre bronco, y a menudo exageraba ese rasgo para divertirme. Cuando mi madre me llevaba a visitar a mi abuela yo me escabullía y subía como una flecha la escalera y recorría de puntillas el pasillo hasta su estudio. A menudo la puerta estaba

ligeramente entreabierta, y desde el pasillo percibía el fuerte olor de los productos químicos con los que limpiaba sus pinceles. Lo veía allí ante su caballete con el largo sobretodo que se ponía para trabajar, una prenda marrón suelta como la que podía llevar un conserje. Siempre el sobretodo marrón, siempre el cigarro, y a veces una modelo, una chica, desnuda o poco vestida, colocada en una tarima con una columna rota y quizá una mata de hiedra arrastrando. En otras ocasiones una gran dama circunspecta con el pecho enorme y el cabello amontonado en lo alto de la cabeza estaba sentada en actitud imperiosa ante él, y en el caballete yo veía su cabeza pintada, y más allá la cabeza misma.

Mi abuelo sentía mi presencia aunque no hiciera ningún ruido. Sin volverse me gritaba en un tono de fingido fastidio:

—¿Qué es lo que quieres, niña latosa? Has venido a distraerme porque las mujeres no quieren que estés con ellas, ¿a que sí?

Pero no se volvía, ni sus ojos se apartaban de su vía única, el modelo y el lienzo, de un lado a otro, y el pincel en su mano oscilaba aquí y allá mientras el humo del cigarro brotaba de él como si fuera una locomotora. No dije nada, me limité a subirme a un taburete salpicado de pintura al fondo del estudio y quedarme sentada en silencio observando. Habló de mí a su modelo.

—Es la hija de mi hija —dijo. Es una Van Horn como su madre. Todos locos. ¡A mi cuñado tuvieron que despacharlo! ¡A *mis* montañas!

Y así seguía, y gran parte del placer que me producía estar allí provenía de escuchar a mi abuelo hablar de mi familia, algo que hacía en tonos de *faux* horror, diciendo que todos estaban locos. Era una buena broma. Al cabo de un rato se volvía para cambiar de pincel y me veía encaramada en el taburete, y hacía como si se sorprendiera.

—¿Todavía estás aquí, condenado diablillo? ¡Vamos, fuera, sal de aquí, vete abajo, ya me he cansado de ti!

Yo salía entonces y deambulaba por la casa hasta que oía a mi madre llamarme. Entonces nos íbamos a casa.

Pero un día mi abuelo adoptó un tono distinto. No tenía modelo en su estudio aquel día y parecía de buen humor. Había una botella de vino tinto en el suelo al lado del caballete y un vaso lleno a mano. Estaba dando las últimas pinceladas al retrato de un eminente banquero de cabeza alta y calva y rostro avinagrado. Incluso canturreaba mientras trabajaba.

—Ah, eres tú otra vez, ¿no? Eres como la peste, nada te detiene, ¿verdad? Siéntate por ahí pero no digas ni una palabra.

Al cabo de unos minutos olvidé que no tenía que decir ni una palabra.

—¡Abuelo!

—¿Qué quieres, renacuajo?

—¿Qué te pasó en el ojo?

Al oír esto dejó de trabajar y se volvió hacia mí.

—¿En el ojo? —gruñó.

Se tocó el parche sin dejar de mirarme fijamente, y pensé que podía quitárselo y así podría ver la cuenca vacía debajo, si era eso lo que había debajo. Pero no lo hizo. Se acercó a mí y pude oler el vino y el humo del cigarro en su aliento. De pronto no estaba segura de a qué clase de juego estábamos jugando. Me sentí un poco asustada. Puso su cara muy cerca de la mía, y los pelos de su barba tocaban mi piel.

—Fue tu tío Julius —susurró.

Su aliento me hacía sentirme mal. Pensé que iba a vomitar.

—El tío Julius —susurré.

—Él me atacó —susurró.

—No.

—Sí. Arruinó su vida, y arruinó la mía. ¡La chica me pertenecía, sabes, y además era demasiado para él!

Recuerdo su risa mientras corría por el pasillo y bajaba la escalera, cómo resonaba desde su estudio y giraba a mi alrededor como una nube de humo de cigarro y solo se fue disipando cuando me detuve jadeando en el salón, donde mi madre y mi abuela tomaban el té.

—¿Y ahora qué te pasa a ti? —dijo mi madre.

No podía decírselo. Era demasiado terrible. El secreto se había revelado. Lo guardé en lo más hondo de mi corazón durante muchos años y con el tiempo comprendí que la mía no era la única familia en la que la violencia y la locura habían estallado en las generaciones pasadas y causado estragos en las vidas de las que estaban por venir. Están todos muertos ya, y lo que sobrevive de ellos son los fantasmas, solamente, los daguerrotipos, las fotografías, los retratos. El retrato de Noah van Horn llegó hasta mí, y como ya he dicho, paso demasiado tiempo delante de él. Todo comenzó con él, desde luego; fue Noah quien negó a Julius la oportunidad del amor, ¿y por qué? Por un prejuicio adquirido en función del miedo. El amor no se debe negar nunca, ¡nunca!, como tengo motivos para saber, y mejor que la mayoría. Porque la historia de Julius, recogida tan minuciosamente por medio de los recuerdos tenues de quienes lo conocieron, y los fantasmas que ahora se agolpan en mis paredes y aparadores, ¿no gritan todos el mismo y

triste aviso, que el amor negado nos volverá locos? Así lo creo.

ZONA CERO

Danny Silver era como un hijo para mí, y no lo digo a la ligera, siendo como soy una mujer que no tiene hijos y nunca ha estado casada. También era mi paciente. Desde hacía siete años nos veíamos dos veces por semana para hablar de sus problemas, que eran en buena medida de índole sexual y tenían su origen en una relación materna asfixiante que creó conflictos que discurrían como líneas de falla en lo más profundo de su psique y solo eran visibles cuando intentaba mantener una relación íntima con una mujer. Dan estaba deseoso de disfrutar de una relación sana, pero el daño había comenzado pronto, y era estructural, por lo que avanzábamos con lentitud. Yo no estaba en Nueva York cuando ocurrieron los atentados terroristas, pero Dan sí estaba, y los acontecimientos de aquel día lo afectaron profundamente. Comencé a ver con claridad que nuestro trabajo se iría al traste por algún tiempo debido a las repercusiones de una agresión que no era el único en pensar que iba dirigida contra él, como en cierto modo así era.

Era un hombre corpulento, triste y desaliñado, muy inteligente, con la cara tan arrugada y agrietada que parecía envejecido prematuramente, como si tuviera que soportar el peso de toda la historia de la humanidad. Creo que esto había sido así ya desde la niñez. Vestía de manera despreocupada y tenía un aspecto de distracción constante, y no parecía estar sano; no hacía ejercicio y comía mal. Se había resignado a la perspectiva de pasar varios años más en terapia, pues reconocía que con dos matrimonios destrozados a sus espaldas no podía permitirse cometer otro error. Cuando conversaba era dado a fruncir el ceño, gemir y suspirar; y durante nuestras sesiones me miraba atentamente desde unos ojos con ojeras oscuras que rebosaban de complicadas ansiedades. Tal vez fuera el carácter tortuoso de su mente lo que le impulsó a hacer carrera en el derecho, y creo que era un buen abogado. Su especialidad eran los derechos civiles.

Vino a verme poco después de mi regreso a la ciudad. Nos sentamos en mi apartamento de Riverside Drive un cálido atardecer de finales de septiembre. El sol se ponía sobre la costa de Jersey y el Hudson tenía un precioso color gris plateado con los últimos rayos de luz. La vista desde la ventana de mi consulta, con su amplia orientación al oeste, por encima del río, era tan apacible que casi se podía olvidar el horror del otro extremo de la isla. Dan estaba sentado pesadamente, y con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza hacia delante dijo que era un hombre preocupado. Temía por nuestras libertades civiles —dijo. Temía que el Congreso aprobase un proyecto de ley que permitiría a los agentes federales encerrar a cualquier persona cuyo aspecto no fuera de su agrado. Dijo que esos nuevos poderes se ejercerían sin ninguna supervisión judicial, y que las personas a las que los federales encerrasen no tendrían acceso a representación letrada.

Se pasó la mano por el cráneo rapado mientras expresaba estos inquietantes pensamientos, y a continuación se quedó sentado mirando al suelo y negando con la cabeza. Esperé a oír lo que de verdad había en su mente. Por fin levantó la vista y en voz baja me dijo que inmediatamente después de los atentados se había liado con una mujer.

—Continúa, dije.

La conoció el sábado después de los atentados. Tenía unos cuarenta años —dijo. Menudita. Cabello negro, buen cuerpo— una mujer muy intensa —dijo—, barbilla pequeña hendida y saliente —sacó su barbilla, al tiempo que exhibía una leve sonrisa, un gesto absurdo en aquel hombre grandote de papada azul—, sensible, inteligente… No era una mujer que inspirase afecto, pensó cuando la conoció, demasiado, ah, fría, para eso, aunque en su momento eso no había tenido que ver con su relación. La había encontrado por mediación de una agencia de acompañantes que se anunciaba en las últimas páginas de la revista *New York*…

Hizo una pausa al llegar a este punto. Yo estaba al corriente de que Dan recurría a prostitutas, eso no era nuevo. En realidad, lo fomentaba.

—Continúa, dije.

Él no era fuerte, me dijo, nadie que viviera en la ciudad y hubiera estado allí esa mañana era fuerte. Tenía dificultades para trabajar. Aquello le trajo a la memoria todo lo que había sufrido tras la muerte de su madre: el mismo dolor incapacitador, la misma pérdida de alegría y propósito en proyectos que antes daban sentido a su vida. Las mismas oleadas repentinas y debilitadoras de cólera y desdicha y desesperación. Dan vivía en uno de esos grandes edificios de apartamentos de la parte norte de la calle 23

Oeste, y allí era donde se había criado. Su madre había muerto en ese apartamento. Sus dos matrimonios habían fracasado en ese apartamento. Su dormitorio tenía un balcón con barandilla de hierro forjado desde el que se veía la parte baja de la ciudad. Lo había oído en la NPR esa mañana, que un avión se había estrellado contra el World Trade Center. Encendió la televisión y escuchó las primeras informaciones, de pie en su balcón por encima de la calle 23 Oeste y mirando cómo ardía la torre norte.

Después había visto estrellarse el otro avión y con una sacudida de estupefacción e incredulidad comprendió que *Nueva York estaba siendo atacada*. Llamó a su despacho y habló con su socio. Más tarde vio caer la torre sur y oyó un estruendo como un trueno lejano mientras nubes de denso humo ascendían desde la punta de la isla. Por un instante, y solo eso, la torre dejó una imagen fantasmal de sí misma en el aire vacío. Dan recordó que intentó sacudirse el aturdimiento que sintió apoderarse de él pensando en gente que vivía en la parte baja de la ciudad o que trabajaba allí, gente de su despacho, colegas, amigos… Más tarde vio a un hombre al que conocía de vista, un hombre que trabajaba para el municipio, recorrer cojeando su manzana, cubierto de la cabeza a los pies de ceniza gris, y entrar en el edificio de apartamentos al otro lado de la calle. Pudo verlo en el vestíbulo del edificio abriendo su buzón.

Al cabo de un rato apagó la televisión y se dirigió a Union Square. Mucha gente había tenido el mismo impulso —dijo, y daban vueltas en grupos, neoyorquinos de diversa condición que encontraban el consuelo primario que les era posible ante la destrucción desatada sobre su ciudad. Establecían lazos efímeros con extraños para escapar del horror a la soledad ante tanta muerte.

Esa era la razón por la que, unos días después, había llamado al servicio de acompañantes.

La mujer le dio un breve pero firme apretón de manos y se sentó. Arreglaron enseguida la parte monetaria del asunto y ella entró en el dormitorio y se desvistió. Al parecer lo que pasó después tuvo más de clínico que de apasionado, lo cual no me sorprendió. Ella fue muy profesional —dijo Dan, muy eficiente. Sexo frío de calidad. Cuando acabó — dijo, se quedaron en la cama, hablando, y parece ser que entre ellos nació lo que Dan llamó una «compenetración».

—¿Qué clase de «compenetración»?

Ella se relajó. Se interesó por él. Quiso saber a qué se dedicaba. ¿Se había criado en Nueva York? Cosas así. Le hizo reír. Dan no se reía nunca,

un rugido sardónico era lo más parecido a la risa que Dan había emitido, y di por sentado que se refería a eso. Debí de decir algo a este respecto.

—No fue así —dijo.

—¿Cómo?

Había fruncido el ceño. Miraba hacia el suelo, con el cuerpo inclinado hacia delante en la silla, mientras intentaba aclarar qué quería decir y qué sentía. Había captado el tono de mi voz, mi reacción desdeñosa a aquella «compenetración» que había logrado con una mujer a la que había contratado por una hora.

—Conectamos.

—Continúa.

Pero parece ser que entonces la atmósfera cambió. Estaban hablando de los ataques —¿de qué otra cosa hablaba todo el mundo?— y quedó claro que ella había pasado por algo mucho peor que él. Estaba muy asustada —dijo Dan. Quería que la ayudara, o al menos que la escuchara y no se limitara a despacharla como si fuera una loca. Era artista. Hacía trabajo de acompañamiento para pagar el alquiler de su ático. Vivía en un edificio a siete manzanas del Trade Center, y desde la azotea había visto estrellarse el primer avión. Lo había oído llegar por el oeste. Hizo mucho ruido hasta un instante antes del impacto. Después todo quedó en silencio y pensó que habían apagado los motores. Dijo que penetró en el edificio como si atravesara papel de seda. El edificio se lo *tragó*, dijo. Y durante todo aquello, durante el impacto, y el silencio, y la conmoción, y el humo, solo pensó en el tipo que había dejado su cama una hora antes para ir a trabajar en la planta 104.

Dan se calló una vez dicho esto. Quería que captara la trascendencia de lo que acababa de contarme. No me hacía falta su silencio solemne para conectar con la experiencia de la mujer; en aquellos días circulaban muchas historias de esa clase y las había oído peores.

Llamó a aquel tipo a su teléfono móvil —su nombre era Jay— dijo— y contestó a la primera señal. Ella estaba al borde de la histeria, pero la voz de él era calmada. Pudo oír el caos de fondo, gritos y estrépito de cristales, y él le dijo que comenzaba a hacer mucho calor y había mucho humo allí dentro. Le preguntó qué les había sucedido y ella se lo dijo, que un avión se había estrellado contra el edificio. Ya lo sabía, al parecer solo quería confirmarlo. Tenían que gritar para hacerse oír, pero aunque era consciente de la enorme magnitud de su apurada situación permanecía tranquilo y calmado, en realidad era *él* quien la consolaba a *ella*. Le dijo que la amaba.

Le dijo que fuera feliz. Luego dijo que tenía que llamar a su padre para despedirse, y la comunicación se cortó.

Desde la azotea pudo ver a hombres y mujeres apiñados en las ventanas abiertas y en las cornisas de las plantas altas de la torre. Pudo ver a gente cayendo. Dijo que se quedó allí en su tejado con el teléfono móvil en la mano y miró hacia la torre ardiendo, tratando de distinguir cuál de aquellas figuras lejanas que caían era su amante.

Todo esto se lo contó a Dan en un tono plano y neutro, sentada con el cuerpo inclinado hacia delante en la cama y mirando por la ventana de tal manera que le ofrecía su perfil, y él estaba acostado en su lado mirándola: dos extraños, recordó que había pensado, los dos buscando socorro en una hora de terrible desolación, y no importaba nada que el pretexto de su encuentro hubiera sido el sexo comercial.

Sin dejar de mirar por la ventana comenzó a hablar de nuevo. Le contó a Dan que aquel día la policía la había evacuado de su edificio y se había instalado en un hotel de la parte alta de la ciudad. Al día siguiente estaba en el metro del East Side. Pensaba en su última conversación con aquel tipo, con Jay, cuando el tren arrancó de Grand Central. La gente que acababa de apearse avanzaba hacia el torniquete, pero una figura permaneció inmóvil en el borde del andén.

Volvió lentamente la cabeza y la miró.

Todo esto lo dijo en voz baja y tranquila, mientras se abrazaba con fuerza las rodillas pero sin ningún otro signo evidente de aflicción. Dio golpes en la ventanilla y corrió hacia atrás por el vagón del metro…

Dan le preguntó si estaba segura de que era él.

Lo miró a la cara entonces, y durante uno o dos segundos —dijo Dan, sus ojos parecieron encenderse como si estuvieran a punto de arder. Luego los dos volvieron a sumirse en la cautela y la opacidad. Pero estaba segura. Lo había visto con toda claridad en aquel breve instante antes de que el tren entrara en el túnel. Dijo que nunca olvidaría la expresión de su rostro. ¿Cuál era la expresión de su rostro? De dolor. Dolor y pena. Dolor y pena y pesar y pérdida y rabia. Una rabia terrible y tristísima, que no iba dirigida contra los hombres que lo habían asesinado, sino contra ella.

Pobre Danny. Otra vez con el agua al cuello. Una breve sonrisa

compungida mientras se pasaba la mano por el cráneo y yo lo miraba fijamente, pensando, este pobre hombre herido que se pierde en los problemas de otros para olvidar los suyos, ¿ahora qué habrá hecho? ¿En qué se habrá metido ahora?

—Continúa —dije.

Ella le contó que después de aquello había pasado varios días en Grand Central, buscándolo, y no me resultó difícil imaginar a aquella criatura afligida moviéndose entre el gentío de viajeros, mirando de hito en hito los rostros de hombres con prisa, abordando a extraños absolutos, enseñándoles una fotografía. Después de los atentados hubo mucha gente en la ciudad que se negó a abandonar la esperanza y continuó buscando a los seres queridos que habían perdido a pesar de las pruebas abrumadoras de que sus seres queridos ya no estaban. Dan lo sabía, y le preguntó qué pensaba que le habría dicho el tal Jay si lo hubiera encontrado en Grand Central. Se inclinó hacia él —dijo, con una mano extendida sobre la almohada y la sábana resbalándole sobre los pechos, y su respuesta— dijo, le partió el alma.

—No lo sé. Pero ahora me odia.

Había visto estrellarse el avión contra la torre y no había hecho nada para salvarlo. ¿Qué podía haber hecho? Nada, por supuesto, pero lo que despertó la compasión de Dan fue que se sintiera responsable de su muerte. Y comprendió que el hombre muerto, o la proyección que ella hacía de él, mejor dicho, de aquel, ¿qué?, ¿fantasma?, no se limitaba a aparecer en la periferia de su conciencia, sino que podía causar estados de sentimiento que la afectaban directamente. Él sabía hacerlo.

Me dedico a la práctica clínica en Nueva York desde hace muchos años, y no era la primera vez que me encontraba con esto. En realidad no es infrecuente la convicción de que un ser querido que ha muerto hace poco nos hace reproches. Está en función de la culpa no resuelta, y en los casos agudos puede presentar rasgos de psicosis, como aparentemente los había aquí. Podía haberla puesto en orden en un par de sesiones, eso no suponía un gran problema, psiquiatría rutinaria; pero en lo que se refiere a Danny, que era, al fin y al cabo, mi preocupación primordial, la situación era un poco más complicada. Había observado el sufrimiento de una mujer a la que había contratado para el sexo y se había visto afectado por ello, me refiero a su aflicción, por haber visto lo que tomó por el fantasma de su

amante muerto en una estación de metro en el centro de Manhattan. Se le había pedido compasión y la había dado; había podido ayudar a un ser más vulnerable y necesitado que él, y ese era el origen de la «compenetración». Eso fue lo que le causó la sensación de conexión. Era un cimiento endeble sobre el que edificar.

—Dan, ¿estaba «trabajando» cuando quedaba con ese hombre?

—No lo sé. ¿Es importante?

Es importante. No dije nada. Nos quedamos sentados en silencio. Tomé nota de este último diálogo; me decía mucho. Entonces pensé en que Dan contrataba a una señorita de compañía por una hora, y después tenía que pagar a su psiquiatra por otra hora para que lo ayudara a entender la experiencia; ¡no era nada sin intermediarios! Después me contó que el lunes por la mañana se despertó profundamente deprimido. Debía de ser el 17 de septiembre. Había pensado en ella durante todo el fin de semana. Era otro de esos días claros y sin una nube, el cielo azul intenso, y una luz violenta del Atlántico parecía decolorar cada edificio y cada rostro que veía en la calle hasta un estado de limpidez absoluta y desnuda. Fue caminando hasta su despacho de abogado, que estaba en Broadway nada más pasar Canal. En el centro de la isla todo era ajetreo y bullicio, el tráfico atronaba y despedía gases, un día en apariencia normal en Nueva York: gente que acudía a su trabajo, que seguía adelante con su vida, que afirmaba con rotundidad que no se postraba ante la conmoción y el dolor; los neoyorquinos somos una raza dura, dotada de capacidad de recuperación, pero cuanto más al sur llegaba la ciudad se volvía más irreal. Había soldados en las calles y policías por todas partes. Soldados de la Guardia Nacional. Vehículos de emergencia, controles, registros. El humo ascendía desde las torres caídas y el aire olía muy mal. Mucha gente llevaba mascarillas, lo que aumentaba la sensación surrealista.

La sala de espera de su despacho estaba abarrotada de gente desdichada. Dan y su socio trabajaban *pro bono* para los residentes de la parte baja de la ciudad que necesitaban ayuda en problemas jurídicos derivados de los ataques. La primera que entró en su despacho fue una mujer que vivía en Battery Park y quería organizar las exequias por el esposo que había perdido. Quería dar por cerrado el asunto —dijo, por sus hijos y por ella. ¿Pero cómo podía organizar un funeral si no tenía cadáver? Luego rompió a llorar, lloró de modo incontrolable, y Dan tuvo que salir de detrás de su

escritorio para consolarla. Trabajó sin descanso y a las ocho de esa tarde estaba agotado. Lo único que había comido en todo el día era un bagel. Pensó que había terminado. Se había servido ya una segunda copa de vino y había puesto los pies encima de la mesa cuando llamaron a la puerta. Cruzó cansinamente el despacho y abrió la puerta. Era ella. La prostituta.

Ella se sorprendió tanto como él. Se quedaron un instante en la puerta sin saber qué hacer, y luego le hizo pasar al despacho y cerró la puerta. Cuando le tocó la cara con las manos Dan sintió enseguida una fuerte excitación. Al mismo tiempo quería decirle que tendría que derivarla a su socio, pero su tacto era como una corriente eléctrica —dijo, y ciertas estructuras de inhibición en su interior se habían debilitado a causa de la fatiga, la tensión y el vino que había bebido, y ahora con los dedos de aquella mujer en su cara sabía lo que estaba a punto de pasar y no hizo nada para impedir que sucediera sino que aceptó la inevitabilidad de que sucediera y declinó toda responsabilidad. Esta vez no hubo nada de clínico, sino más bien la pasión rápida y cierta de dos adultos con ansia de penetración física sin dilación. Fue así como sucedió, tal como me lo describió, allí en el sofá de su despacho, ella con la falda levantada hasta las caderas y él con los pantalones por las rodillas, y la ternura no intervino para nada. Pero esta vez— dijo, no fue frío.

Me ofreció al decir esto su expresión levemente canina, receloso y vacilante pero al mismo tiempo satisfecho de sí mismo. La culpa sexual y la evasión sexual habían contribuido en gran medida a exacerbar sus problemas con su madre. Animarlo a hablar sin rodeos de su vida sexual parecía ayudarlo.

—Continúa —dije.

Cuando terminaron ella se sentó en el sofá y, dándole la espalda, se estiró la falda. Sin decir palabra cruzó el despacho y desapareció en el cuarto de baño.

Más tarde abrieron otra botella de vino. No era una decisión sensata para un hombre con el estómago vacío y que en realidad no tenía costumbre de consumir alcohol, y así se lo dije. Le dije que estaba preocupada ahora. Parecía haber emprendido una trayectoria temeraria con aquella mujer, y admitió que era cierto. También estaba la vertiente ética del asunto, que era algo que le preocupaba de forma considerable. Es cierto que hablaron de las dificultades jurídicas de ella —dijo, toda aquella ceniza y el polvo en su ático, el gasto que representaba vivir en un hotel y el casero que exigía el pago completo del alquiler aunque ella no podía volver a entrar en el

edificio, en todo lo cual le dijo que podría ayudarla.

—Estás intentando trasladar la relación a una base profesional, dije.

Dan pareció avergonzado. No exactamente. Volvieron a su apartamento y la convenció de que se quedara a pasar la noche. Pensaba que se estaba enamorando. Pensaba que en cierto modo era un gran avance para él.

Dejé correr aquello en silencio. Durmieron unas pocas horas. Por la mañana —otro de esos días hermosos y claros que parecían burlarse de todos nosotros, cuando la oscuridad, las nieblas, incluso los temporales de lluvias, habrían aliviado un tanto a la ciudad de los duros contornos de una realidad física insoportable— ella se envolvió en la bata de Dan y salió al balcón desde donde él había visto arder las torres. La oyó gritar.

—¿Qué te pasa? —exclamó.

Saltó de la cama y la encontró mirando fijamente hacia la calle. Se volvió hacia él, tapándose la boca con la mano abierta.

—Debe de haber estado ahí abajo toda la noche —susurró.

—¿Quién?

—*Él*. Jay.

Y entonces —dijo Dan, se sintió como si se hubiera estrellado contra el suelo. De pronto se sintió abatido y cansado y aburrido. Solo podía ver la calle vacía, y el cielo vacío donde deberían estar las torres. Aquel cielo vacío lo deprimía terriblemente.

—Ahí no hay nada —dijo, en un tono, según ella le diría después, de indiferencia.

—Oh, Dan, murmuré.

No era la primera vez que le oía contar esa historia, o variaciones sobre ella. Era el viejo terror. Dan no había cambiado. Era así como terminaba por echarlas a todas. No había sido capaz de reprimir el arrebato de mala fe —sofocado al cabo de un momento, pero un hecho real, no obstante— y la mujer se había dado cuenta desde el instante mismo en que se apartaba llena de aflicción por lo que hubiera visto en la calle. Había visto cerrarse la puerta tras ella y el asco hacia sí mismo se había acrecentado en su interior…

Ahora estaba sentado en mi sala de estar mientras caía la noche, y sus anchos hombros se movían en la penumbra. Lo interrumpí en este punto.

Solo tenía una pregunta que hacerle.

—¿Quieres que la conozca, Daniel? No me contestes ahora. Piénsalo.

El grandullón se levantó de su butaca y lo acompañé hasta el ascensor. Mientras las puertas se cerraban no dejó de mirarme, y su cara estaba llena de preguntas. Asentí, sonreí, quise tranquilizarlo. Pero no estaba ni mucho menos contenta con esa relación. Dan creía que se estaba enamorando, y puede que estuviera en lo cierto, pero se estaba enamorando de una prostituta. No era apropiado para un hombre que, en términos emocionales, solo estaba empezando a aprender a caminar. Tenía que verla.

Esa misma noche pasé a limpio mis notas de la sesión. Escribí que el impacto de los ataques terroristas sobre la psique de Dan había sido tan destructivo, que en realidad le había hecho retroceder a una etapa más primitiva de la organización libidinal. No se trataba solo de que comprara sexo, sino que estaba comprando una suerte de intimidad emocional espuria con una mujer que estaba más herida que él, y confundiendo el consuelo que le daba con amor; una mujer; además, que vivía tan cerca del Trade Center que había visto a la gente caer y estaba traumatizada por la experiencia. Yo no había visitado todavía la Zona Cero, pero me pareció que no podía seguir aplazándolo.

Bajé esa noche, tarde, pues no deseaba encontrarme en medio de una muchedumbre de morbosos. Dije al taxista que fuera por la Séptima Avenida hasta Varick. En Canal nos dio el alto un soldado que me hizo unas preguntas y nos dejó continuar. A lo largo de varias manzanas las calles estaban oscuras y vacías. Me bajé en Worth y enseguida noté un olor acre y de humo, cuyo origen había sido evidente en los últimos minutos de mi trayecto en el taxi. Al sur la noche estaba iluminada por una potente luz artificial, de color azul pálido lechoso y enmarcada por altos edificios que le cerraban el paso y creaban la sensación de estar en un plató de cine durante un rodaje nocturno. El humo ascendía atravesando esta luz extraña y pude ver grúas en movimiento.

Me dirigí hacia el sur por West Broadway, que estaba desierto. De pronto un grupo de hombres con casco surgió del humo, técnicos en conducciones o soldadores, o tal vez ingenieros, que salían del horror humeante cubiertos de polvo y ceniza. Parecían agotados. Caminé después hacia el este por Chambers, muy impresionada, pero decidida a acercarme todo lo que pudiera. Vi las luces giratorias de los vehículos de emergencia y

oí las sirenas y el constante zumbido de fondo de pesados generadores. También había otro sonido, un estruendo y un sonido metálico y un traqueteo constante, el sonido de la demolición y la limpieza, gigantescas retroexcavadoras y excavadoras diésel con enormes palas y brazos hidráulicos recogiendo escombros y cargándolos en camiones: los grandes zapadores.

Llegué a Broadway y bajé en dirección sur hacia la zona. Enfrente del City Hall la compañía telefónica estaba levantando la calle. Pasó un camión del servicio de limpiezas, con sus luces amarillas intermitentes, rociando con agua para que no se levantara el polvo.

Más barreras, los familiares caballetes del departamento de Policía de Nueva York, pintados de azul, con letras rotuladas con plantillas, familiares por mil cierres de calles por un motivo u otro. Había policías guarneciendo las barreras y hablando con los pocos visitantes que aún andaban por allí a horas tan tardías. No muy lejos del puente de Brooklyn llegué a la altura de las ruinas. Todo lo que antes era familiar me resultaba extraño ahora, y no era fácil saber qué estaba mirando. Al fondo de una calle lateral —¿era Fulton, o John?— vi un edificio alto abierto en canal, con las entrañas al aire y las tripas derramándose, retorcido hasta quedar irreconocible y crudamente iluminado por aquella luz azul sobrenatural; al verlo desperté visceralmente a la magnitud de la violencia que había tenido lugar en este lugar. Cuando las torres cayeron, haciendo tirabuzones al derrumbarse sobre sí mismas, escupieron vigas de acero que desgarraron los muros de los edificios colindantes, y lo que ahora veía era la prueba material de fuerzas de un poder destructor casi inimaginable.

En Liberty Street, con el alma enferma, no pude seguir más allá. Me quedé detrás de una barrera policial entre una pequeña multitud silenciosa y miré hacia lo que quedaba de la torre sur. Gracias al resplandor de los focos vi secciones reticuladas de la torre sobresaliendo de gigantescos montones de escombros humeantes, desviados de la vertical como las tumbas del cercano cementerio de la iglesia de la Trinidad. Aquellos fragmentos monumentales de las columnas revestidas de aluminio de las torres con sus esbeltos arcos góticos eran todo lo que quedaba en pie, y me sentí como si contemplase las ruinas de una inmensa catedral modernista. La destrucción apestaba a odio y maldad, y apestaba, también, literalmente, a muerte. Soy psiquiatra. No creo en el mal, creo que el origen de toda experiencia humana puede buscarse en la impronta que acontecimientos anteriores han dejado en la mente…

Salvo esto. Mientras emprendía el camino de regreso a la parte alta de la ciudad traté de encontrar algunos parámetros mentales para construir una estructura que pudiera explicar por qué aquellos hombres habían hecho lo que nos habían hecho. A *nosotros*. Pero no pude, y de pronto noté algo que era, para mí, una emoción muy poco común, sentí *rabia*, esa rabia ciega, primitiva y destructora que me figuro que llevó a esos hombres a atacarnos como lo hicieron.

Dan y yo volvimos a vernos cuatro días después, el 3 de octubre. No había sido fácil para ninguno de los dos. No se habían producido más ataques terroristas, pero el sufrimiento de Nueva York se acentuaba ahora por el miedo a ataques biológicos. Al parecer nuestro abastecimiento de agua era vulnerable a una contaminación deliberada, de hecho corrían rumores de que ya había sido emponzoñado, y en consecuencia mucha gente en la ciudad, y yo entre ella, solo bebía ahora agua embotellada. La gente de Bush aseguraba que estaba trabajando para reforzar nuestras «biodefensas», y que se estaba haciendo acopio de vacunas contra la viruela, unos cuarenta millones de dosis. Quiénes serían los cuarenta millones de afortunados, cabía preguntarse. No era tranquilizador enterarse deque nuestros médicos no estaban adiestrados para reconocer los síntomas de la viruela, el botulismo o la peste bubónica, aunque obtenían mejores resultados en la identificación del ántrax, pues ya teníamos al menos dos casos confirmados en Florida, uno mortal. Quiere decirse que a las diversas aflicciones psíquicas que se habían presentado como consecuencia de los ataques, y con ello me refiero a sentimientos de pavor y ansiedad, pesadillas, *flashbacks*, trastornos del sueño —sexo catastrófico y falsas ilusiones de amor — se añadían ahora la paranoia y el terror. Y además estábamos en guerra. Había tropas sobre el terreno en Afganistán.

Hablamos de todo esto. Dan mencionó la sensación de cruda incredulidad que a menudo le sorprendía, en aquellos días extraños de finales de septiembre y principios de octubre —¿puede ser esto realidad?, ¿realidad en América?— como si —dijo, estuviera mirando por la ventanilla de una nave espacial hacia un mundo totalmente extraño, totalmente distinto del mundo del que procedía; pero entonces descubría que sus pensamientos regresaban, incapaz de concentrarse en lo que su ciudad y su país eran ahora, en el estado igualmente desconcertante de su corazón: en el hecho de que se estaba enamorando de una mujer a la que no había

comenzado a entender.

—No, dije, para eso es para lo que me necesitas.

En el torbellino de su felicidad recién descubierta me regaló una de sus contadas sonrisas, su cara se le escindió de una manera destartalada, de tal modo que la mitad quedó retorcida y arrugada en el lado de la boca que tiraba hacia arriba, y la otra mitad tirante en el lado que bajaba. Resultaba cómico y atractivo, y pensé: en este momento es un niño. En este momento ha recuperado el aspecto infantil de su naturaleza. Como si nunca lo hubieran marcado, insensibilizado y endurecido, al menos no en los niveles más profundos. Pero yo sabía que aquel torrente de sentimiento superficial no hacía sino ocultar el daño que habría sufrido, y que lo que experimentaba no era más que la breve euforia de una falsa liberación de estructuras fóbicas muy bien engastadas por su madre.

Pero no dije nada de todo eso. Le pedí que me contara lo que había sucedido a continuación. Después de que la alejara con su indiferencia.

Llamó a su hotel varias veces —dijo. Siempre dejaba un mensaje pero ella nunca le devolvió las llamadas. Cuando finalmente fue al hotel, a esperarla allí, toda la noche si era necesario, le dijeron que se había marchado a su casa. Dijo a la recepcionista que era su abogado y le enseñó una tarjeta. Dijo que tenía que ponerse en contacto con ella con urgencia, y le dio la dirección.

—¿Estabas dispuesto a quedarte allí sentado toda la noche? —dije.

—Sí.

—¿Y si hubiera estado trabajando?

—No me importaba. Tenía que verla.

Era la primera ocasión en que veía algo parecido en Dan. Nunca había intentado localizar *otra vez* a una mujer, cuando ya había sentido el impulso de huir. El día siguiente salió de su despacho a las seis y se dirigió a pie hacia el oeste cruzando Tribeca hasta Duane Square. El estruendo amortiguado de la maquinaria pesada resonaba y retumbaba desde la Zona Cero. Pasó un camión con secciones torcidas de vigas de acero atadas. Encontró su edificio y pulsó el botón del portero automático. Pasó un tiempo que le pareció muy largo hasta que ella contestó.

—¿Quién es?

—Soy yo. Dan.

—Ahora bajo.

Se oyó un sonoro chasquido y abrió la pesada puerta industrial. Un lóbrego vestíbulo con las paredes pintadas de gris, una hilera de buzones. A su izquierda la puerta metálica oxidada de un montacargas. Dan pudo oír cómo descendía lentamente, los sonidos extrañamente terribles del metal tembloroso y el chirriar de los cables. Ella abrió la pesada puerta y él entró. La palanca de mando era de latón y parecía haber sido sacada directamente de un remolcador del río Hudson. Mientras volvían traqueteando a la parte alta del edificio la mujer mantuvo una expresión imperturbable en la gran jaula llena de polvo y Dan no dijo nada, pensando: al menos estoy dentro. La camiseta y los tejanos de ella estaban cubiertos de ceniza. Tenía el cabello recogido con un pañuelo rojo y el sudor le corría a chorros por la cara. Llevaba una mascarilla sucia colgada del cuello con una goma fina. Estaba sucia y —por eso— dijo— le resultaba más deseable que nunca. Después de una eternidad en silencio el elevador se paró con una sacudida y ella abrió la puerta y entró en el ático.

Todos los muebles estaban agrupados en un extremo para poder limpiar a fondo el suelo y las paredes.

En el otro extremo, más allá de la zona despejada de muebles, había una puerta abierta y vio un caballete con un lienzo alto y estrecho sujeto con abrazaderas. También tenía una gruesa capa de ceniza. Las ventanas que daban a la calle estaban abiertas pero el aire en el interior del ático estaba lleno de polvo fino. Motas blancas se movían entre los rayos de luz inclinados del cálido sol del atardecer. El olor que llegaba de la Zona Cero era nauseabundo, y Dan se preguntó qué era exactamente lo que estaba inhalando. Ella se había quedado junto a la puerta y lo miraba, y él le devolvió la mirada, y hubo —dijo, una profunda conexión sin palabras; y entonces ella se echó en sus brazos. Él sabía que todo iba a salir bien. Cuando finalmente se separaron ella le puso las manos en los hombros y lo miró con cariñoso regocijo.

—¿Quieres beber algo?

Preguntó qué estaba tomando y ella contestó que *gin* tonic. Pidió lo mismo. La observó mientras cortaba rodajas de un limón en la encimera. La muesca del cuchillo en la tabla. Y entonces, de repente, como si hubiera oído que la llamaban por su nombre, levantó la cabeza, dejó el cuchillo y miró por la ventana. Dan dijo que por alguna razón pensó en una masa de agua, una súbita ráfaga de viento, nubes pasando por delante del sol; para él ella era siempre de alguna manera primaria. Se volvió hacia él. Se había puesto pálida. Se mordía los nudillos. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Estoy muy asustada.

Dan le sostuvo la mirada.

—¿Me ayudarás?

—Lo intentaré.

Hizo una pausa. Dan tenía la costumbre, cuando ponía en orden sus pensamientos, de formar un ángulo con los dedos y apoyar la cabeza en él. Yo había comenzado a pensar que aquella mujer a la que decía amar estaba en el límite de lo esquizoide, desde luego había habido suficientes accesos psicóticos para justificar ese diagnóstico provisional. Lo que le dijo a continuación disipó todas mis dudas.

—¿Recuerdas la mañana en que las torres cayeron, recuerdas que pensaste esto no es real pero lo estoy viendo?

—Sí.

—Eso es lo que me pasa una y otra vez ahora. Él no es real, pero lo veo.

Él no es real, pero lo veo: ¡qué profusión de patologías escondían esas siete palabras!

—Dan —dije, y esto era algo en lo que había sido reacia a presionarlo hasta entonces, pero ahora pensé que debía hacerlo— Dan, ¿no crees que debería verla?

Pero me cortó en seco. Era imposible. Ya se lo había insinuado y ella le había dicho que no. Se mantuvo firme en su decisión. Tal y como me temía.

—Entonces deja que le eche un vistazo por lo menos. En un café o algo así. Un lugar público.

—¿Por qué?

—Necesito ver su cara, Dan. Hablamos de ella, me formo impresiones a partir de lo que me cuentas sobre ella, pero me resulta difícil saber con qué estoy lidiando.

—Soy yo quien está lidiando con ella —dijo, y pude ver hasta qué punto lo incomodaba la idea de la vigilancia secreta; al fin y al cabo, aquel hombre se había forjado una carrera a partir de los abusos contra los derechos civiles. Pero comprendí que había algo más, aún más profundo: el hecho de que tenía miedo de ella.

—No se enterará —dije.

—Podría enterarse.

—¿Y qué pasaría entonces?

Pero eso ni se contemplaba. Negó con la cabeza. No había nada más que decir. Muy bien, yo tampoco diría nada. Así que un punto muerto.

Pero hacía mucho tiempo que nos conocíamos. Ahora sí lo presioné.

—Daniel —dije, empleando cierto tono de voz que él conocía bien. Hubo una breve pausa.

—¡De acuerdo! ¡Por el amor de Dios! Hay un local en West Broadway, cerca del metro.

Me dijo el nombre del restaurante. Añadió que quedaría allí con ella para tomar un café por la mañana si podía escaparse del despacho.

Así que al día siguiente me encontraba otra vez a unas manzanas de la Zona Cero. El cielo estaba despejado, el aire templado, un día precioso, cualquier otro octubre. Pero volví a oler el fétido hedor acre de las ruinas, que ahora me pareció menos nocivo para los pulmones que para el alma, pues más que ninguna otra cosa transportaba emanaciones del mal que había creado. Había bomberos en las calles de Tribeca y también en el restaurante, un local de moda con barra de zinc y comedor al fondo y unas pocas mesas en la parte delantera bajo una pared con espejos donde habían escrito los platos del día con algo que parecía lápiz de labios. Los bomberos estaban sentados tomando el desayuno: los trabajadores de la zona afectada comían gratis en todos los restaurantes de la parte baja de la ciudad; se había publicado un artículo sobre el tema en el *Times*. Habrían estado fuera de lugar cualquier otro octubre. Me senté y pedí un café. Unos minutos más tarde los bomberos se marcharon. Eran las 10.40 y no había ni rastro de ellos. Decidí esperar hasta las 11.

Entraron a menos cinco. Ella era más pequeña que como la había imaginado, aunque por lo demás se ajustaba a la descripción de Dan. Pero nunca había mencionado algo que yo habría considerado una característica ciertamente significativa de la mujer: era china. O asiática, en cualquier caso. No era una belleza, pero sí desde luego felina, con la cara pequeña con forma de corazón bajo un casco lacio y brillante de pelo negro, como si acabara de salir de la ducha. Se desenvolvía con cierta arrogancia, y también había crueldad, algo duro y oscuro; era como una piedra negra, una piedrecita de azabache bruñido. Vestía una camiseta negra debajo de una chaqueta vaquera y una falda corta negra. Era esbelta, segura de sí misma, perfecta de facciones y cutis, y cuando el camarero salió de detrás de la barra con los menús en la mano pasó junto a él sin el menor amago de darse por aludida. Caí en la cuenta de que no sabía cómo se llamaba.

Dan la siguió hasta el restaurante dando muestras de una gran incomodidad. Me miró y pareció, en la compañía de aquella criatura menudita y escurridiza, más oso que hombre. Iba despeinado. Su chaqueta

de cuero negro parecía una cosa informe, poco menos que un saco sobre sus hombros encorvados, su andar era bamboleante. Me vino el pensamiento absurdo de un hombre vacilante en la cubierta de un barco en mar gruesa. Ella se miró en el espejo, y gracias al espejo de la pared de enfrente la vi como es debido por primera vez, y supe lo que era. Entraron en la parte posterior y pude seguir viéndola en el espejo. Dan toqueteaba la carta y hablaba con ella, y ella estaba sentada junto a él en el banco y rebuscaba con delicadeza en el contenido de un bolsito de cuero. Una sola vez la vi levantar la cara hacia la de Dan, y capté un destello de animación en aquellos ojos de gata negra.

Cuando salían encontré lo que había ido a buscar. Se detuvo ante mi mesa.

—Ahora ya sabe cómo es la loca —dijo, en tono un punto despectivo.

Mantuve la calma. Mostré perplejidad encogiéndome levemente de hombros.

—¿Cómo dice?

Me bajé las gafas hasta la punta de la nariz y levanté la vista hacia su carita de mal genio. Vi hasta qué punto estaba furiosa, cerca de la histeria.

—¿Por qué no me deja en paz?

Luego se dirigió al desventurado Daniel.

—Eres un gilipollas, exclamó.

Salió del restaurante con la cabeza en alto, y él salió disparado tras ella sin una sola mirada de reproche. Ninguna manifestación de enojo.

Eso vino después. Puedo asegurar que estaba furioso. ¿Cómo había podido hacer eso? Es más, ¿cómo había podido él dejarme que lo hiciera? Había sido un rotundo fiasco. Un desastre. Era demasiado inteligente para no saber que la estaba escudriñando una extraña, y tras haberlo comprobado para no darse cuenta después de que Dan estaba implicado, ¡qué imbécil había sido! Pero a mí no me interesaba su histrionismo. En qué acabó todo, eso era lo que quería saber. ¿En qué acabó? ¡Vaya! Mirada feroz, torva de unos ojos rebosantes de ira. En que acabó. En que había pasado prácticamente el resto del día intentando que ella lo escuchase.

—¿Escuchase qué, exactamente?

Se puso de inmediato a la defensiva. Dijo algo inaudible.

—¿Daniel?

—¡Mis disculpas! —exclamó. ¡Mis abyectas y sumisas disculpas de

mierda! Tú tampoco saliste muy bien librada.

Pronunció la última frase en tono misterioso, como si al menos le sirviera de consuelo que en su degradación general hubiera desacreditado mi figura ante sus ojos. Le dije que no tenía importancia.

—Tal vez no la tenga para ti.

—Dan, no me dijiste que era china. ¿Cómo se llama?

—¿Te das cuenta de que no me habías preguntado su nombre hasta ahora? Se llama Kim Lee. Y es tan americana como tú y como yo, aunque nunca hubiera pensado que eso había que decirlo.

Y de pronto entendí hasta qué punto estaba subyugado por la mujer, por aquella *Kim Lee*. Había traspasado la línea que separa la obsesión patológica del amor sexual sano, y el disgusto que ella manifestaba lo había arrojado a un estado de terror —terror a la pérdida, al abandono, a la soledad— y yo solo podía imaginar las cosas que debía de haber dicho y hecho para aplacarla. ¿Es que no veía con qué habilidad lo estaban manipulando? Se había negado a dejarle entrar en su edificio. No había descolgado el teléfono cuando la había llamado desde la calle. Había estado deambulando por Duane Square cuando debería haber estado trabajando, abatido, furioso, celoso; esto resultaba irónico, dado que ella estaba ya acosada por un amante que miraba hacia su ventana desde la acera.

Lo interrumpí aquí. Estaba harta de su pataleta.

—¿De quién estás celoso, Dan, de sus otros clientes?

—Sus otros clientes, repitió con amargura. Y añadió: eso ya no lo hace.

—Ah, ya no lo hace. ¿Entonces de quién?

Pero no me dijo nada más, y su negativa fue sorprendente por su estridencia; casi, podría decir, por su pasión. Pero lo que sí aprendí de su arrebato fue que algo había sucedido antes de que conociera a aquella mujer, algo que tenía que ver con el tipo que había muerto en los atentados, el tal Jay, y que había algo más que culpa.

Más tarde, cuando ya se había marchado, descubrí que su estado de ánimo me preocupaba más que antes del encuentro en el restaurante. Me había dicho que Kim Lee no quería que me hablara de ella, en realidad no quería que tuviera que ver nada más conmigo. Al parecer pensaba que yo era malvada y decía que solo quería destruir su relación. Nunca la había visto tan al borde de las lágrimas. Después le había suplicado, diciendo que si la abandonaba estaría perdida. Lo necesitaba. Tampoco era difícil imaginar las zalemas que habrían acompañado a aquella representación. Podía verla en el amplio regazo de Dan, recorriendo su cuerpo con los

dedos, acercando su cara a la suya, clavando en actitud indefensa sus ojos negros en los de Dan mientras movía su cuerpecito de furcia china en su regazo; no, no era difícil saber cómo acabó la conversación.

Había que anotar en el haber de Dan que no la hubiera obedecido, que hubiera venido a verme de todos modos. Dejó claro el riesgo que corría, pues si ella se enteraba —y ya sabía yo— dijo, que había pocas cosas que le pasaran inadvertidas —no volvería a verlo, y en eso había sido al parecer categórica, y Daniel la creía; esta vez sabía que hablaba en serio.

Yo no creía que quisiera decir nada parecido. Para mí seguía sin estar claro qué era lo que quería de él, y quizá tampoco lo estaba para ella, pero de una cosa estaba ya segura: no le dejaría escapar, ahora que había caído en sus garras. Y había otra cosa que me inquietaba, que era la sospecha, o más bien la convicción, de que Dan ocultaba algo. Tenía que ver con el comentario que había dejado escapar acerca de sus celos y con la posterior actitud defensiva con la que se había negado a entrar en detalles. ¿De quién estaba celoso? No del amante muerto, eso por descontado. Equivaldría a sentir celos de un *fantasma*, y aunque esto tiene cabida dentro del ámbito normal de la sexualidad humana, pensé que había algo más. Había algo oscuro, algo invisible, en algún punto del pasado reciente; y pensé que tenía que identificarlo.

Me quedé levantada hasta muy tarde esa noche, y no logré conciliar el sueño hasta más o menos las cinco de la mañana, sin haber resuelto nada en mi mente.

Los bombardeos continúan en Afganistán mientras en América estamos en situación de ataque bioterrorista. A ocho personas se les ha diagnosticado ya ántrax por inhalación y tres de ellas han muerto. Llega por correo, o eso se creía hasta que cayó enferma una mujer que no manipulaba profesionalmente la correspondencia y que ahora se debate entre la vida y la muerte en la unidad de cuidados intensivos de un hospital de Manhattan; se desconoce el origen del ántrax que se ha metido en lo más profundo de sus pulmones. El gobierno nos advierte de que se espera otro ataque terrorista y que debemos mantenernos en estado de máxima alerta. ¿Pero alerta ante qué? No se nos dice nada más.

Han surgido episodios de locura periférica, fragmentos aleatorios de maldad estimulados al parecer por los ataques, como por ejemplo las muertes en un autobús de Greyhound en Tennessee, cuando un croata que

empuñaba un cuchillo le cortó la garganta al conductor y el autobús cruzó a toda velocidad dos carriles de tráfico en sentido contrario y después volcó, causando seis víctimas mortales. Han detenido a un hombre árabe que se inscribió en una escuela de vuelo de Minnesota y despertó sospechas cuando expresó el deseo de aprender a pilotar grandes reactores comerciales pero al parecer no mostró el menor interés en el despegue y el aterrizaje. Ahora vemos cosas así todos los días. Leo mi periódico; los neoyorquinos expresan su opinión: «Nada parece normal». «Mi vida está arruinada». «Es el fin del mundo». Dan me cuenta a qué se dedica la gente de John Ashcroft, los perfiles étnicos, las redadas de cuantos hombres originarios del Cercano Oriente o del norte de África pueden encontrar. La suspensión del proceso debido, el retroceso sistemático de las libertades americanas tradicionales…

No se lo digo, pero empiezo a pensar que John Ashcroft tiene razón.

A estas alturas Daniel tenía una obsesión patológica con su prostituta china, y comprendí lo difícil que sería hacerle hablar de lo que había sucedido antes de que la conociera; es decir, antes del 11 de septiembre, una fecha que se estaba convirtiendo rápidamente en un momento decisivo de nuestras vidas, una línea de demarcación, o más bien un momento antes del cual el mundo parecía refulgir con una pátina de inocencia y claridad y salud. Y después del cual todo parecía oscuro, atormentado e incomprensible, y solo traía presagios de una oscuridad mayor en el futuro. Ante este telón de fondo negro y cambiante se escenificaba la aventura de Dan con aquella mujer, y no pude menos de recordar una imagen que había visto en una ocasión de dos actores que representaban un drama de frenética complejidad delante de una pantalla en la que se proyectaban figuras-sombras enormes e indistintas que representaban oscuras acciones destructivas que reflejaban y al mismo tiempo distorsionaban de modo grotesco la obra que se desarrollaba en el centro del escenario. Lo que yo quería de Dan era esa perspectiva más amplia.

Lo llamé el día siguiente de su última visita pero no estaba en casa. Tampoco estaba en su despacho. No dejé mensaje, pero seguí llamándolo cada hora hasta que por fin di con él, y en ese momento era ya avanzada la noche.

Lo que sucedió después fue una de las conversaciones más duras que he mantenido nunca con él. Enseguida noté la resistencia en su voz, su falta de disposición incluso para hablar conmigo por teléfono, tan seria era la alarma que le había provocado la exigencia de Kim Lee de que no tuviera que ver

nada más conmigo. Durante unos minutos se mostró cortante y circunspecto, y tuve que ser bastante seca con él. ¿Necesita o no necesitaba mi ayuda? ¿Debía suponer que quería que interrumpiera la terapia y lo dejara dando tumbos sin ayuda en el atolladero de falsas ilusiones en que ahora se encontraba? ¿Quería ir por su cuenta?

Sentía en su fuero interno, podía oírlo, el impulso de gritar —¡sí!, ¡sí!, quiero ir por mi cuenta; no me importa lo que me suceda; no me importa hundirme, déjame caer, deja que me vaya a pique sin pensar en las consecuencias, sin importar el daño que me haga— pero los dos comprendimos el infantilismo de ese impulso. Una especie de infantilismo suicida, un abrazo primario e irreflexivo del instinto de muerte, eso es lo que oí despertarse en su interior mientras le explicaba en detalle las alternativas que se le ofrecían y el ultimátum implícito que contenían. No exteriorizó el impulso. Es lo menos que se puede decir de alguien con formación jurídica, que un a modo de filtro profesional criba efectivamente nuestros impulsos, nuestras emociones —nuestras falsas ilusiones— para que no lleguemos a ser esclavos absolutos de fuerzas patológicas que tienen su origen en la mente inconsciente. Conocía a mi hombre. Sabía cómo eran esas fuerzas según se manifestaban en él por aquel entonces, al estar alimentadas e impulsadas por una intensa intoxicación sexual. No me podía abandonar: abandonarme sería quedar a la deriva en mares embravecidos sin balsa, sin más chaleco salvavidas que su propia psique confusa y frágil. No podía hacerlo. Era una locura incluso considerarlo, aunque él lo consideraba.

—¿De qué tenemos que hablar? —dijo cansinamente.

Le dije que teníamos que hablar del hombre que había muerto en la torre norte, y en el mismo tono cansino contestó que suponía que tenía razón. Le dije que debíamos hacerlo ahora, y volvió a asentir, y me sorprendió descubrir que no le quedaba la más mínima resistencia. Pero cuando le pregunté si venía él aquí o tenía que ir yo a su casa, respondió con una presteza y un afecto que no observaba en él desde hacía mucho tiempo que por el amor de Dios, no, no podía obligarme a ir a su apartamento; vendría él, claro que vendría.

—Entonces hasta dentro de un rato.

Colgué el teléfono con la sensación de que seguía teniendo la situación bajo control. Pero no podía relajar la vigilancia. Me dio la sensación de que estaba inmersa en un conflicto irreversible con la prostituta Kim Lee, cuyo premio era la cordura de Danny Silver.

Estábamos en mi apartamento y le había dicho que tenía la certeza de que me ocultaba información, y le pregunté cómo esperaba que lo ayudara si no sabía lo que estaba pasando. Fui bastante severa con él. Vi cómo se pasaba la manaza por la cara, se tocaba los curtidos pliegues de piel con restos de barba —se había quitado las gafas— y se pasaba la mano por el cráneo mientras sus ojos vagaban con la mirada perdida hacia un lugar, para mí, inaccesible de su mente. Se inclinó hacia delante en su asiento y clavó la vista en el suelo, mientras una mano grande de dedos regordetes seguía frotando la coronilla, los codos apoyados con fuerza en las rodillas y los pies separados sobre la alfombra; el conjunto era un monumento a la solidez aunque allí no había nada sólido ni por asomo. Con la precisión comprimida de una mente experimentada en el derecho me refirió los hechos del caso.

La aventura con Jay comenzó en junio —dijo. En el verano de 2001, tres meses antes de que él, Dan, la conociera, por lo que todo lo que sabía al respecto era lo que ella le había contado; y en cuanto a la fiabilidad de *esa* información yo era naturalmente escéptica. Pero no se lo dije, le dije que continuase, pues pensaba que al menos podría escoger los elementos básicos del asunto y superponer mi propia construcción interpretativa. Y confiaba en que mi interpretación estuviera mucho más cerca de la realidad de los hechos que narraba que cualquier significado que aquella mujer pudiera atribuirles.

Le había contado a Dan que se había ligado a aquel tipo bien parecido en la inauguración de una galería en Chelsea. Se llamaba Jay Minkoff, y al parecer era hijo de un importante banquero y filántropo neoyorquino. Los detalles fueron escasos, pero me figuré que no era un episodio sobre el que Dan estuviera deseoso de conocer gran cosa, dados sus sentimientos por Kim Lee; pero me sorprendió. Comenzó a animarse y me di cuenta de que se había implicado tanto emocionalmente con la mujer que hablaba de su experiencia con la misma intensidad que podía haber empleado para hablar de su piel, o de sus pechos, o del sonido de su voz; y el hecho de que tuviera que ver con su anterior amante no tenía la menor importancia. Lo que importaba era que todo aquello era *de ella*. De modo que le producía un placer indirecto aquella —¿qué?— nostalgia refractada, hablar de la vida emocional de la mujer que amaba aun cuando fueran las emociones que ella había sentido por otro hombre.

—Era un chico rico, un poco pijo, y aunque en realidad a ella no le gustaban los tíos así, en cualquier caso era la clase de tío en quien ella creía que podía confiar. Un tío encantador. Además era muy bueno en la intimidad. Ella piensa que lo que queremos es la intimidad. Es la parte mejor del amor. O puede que la parte mejor del amor sea la pasión. ¿Es la pasión o la intimidad?

—Limítate a contar la historia, Daniel.

Aprendía deprisa, desde luego. Pero aquel no era mi Dan. Oía a la prostituta china en cada palabra que pronunciaba. Continuó con la historia. Al parecer fue descarada al abordarlo. Le dijo en medio de una abarrotada inauguración artística que lo iba a llevar a su casa para enseñarle sus obras. Él dijo que le gustaría verlas. A ella le gustaría enseñárselas —dijo, enseñar sus obras le producía casi tanto placer como el sexo.

Le preguntó si era siempre tan directa, y ella le contestó que había llegado a una edad en la que no tenía sentido ser otra cosa que directa. Cuál era esa edad, le preguntó, y ella le dijo cuántos años tenía, así que ahora al menos podían dejar eso a un lado. Ella tenía dieciséis años más que él. No perdieron el tiempo porque había una gran dosis de lo que ella llamó «cama en el aire». Salieron de la inauguración y tomaron un taxi hacia la parte baja de la ciudad.

La cama fue… satisfactoria —dijo Kim Lee, respondiendo a la cautelosa indagación de Dan. Por la mañana Jay tuvo que marcharse temprano para ir a trabajar, y ella no sabía si volvería a verlo. Negociaba en futuros, al parecer. Futuros.

Dan negó con la cabeza ante aquella triste ironía.

—Parece que le has tomado cariño a ese tipo —dije.

—¡No llegué a conocerlo!

—Ya lo sé. Continúa.

Al parecer después de la respuesta inicial bastante perezosa y totalmente física de Kim Lee a aquel hombre encantador con su trabajo de altos vuelos en una agencia de corredores de bolsa y su interés por el arte, la relación se volvió seria.

Un leve titubeo al llegar a este punto. Una nueva carga de sentimiento en el tono de Dan. Otra vez los dedos formando un ángulo, el ceño fruncido, los pocos segundos de silencio mientras ponía en orden sus pensamientos.

—¿Se enamoró de él? —dije.

Se quedó callado. Aquello era difícil para él. Más masajes en la frente

con los dedos.

—Al principio no.

Pero después sí. Era difícil saber con precisión cuándo sucedió. Otra pausa. Estaba enfadada consigo misma —dijo, pero al mismo tiempo sentía curiosidad por ver si la maquinaria— esa fue la palabra que empleó — seguía funcionando. Y le agradó no estar tan hastiada que enamorarse hubiera dejado de ser una posibilidad.

¿Por qué estaba enfadada consigo misma?

Dijo que era mucho trabajo. Sabía lo que sucedería, sabía que la caída sería dura, siempre le pasaba. Después los agobiaba y se le escapaban. Ese es el problema con los hombres, le dijo a Dan, no ser desleal, aunque lo seas, sino que nos doblegamos.

—¿Nos doblegamos? —había dicho.

Pobre Dan. Él se había doblegado a menudo, tenía graves deficiencias estructurales, y creo que ella lo sabía. No continué con ello; a cambio le pedí que intentara explicar lo que había observado de la capacidad para amar de Kim Lee. Cuando se disponía a contestarme dijo que había una especie de —ferocidad— en ella que había visto despertarse alguna que otra vez, y cuando eso sucedía podía ser tan apasionada y posesiva como cualquier mujer que él hubiera conocido; ¿no había dicho que agobiaba a sus amantes y entonces se le escapaban? Y que ese patrón —los hombres a los que amaba huyendo— le había enseñado a ser cautelosa y distante: todo esto se lo había explicado, al parecer, mientras que él, Dan —dijo, siempre había creído que enamorarse entrañaba la idealización del otro. Kim Lee era incapaz de eso— dijo, pero era más que capaz de luchar por su hombre como una tigresa, y de entregarse sexualmente de tal modo que después de una noche con ella, cualquier hombre…

Se detuvo aquí, consciente de pronto de lo necio que parecía. No dije nada; me limité a mirarlo mientras negaba con la cabeza como si sintiera un leve asco de sí mismo y se pasaba la manaza por el cráneo.

—Como un puto adolescente —dijo entre dientes.

Decidí ser indulgente con él, al menos durante un ratito. Sabía qué clase de mujer era Kim Lee, nunca había albergado la más mínima duda acerca de su verdadera naturaleza. Ese distanciamiento del que Dan hablaba sería desde luego un componente esencial de la estructura de su personalidad, dado que la mujer se ganaba el sustento en gran parte con la prostitución. Era difícil concebir, aunque no se lo dije a Daniel, que una prostituta pudiera llegar a idealizar a un hombre. Una mujer que vendía su cuerpo

tenía que dominar la capacidad de distanciarse, y vería con claridad —si no se anestesiaba— lo que estaba haciendo y con qué tenía que habérselas, a saber, con hombres. Llegaría a ser la juez de hombres más sagaz que pudiera encontrarse. Putas y psiquiatras: ¿quién ve con más claridad las verdaderas formas y sombras de los hombres?

El hecho de que una mujer así se enamorase después de unas cuantas noches de sexo superficial no dejaba de ser una idea que yo contemplaba con cierto escepticismo. Lo que veía, más bien, era un interés personal ilustrado, al estilo americano. Ella era americana o eso había dicho Dan, y ese era el estilo americano. Sabía, desde luego, cómo era la familia del tipo, sabía quién era su padre, y así se lo dije a Dan. Pero no lo asimiló como es debido, estaba pensando en lo que sucedió después; y fue en el curso de esas revelaciones posteriores cuando descubrí qué era exactamente lo que me había estado ocultando y hasta qué punto eran siniestras las circunstancias que rodeaban la aventura de Kim Lee con Jay Minkoff.

Era a finales de agosto y habían asistido a una fiesta en el Guggenheim en la parte alta de la ciudad. Era un anochecer cálido. Estuvieron paseando sin rumbo fijo por espacio de unas cuantas manzanas y él le dijo que se había criado en ese barrio. Le señaló una casa al lado de la Quinta. Estaban parados en la acera y de pronto él se acercó y tocó el timbre.

Los hicieron pasar al estudio de su padre. Un hombre alto y atildado de sesenta años se levantó de su escritorio. Vestía un cárdigan de cachemira, pantalones de pana y zapatos de ante marrones —ella parecía haber grabado en la memoria cada detalle del encuentro— y los saludó encantado. Se llamaba Paul Minkoff. Kim Lee había conocido antes a otros hombres como él, americanos mayores acostumbrados al ejercicio del poder y poseedores de un encanto afectado que en un instante podía convertirse en una autoridad férrea e implacable. Se sentaron en sillones de cuero y bebieron *whisky* escocés de calidad que guardaba en un mueble bar bien surtido. La sala estaba llena de libros. En la pared había cuadros que ella reconoció. Fue sometida a un hábil interrogatorio sobre el arte que creaba, y fue evidente que nada de lo que dijo provocó el interés del viejo. Lo que provocó su interés, sin embargo, fue la mujer. Ella lo notó en la forma en que la miraba, en el tono de voz en que conversaba con ella. Y él supo que ella lo notaba, le dijo ella a Dan, él quería que lo notara, aquellos cumplidos sutiles que le dedicaba, la indirecta y muda insinuación que estaba

haciendo. Pregunté a Dan si el hijo también lo había notado.

—No se dio cuenta hasta que ya se marchaban.

—¿Qué sucedió cuando se marchaban?

—Él le dio su tarjeta. Había hablado de una galería en la calle 57 a la que había proporcionado algún negocio en el pasado. Si quería una presentación él lo haría con mucho gusto, cosas así. Los dos sabían que no iba a suceder.

—¿Qué?

—Que para esa galería ella tuviera el más mínimo interés.

—¿Entonces qué pintaba la tarjeta en todo esto?

—Efectivamente.

—¿Y Jay?

—Dijo que su padre nunca daba su tarjeta de ese modo.

Pensé: el viejo que cree que debe comportarse con una especie de galantería sexual con la mujer de su hijo para demostrar su potencia. Competir en un terreno en el que sospecha que sus poderes podrían fallar en breve. Establecer la dominación.

—¿Guardó la tarjeta?

—Sí.

—¿Por qué?

Esta pregunta era más difícil. Una larga pausa. Me impacienté un poco. Aquel viejo, el padre de su amante, ¿qué sentía por él? Un bufido de desprecio de Dan en este punto.

—Si es que sentía algo —dijo.

Si es que sentía algo. Recuerdo cómo lo dijo, cómo las palabras le salieron a borbotones, como si hubieran estado atrapadas y sometidas a presión durante algún tiempo. Me causó una fuerte impresión. Me animó. Decía mucho del carácter de su encaprichamiento con Kim Lee. Si es que sentía algo. Pensé que por fin yo podía estar haciendo progresos. Y pensé: al menos es lo bastante sincero para reconocer que esa mujer es fría y egoísta, aun cuando este descubrimiento no surta el menor efecto en su estado de embeleso obsesionado. Puede que incluso lo intensifique. El hecho de que ella fuera en cierto modo fundamental inaccesible para él no hacía sino avivar el ya agudo deseo que sentía por ella. Yo sabía que estaba a punto de causarle dolor.

—¿Y quién dio el primer paso?

Levantó la cabeza. Tenía los ojos desorbitados, eran los ojos de un hombre que sale dando tumbos del monte después de estar perdido durante

días.

—Daniel —dije.

—Fue él. Por supuesto.

—Continúa.

La llamó. Al parecer le dijo que si quería que la ayudase lo mejor sería que viera por sí mismo cómo era su arte. Dan dijo en tono cansino que los dos sabían de lo que hablaba. ¿Y cuál había sido la reacción de Kim Lee ante esa proposición? Dan me miró fijamente, y en su voz había más asombro que horror mientras articulaba todo lo que supuso aquella breve llamada telefónica en apariencia inocente y altruista. La insinuación de que él fuera a ver su arte.

—La excitaba.

—¿Te lo dijo ella?

Dan dijo que ella vivía en un punto de equilibrio tal —curiosa elección de palabras, pensé, para designar el vacío emocional de una sociópata—, de equilibrio tal, repitió, poniendo el énfasis en «tal», que un capricho como aquel…

—¿Cómo qué?

—La idea de tirarse al padre —dijo, mientras la amargura y el desdén volvían a aparecer y a ser engullidos, la excitaba. Y nunca la había visto excitada por una idea. Solo por sensaciones físicas.

Nos quedamos en silencio reflexionando sobre ello. Un camión de bomberos pasó en dirección sur por West Side Highway, con la sirena aullando y el claxon bramando. Habían recuperado el cadáver de un bombero en la zona.

—¿Dónde estabais cuando te lo contó?

Estaban en su ático. Era de noche. Ella estaba junto a la ventana, hablándole de los Minkoff, padre e hijo, mirando hacia la calle. Dan se encontraba extrañamente hipnotizado por lo que le estaba contando. En un momento dado se acercó a él, cruzó la habitación en penumbra y agachándose hasta muy cerca sobre su sillón y apoyando las manos en los brazos del sillón, le puso la cara muy cerca, y él percibió de pronto su fragancia; y el deseo que siempre estaba activo en Dan cuando estaba con ella de pronto se hizo urgente. Ella le dijo unas palabras al oído y le pasó los dedos por la entrepierna. Tampoco esta vez perdieron el tiempo, ni siquiera en llegar hasta la cama. Sucedió allí en el sillón y no hicieron falta más preparativos que bajar la cremallera de la bragueta y unos pequeños ajustes de ropa interior…

Dan no comprendía la dinámica, cómo podía provocar excitación sexual aquella historia perversa de seducción inminente. Cuando terminaron ella encendió algunas luces y preparó otra copa para cada uno, luego se sentó con él en el sillón, hecha un ovillo como un gato sobre su corpachón. Ni una sola vez —dijo Dan, sintió el impulso de echarse atrás, y en aquel entonces tampoco le inquietaba el sombrío giro que tomaba su narración, me refiero a reconocer que estaba contemplando la posibilidad de acostarse con el padre del hombre de quien decía estar enamorada. Dan me contó después que llegaría a sentirse profundamente molesto por lo que consideraba una suerte de fallo moral en sí mismo pero en su momento se había sentido fascinado, y sí, excitado.

Ella le dijo que tendía a evitar a los hombres como Paul Minkoff pero que al mismo tiempo el hecho de que tuvieran poder la atraía. Dan le preguntó qué experiencia tenía con hombres como aquel pero ella eludió la pregunta con una referencia elíptica a los coleccionistas y a las cenas en la parte alta de la ciudad a las que de vez en cuando tenía que asistir; y además —dijo, su padre tampoco era distinto.

Un filón rico, este, pensé, pero no directamente relevante.

—¿La odias por ello?

Rápida e inmediata negación con la cabeza. No, no la odiaba por ello. No lo creí. Tal vez sea un tópico que el amor, o más bien ciertos estados de amor, están cerca del odio, o son odio en otro registro, pero es un tópico porque es verdad. La odiaba, y lo que dijo a continuación me convenció de que así era. Dijo que cuando ella le habló de la llamada telefónica de Paul Minkoff había visto lo que llamó su «yo real». Dijo que para él quedó definida en aquella momentánea chispa de excitación, aquella súbita luz en los ojos, la sonrisita traviesa y la visión fugaz de su dentadura blanca; ella era así. Había quedado al descubierto. Una mujer que podía disfrutar admitiendo que le excitaba la perspectiva de traicionar a su amante con su propio padre.

—No es de extrañar que la persiguiera aquel pobre desgraciado —dijo, ¿te imaginas el nivel de culpa?

Volvimos a la culpa. Yo no había abordado todavía la cuestión de la culpa. En mi opinión eso era una psicología pedestre. Era una interpretación demasiado fácil, demasiado obvia de cómo era la mujer. A Dan le satisfacía, pero él carecía de la distancia necesaria para pensar en ella de forma imaginativa. Veía a Kim Lee sacudida hasta los cimientos por un fantasma, y pensaba en la culpa. Yo no estaba ya tan segura.

—Continúa —dije.

Continuó. Y fue entonces cuando apareció el dolor. No me molesté en separar lo que ella le había contado de lo que él había aportado con su imaginación celosa y obsesiva, pero no importaba. Paul Minkoff estaba con Kim Lee una hora después de la llamada telefónica. Fue al ático de Duane Square, y el juego que jugaron debió de ser de lo más sutil. Ella le enseñó sus obras. Mantuvieron las distancias, pero no tantas como si el encuentro hubiera sido inocente. No hablaron de Jay. Esta simple omisión en la conversación le habría producido a ella un placer especial, creo, no hablar de Jay. Durante cuánto tiempo habían bailado aquel baile, ella sacando sus pequeños lienzos, sus pequeños y exquisitos dibujos, poniéndolos sobre la mesa, y él de pie junto a ella examinando las obras que le enseñaba, sin tocarla, sin rozar siquiera su brazo desnudo, pero los dos plenamente conscientes de su proximidad física y extremadamente alerta de la proximidad mucho más cercana que entrañaba la mera presencia de él en su ático; y yo sabía que Dan experimentaba aquel estado de tensión sexual casi intolerable poco menos que si fuera él, Dan, quien estaba junto a Kim Lee ante la mesa, casi como si recordase la primera vez que la vio, y supiera, ya mientras la llevaba a su apartamento y arreglaban la «parte monetaria» del asunto, que en un breve lapso de tiempo aquella mujer estaría en su cama desnuda. Era difícil no verse afectado por su proyección del yo en una escena imaginada de lenta pero segura seducción mutua.

De pronto alzó las manos, se recostó en el respaldo de la butaca y sacudió la cabeza como un perro al salir del agua.

Otro silencio de los nuestros. Dejé que se prolongase. Aquel era el origen de los celos a los que había aludido. Y entonces entendí por qué había consentido en aquella sórdida historia, o incluso, como él decía, se había convertido en cómplice en ella al no expresar su repugnancia moral: era porque disfrutaba con su propio tormento. Había un componente masoquista que no me había pasado inadvertido. Daniel era un hombre que desde la muerte de su madre vivía en un estado de aturdimiento emocional, y habíamos hablado de ello a menudo, de la ansiedad que experimentaba porque no parecía ya *sentir* nada. Sin duda sentía algo ahora, y caí en la cuenta de que en cierto modo ese algo era irrelevante.

—Así que practicaron el sexo —dijo. Eso es todo.

—¿Y después? —dije en voz baja.

Ahora paseaba arriba y abajo por la sala. Durante un par de segundos se mordió la uña del pulgar. Aquello le causaba dolor. Yo sabía que sería así, pero no iba a dejarle escapar todavía.

—Por Dios, ¿es necesario?

—Sí.

Entonces me fulminó con la mirada, me ofreció la cara de trueno, todo oscuridad y furia y sufrimiento. Era un hombre poderoso, un hombre de pasiones intensas, y el dolor le llegaba hasta la médula. Pero no le iba a dejar salir del atolladero. Estaba de pie junto a la ventana, dándome la espalda, y habló en dirección al cristal.

—Después.

—Sí.

—Él le pagó.

Pues claro. Seguía el mismo patrón que su transacción, o transgresión, mejor dicho. La frialdad y la ausencia de amor en lo que habían hecho, la crueldad implícita de su comportamiento. No fue la simple lujuria lo que los reunió, fue algo mucho más oscuro que eso. Por supuesto que le pagó. Formaba parte del juego que él la tratase como a una puta, a la amante de su hijo. ¿Pero en qué momento decimos esto está mal? Soy psiquiatra. Durante toda mi vida profesional, mejor dicho hasta que bajé a la Zona Cero, había rechazado el concepto de mal. Creía solamente en la impronta de las circunstancias adversas en la mente vulnerable. Ya no. Y ahora, al oír contar a Dan que dos adultos habían disfrutado con la ignorancia que un tercero tenía de sus actos, un tercero con el que los dos estaban en términos de intimidad, y para quien el hecho de conocer esos actos resultaría totalmente devastador, que ellos corrieran el riesgo, y por una única razón, su propio placer; ¿no era esto maldad? Me inclino a pensar que sí.

Pero eso apenas tenía importancia ahora. La posibilidad de devastación se había establecido, y en cierto modo no estaba en manos de nadie decidir si esa devastación llegaría a tener lugar o no. Si saldrían de ello, los tres, sin causar daños, sin hacer daño a los inocentes. Le pagó, y ella aceptó el dinero. Era un juego sofisticado, en el que había un *barniz*. Le pagó y se fue. Dan expulsó el aire de sus pulmones y se sentó pesadamente en su butaca.

—Lo mismo que hiciste tú —dije.

Lo miré con la máxima atención ahora. Pero no estaba indignado, ni

enfadado, porque yo hubiera establecido un paralelo entre él y Paul Minkoff. Él también lo había visto.

—Lo mismo que hice yo.

Otro silencio. El grandullón lo estaba soltando, se estaba desahogando, y no había que meterle prisa. Seguía habiendo muchas cosas que tenía que saber, pero no tenía ninguna prisa por averiguarlas. Se me había pasado ya por la mente que Jay Minkoff descubrió finalmente la verdad sobre Kim Lee y su padre, pues Daniel parecía estar dando forma a su narración de una manera que apuntaba hacia un desenlace de esa clase. Yo quería oponer resistencia a esa tendencia. No quería ser arrastrada por la corriente del relato de los hechos que hacía Dan. Supongo que lo que quería era lisa y llanamente mantener la mente abierta en tanto me fuera posible. La culpa, tanto la emocional como la forense, era fundamental en su relato, y en relación con la segunda —me refiero a la responsabilidad moral por una acción de gran maldad— no quería que nadie me metiera prisa. De modo que sugerí una interrupción de nuestra conversación por un día o dos.

Pero la idea no le pareció bien. Quería descargar toda la terrible carga del asunto y lo dejó bien claro. Vi su frustración y su fastidio. Hubo gemidos y suspiros, fricciones en la cara y el cráneo. Después retomó su pregunta original, la pregunta que lo había llevado a mi apartamento en Riverside Drive a altas horas de la noche y sabiendo que era un error, y el tono fue de absoluto desconcierto y perplejidad.

—¿Entonces por qué lo hizo?

—¿Tú por qué crees que lo hizo?

Yo sabía desde antes de que Dan llegara a mi apartamento esa noche que si podía llevarlo hasta tan lejos se podría conseguir mucho. Le había obligado a contarme cómo era ella, aquel ser cautivador y peligroso, y me había contestado con amabilidad y franqueza. Lo había llevado de ahí a la aventura con Jay Minkoff. Y ahora la pregunta: ¿qué *más* había en Kim Lee para comportarse como lo había hecho con el padre de aquel tipo? Le dejé tiempo para pensar.

—Porque es el diablo.

Me regocijé para mis adentros. Podía haber gritado con amarga ironía mientras lo decía, pero no se trataba de eso. Estaba cambiando.

—Continúa.

—¡Por Dios, no lo sé! Porque tiene en su interior eso que todos tenemos, ese impulso o como quieras llamarlo a obrar en contra de nuestros intereses. La pulsión autodestructiva. Derribar lo que hayamos logrado

construir, por muy bueno que sea.

—¿Y de dónde viene eso?

—Quieres que diga que del instinto de muerte pero no creo en el puto instinto de muerte. Tal vez solo quería acostarse con él y pensó que podía salirse con la suya.

—Podía haber practicado el sexo con cualquiera. Ya lo hacía.

Guardó silencio. Tampoco esta vez yo dije nada. Lo había puesto cara a cara con un aspecto de Kim Lee con el que hasta ahora no había querido enfrentarse. Yo no albergaba grandes esperanzas de que estuviera a punto de producirse una revelación; la introspección nunca es una garantía de cambio de comportamiento. Por lo menos dejar que la viera con claridad, aquel diablo del que se había encaprichado de forma tan absoluta, al menos dejarle definir el elemento de su naturaleza que hasta ahora había evitado o negado.

Pero no me dejaba acceder a sus pensamientos.

—De acuerdo —dije, hablemos de lo que sucedió después. Paul Minkoff se presenta en su ático, con el pretexto de ver su arte, y practican el sexo. ¿Y después qué?

Miró al techo y a la lámpara de la mesa que había junto a él, la única luz que yo había encendido en la sala, su cara se entregó a un terreno salvaje de simas y barrancos: todo en él era dolor. La gran cúpula de la frente estaba surcada y rajada por el sufrimiento.

—Él le pagó y se fue.

—¿Concertaron otra cita?

—Supongo que sí. La cosa no acabó ahí.

—Establecieron un patrón. Una estructura de la relación.

—Sí. El chico se iba a trabajar y una hora después aparecía el viejo.

¡Ah, y qué amargura, qué vacuidad en la risa que acompañó a aquella simple constatación de un hecho…!

—Pero un día los pillaron —dije.

—Sí.

—¿Crees que querían que los pillaran?

No aguantaba más. Habría abandonado en ese momento, se habría levantado y se habría marchado furioso, algo así, pero no lo hizo. No le habría dejado, y él lo sabía.

—¿Que si querían que los pillaran? Supongo que debía de ser así. Uno se harta.

—¿Los dos lo querían?

—Supongo que él estaba tan harto como ella.

—¿Por qué?

—Sabía el riesgo que corrían.

—¿Pero de dónde venía su hartazgo?

—Debía de odiar a su hijo. No sé por qué. Dímelo tú.

—¿Por qué los padres odian a sus hijos?

Su hostilidad disminuyó un tanto al hacerle una pregunta general, alejada por mínimamente que fuera de los tensos detalles localizados del asunto.

—Se sienten amenazados por ellos. Despiertan el miedo a la muerte en ellos. Les molesta un potencial que no existe ya para ellos. ¡No conozco al puto tío ese!

—¿Crees que sigue acostándose con él?

Había vuelto a llevarlo al límite. Vi cómo luchaba con ello. No podía saber qué profundidad tenían exactamente sus verdaderos sentimientos por la prostituta china. Era posible que arrojase la toalla, meneara la cabeza y se marchase. Por lo que a mí se refería, ese sería el mejor resultado posible. Pero si se negaba a renunciar a ella…

Tampoco esta vez me reveló sus pensamientos. Bastante tenía con haberle obligado a llegar hasta aquí.

—De acuerdo. Entonces los pillaron. ¿Qué sucedió, que Jay pasó por el ático una mañana y encontró allí a su padre?

—Algo así.

—Continúa.

Me contó lo que sabía. Estaban en la cama, Kim Lee y el viejo. Oyeron el timbre. Podían haber hecho como que no lo oían, pero Jay tenía una llave. Ella le abrió. Como el elevador se abría directamente al ático, el viejo no tenía donde ir. Se quedó en la cama. Kim Lee estaba en la puerta en bata cuando Jay salió del elevador. Le preparó café.

Mientras escuchaba a Dan narrar todo aquello con voz monótona y cansada, un paso cansino tras otro, no pude menos de sentirme involucrada de forma súbita y apremiante en la escena que describía. Imaginé en Kim Lee una excitación que no dejó entrever, mientras se movía por la cocina en bata, haciendo café para su amante. Nunca había estado tan viva como en ese momento, en ese estado de exquisita tensión, cuando tantas cosas dependían de lo que sucediera en los próximos minutos, y Jay susurrándole lánguidamente, sin saber que su mundo estaba a punto de saltar por los aires.

La tensión fue demasiado para el viejo, al parecer. Harto de estar escondido en el dormitorio —nunca en su vida había tenido que esconderse de nada, el poder exime de tener que *esconderse*— entró en la cocina. La estupefacción del hijo.

—¡Papá! ¿Qué estás haciendo aquí?

El silencio que sigue. La calma. Las tres figuras inmóviles en el espacio mientras esperan el impacto terrible de lo que se les viene encima a una velocidad inimaginable…

La Zona Cero se ha reducido ahora hasta tal punto que puedo llegar a una distancia de dos o tres manzanas de las ruinas en todas las caras de la zona salvo la occidental. Mientras me abro paso por calles estrechas que antes estaban ocultas a la sombra de las torres, nuevas perspectivas aparecen de pronto. Esos restos góticos de la torre sur, de cinco plantas de altura, son visibles ahora en su totalidad desde el extremo ciego de Greenwich Street enfrente de Rector. Más allá, desde altas mangueras, el agua cae sin cesar en las ruinas, donde siguen ardiendo fuegos subterráneos, y el humo asciende perezosamente entre grúas inclinadas hasta el cielo sin nubes de octubre.

La semana pasada en Broadway, cerca de Wall Street, me encontré con una tienda en la que nunca había reparado. Se llama THE NEW YORK STOCKING EXCHANGE. Antes vendía ropa interior de una variedad sexualmente provocativa; para una clientela de gente como Kim Lee, imagino. Detrás de una reja metálica la luna del escaparate está rajada y hay grandes fragmentos de cristal entre el desordenado muestrario. El torso de un maniquí mutilado y decapitado, vestido con un brevísimo *body* rojo, está colgado de una cuerda y gira lentamente con la brisa. Las piernas de los maniquíes derribados por la onda expansiva y todavía enfundadas en medias de red están cubiertas de una gruesa capa de ceniza gris. Y hay un gran cartel que dice: 20% DE DESCUENTO EN LENCERÍA Y CORSETERÍA.

Bush ha firmado la Ley Patriótica, para gran indignación de quienes creen que concede a las autoridades federales unos poderes que van mucho más allá de lo que cabe imaginar como necesario para nuestra seguridad nacional. Pero eso no es todo. Ashcroft ha logrado la aprobación de cambios en la normativa penitenciaria que permitirán a los agentes federales escuchar las conversaciones de los encausados con sus abogados. Para mucha gente esto constituye una flagrante violación del privilegio abogado-cliente, y se ha dicho que el Departamento de Justicia se está volviendo

insaciable en su deseo de menoscabar la Declaración de Derechos. Yo también habría dicho lo mismo, antes. Ahora no. No después de lo que he visto. Pero Dan y yo no hemos hablado sobre nada de esto, en realidad Dan y yo no hablamos cara a cara desde la noche en que me contó lo de la traición de Kim Lee a su amante y su posterior reconciliación: parece ser que en efecto Jay Minkoff *se negó a asimilar* el dolor que su padre intentaba causarle, y decidió tratar de comprender el impulso que había detrás del agravio. Después volvió a Kim Lee para salvar su relación.

—Fue el último acto de su vida, había dicho Dan. Probablemente el mejor.

Yo tenía serias dudas. Podía o no ser cierto que había sido el último acto, el mejor, de la vida de Jay Minkoff, pero de una cosa estaba segura: la prostituta Kim Lee no se merecía tamaña generosidad. Así se lo dije a Dan. Levantó su cabezota y clavó en mí su mirada cansada. Durante varios segundos me miró en silencio y comencé a sentirme claramente incómoda. Por fin habló.

—No creo que me seas ya de mucha utilidad —dijo.

Fiemos hablado por teléfono en varias ocasiones, pero se mantiene en sus trece: desea suspender su terapia. Dice que no me necesita. Eso me preocupa. No es fuerte. Puede que haya logrado a corto plazo reprimir sus terrores, pero no han desaparecido. Volverán, y cuando eso suceda saldrá huyendo, convencido de que Kim Lee lo está asfixiando, igual que su madre lo asfixiaba cuando estaba viva; entonces me necesitará. En nuestra última conversación telefónica me dijo que se iba a vivir con ella. Le pregunté si pensaba que eso era sensato. ¿Qué iba a pasar con el apartamento de la calle 23? Seguro que lo conservaría, por si todo salía mal con Kim Lee. Pero no, lo vendía. Dijo que estaba lleno de fantasmas.

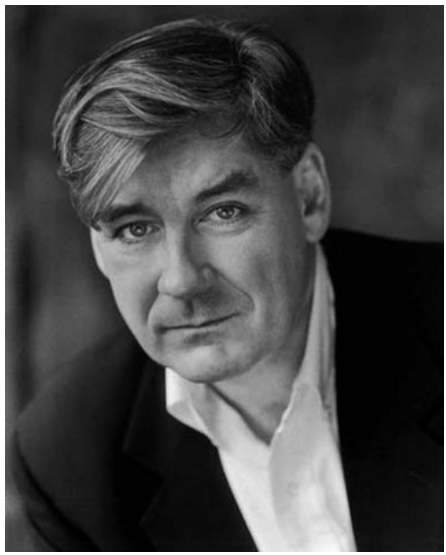
Battery Park City ha vuelto a abrir, aunque resulta extraña en su desolación, ante la ausencia de las habituales caravanas de paseantes y niñeras, corredores y patinadores. Los edificios de apartamentos de esta próspera urbanización del extremo meridional de la isla sufrieron daños de consideración cuando las torres cayeron, y se ven algunas camionetas de mudanzas ya que los inquilinos, quizá con niños de corta edad y preocupados por la calidad del aire, se trasladan a las zonas residenciales de las afueras. Hay un paseo marítimo a lo largo del Hudson en esta zona, muy tranquilo en este día fresco de otoño. Muchos trabajadores de la Zona Cero toman su almuerzo aquí, mirando hacia la otra margen del río, donde se ven con claridad los grandes proyectos de construcción de la orilla de

Jersey, que contrastan vivamente con la espeluznante demolición que avanza en el lado de Manhattan.

Los he visto una vez. Salían de un restaurante en Greenwich Street. No me vieron, o al menos no creo que lo hicieran. No dieron muestra alguna. Él caminaba arrastrando los pies a su lado, y en un momento dado rodeó con un brazo sus estrechos y pequeños hombros. Parecían bastante felices. Echo de menos a mi oso grandote pero creo que volverá a mí cuando la aventura se venga abajo. Sabe que estoy aquí para él, no tengo que decírselo. Por ahora me basta con alcanzar a verlo de vez en cuando. Me pregunto qué está haciendo. Me pregunto por la mujer de Battery Park, la que quería un funeral para su esposo pero no tenía cadáver que meter en el ataúd. Me gustaría saber si Dan le consiguió el funeral. ¿Consiguió cerrar el asunto como buscaba? ¿Lo consiguió, Dan?

AGRADECIMIENTOS

Mi más afectuoso agradecimiento a Masha Tupitsyn, que inspiró la investigación para los dos primeros relatos. También a Edwin Burrows y Mike Wallace, cuya obra *Gotham, A History of New York City to 1898* es sencillamente espléndida. Sin ellos este libro sería mucho más pobre de lo que es.



PATRICK McGRATH (Londres, 1950). Es autor de un libro de relatos, *Sangre y agua* y de varias novelas: *Laura, Grotesco, La historia de Martha Peake* (ganadora del premio Flaiano en Italia), *Spider* (llevada al cine por David Cronenberg) y *Port Mango*, entre otras. *Trauma* es su última novela. Está considerado como uno de los mejores escritores actuales en lengua anglosajona.